ALMUDENA BUSTAMANTE

RÉQUIEM POR ELISA

Una vieja casa en la que Elisa y Mario comienzan su vida juntos, aunque desconocen que el destino les ha guiado hasta allí, quizás con la oscura intención de cerrar el círculo. Una historia de amor y desamor, de inocencias mancilladas y de casualidades macabras que, como pequeñas fichas de dominó, crearán una cadena imparable hasta la caída de la última y definitiva.

«Fue la última vez que vi la casa, y no me arrepiento de haber profanado su duermevela de moribunda, en mi afán desesperado por entender, por apresar de entre aquellos muros el sufrimiento que sigue corroyendo, después de tantos años, el alma de mi querida madre».

Almudena Bustamante

Réquiem por Elisa

Título original: *Réquiem por Elisa*
Almudena Bustamante, 2019

-

Revisión: 1.0
27/05/2021

A MIS PADRES, POR TODO

PRÓLOGO

Me adentré en la vieja casa solo unos meses antes de que la redujesen definitivamente a escombros. Era algo que tenía que hacer, una necesidad surgida de lo más hondo, motivada por la firme decisión de enfrentarme a lo sucedido y que tal acto, en extremo valiente, me liberase de una vez por todas de la sombra que me persigue desde el mismo momento de mi llegada a este mundo.

El edificio era ya un esqueleto artrítico, un derrelicto abandonado en las profundidades de la ciudad nueva que había crecido a su alrededor, un condenado a muerte, silencioso y resignado, esperando sin miedo ni falso coraje el momento de su ejecución. Yo sí lo tenía, un miedo atávico, profundo, incierto en los detalles, pero con un origen tan real como la luz neblinosa que se colaba aquella mañana por la puerta entreabierta.

La construcción fue en sus buenos tiempos una casa solariega, a la que los herederos desposeyeron de nobleza al improvisar divisiones y transformarla en una comunidad de pequeñas viviendas para alquilar. A pesar de los tabiques que se levantaron, la casa conservaba la estructura original: se accedía a ella a través de un gran portalón, en el cual una de las puertas era el acceso a la casa donde vivieron mis padres. La otra, grande y acristalada, conducía a través de un corredor a un pequeño patio presidido por el brocal de un pozo, y bajo cuyo porche columnado se accedía a otras viviendas.

Nada más penetrar en el portal, me sobrecogió el frío de la estancia, una gelidez que no justificaban ni las humedades de las paredes, ni la desnudez de las viejas losetas de barro cocido, ni la

altura de un techo en el que sobrevivía un farol, aferrado desesperadamente a un cable deshilachado y renegrido. No, aquella frialdad que se pegaba con saña a mi cara descubierta era como si la muerte me acariciase con sus dedos helados, podía sentir su aliento mientras me susurraba al oído fragmentos inconexos de una historia quizás real, enterrada en el fondo de mi inconsciente.

Avancé despacio entre las sombras amenazantes, azuzada por la imprudente determinación de seguir adelante, controlando un reflejo de huida dispuesto a imponerse ante el crujido de una viga o el soplo apenas perceptible de una corriente de aire.

Enseguida distinguí la cristalera, a través de cuyos vidrios resquebrajados el aire silbaba quedamente, amenazador. Empujé con cuidado la madera reseca y penetré en el porche, cuyas columnas soportaban a duras penas el acoso de la intemperie. Olía a humedad rancia, olía a pasado triste y a desamparo. El suelo de piedra tomado por el verdín, las ventanas sin cristales y los jirones que colgaban tras ellas, los muros descascarillados y las puertas entornadas, lloraban su decadencia en torno al pozo de piedra. Caminé despacio hacia él, y tras aferrarme con aprensión al borde, asomé la cabeza. Emanaba un olor metálico, y la misma gelidez sobrenatural que envolvía el edificio entero. Casi automáticamente, busqué algo que arrojar, una piedra, un trozo de ladrillo… Y ya a punto de hacerlo me detuve, paralizada por la muda advertencia de aquella agua, quieta y oscura. Miré hacia atrás, de esa forma en la que nos volvemos cuando el miedo irracional nos obliga a girar la cabeza, esperando encontrar quién sabe qué… A mí alrededor, soledad y silencio, como si al viejo edificio naufragado no llegasen los sonidos de la ciudad que lo asfixiaba. Pegada a una de las paredes vi los restos de una escalera que conducía hasta una puerta de pequeñas dimensiones, probablemente la de una vivienda habilitada en el piso superior, y me pregunté quién habría sido su morador. Volví sobre mis pasos sin mirar de nuevo hacia aquel pozo siniestro, involuntario protagonista de historias pasadas.

Cobijada bajo el porche descubrí de pronto otra puerta que al principio me pasó desapercibida, y supe sin dudarlo que era la que

buscaba. Sin pensarlo me dirigí hacia allí, sabía que tenía que hacerlo, aunque mi cuerpo intensase sabotear mi determinación con un temblor intenso que no provocaba el frío. Empujé con el hombro la madera negra y vieja, que apenas cedió. Hice otros tres intentos sin éxito, era como si el edificio se negase a la profanación, en su celo por preservar para siempre el secreto que encerraba. Pero no me rendí, no podía hacerlo, sabía que era mi última oportunidad, así que tras armarme del poco valor que me quedaba, cogí carrerilla y me abalancé contra la puerta. Esta vez sí, lo había logrado: mis ojos contemplaban temerosos la oscuridad de túnel de un pasillo, en el que enseguida pude distinguir el hueco que daba paso a una pequeña habitación. No entré, algo me decía que lo que buscaba no estaba allí, así que seguí avanzando con precaución, esquivando los cascotes dejados por un derrumbamiento del techo, apoyándome no sin reparo en la pared húmeda y desportillada. Me cuesta describir las sensaciones que percibí, acrecentadas por el silbido del aire que atravesaba las ventanas desencajadas, por la luz lechosa y mortecina que llegaba a través de ellas e iluminaba con desgana el estrecho pasillo, por la soledad que reinaba entre aquellos muros que parecían dar cobijo a tanto sufrimiento…

Llegué hasta otra puerta, delante de la cual sí me detuve. Me aferré al marco, y tras vacilar un tiempo indeterminado, entré. Era una estancia pequeña, en un lateral aún conservaba su cocina de hierro, negra y deslustrada, y al lado de la misma un fregadero de piedra, sobre el cual permanecía, sujeto a la pared de azulejos cuarteados, un recipiente donde, con letras azules y desgastadas, podía leerse la palabra *arena*. Aquellas letras, un retazo de vida cotidiana, me hicieron tomar conciencia de que ciertamente, hace ya mucho tiempo, aquel lugar cobijó las existencias de gentes variopintas, desconocidas, amables, crueles, indiferentes, torturadas. Por el suelo, el rastro de las hojas sueltas de un calendario guio mis ojos hasta una de ellas, en la que aparecía la ilustración descolorida de un santo. A pesar de que podían contarse con los dedos de una mano las imágenes sagradas que yo era capaz de identificar, supe al instante que el venerable hombre era san Antonio. Entre sus brazos,

un niño Dios al que sujetaba con la misma ternura con la que el pequeño posaba la manita sobre su cara, mientras las blancas azucenas los perfumaban de pureza. Era tal la candidez que evocaba la visión, que por un momento me sentí sublimada, alejada de la podredumbre del mundo, aun sabiendo que el candor y la ingenuidad tienen, como todo, su lado oscuro.

Y de repente, pese a hallarse casi oculta por las hojas del calendario y los escombros, descubrí una trampilla. Tras unos momentos de indecisión, aparté finalmente los obstáculos, hasta que descubrí una argolla de la que tirar. A pesar del miedo irracional que me provocaba la insensata idea de abrirla, mi mente funcionaba con una claridad asombrosa, por eso me preparé para encontrarme con el probable contratiempo de que estuviese tan encajada que ni aún toda mi determinación lograse abrirla. Preparada para tirar con todas mis fuerzas, aferré la argolla. El impulso casi me hace caer de espaldas, pues para mi sorpresa, la trampilla cedió sin dificultad, y sentí como si el mismo demonio exhalase su aliento fétido a través de la oquedad que quedó al descubierto. La oscuridad era tan densa como un agujero negro dispuesto a devorar el universo, y me sentí aturdida e indefensa, paralizada por un miedo que se transformó en terror cuando creí oír un llanto desconsolado, inocente, desesperado. Me quedé paralizada, expuesta a la corriente heladora que ascendía por la trampilla, sintiendo la pavorosa y extraña convicción de que nunca saldría de allí, de nuevo los dedos fríos de la muerte aferrándose a mi muñeca, intentando arrastrarme al abismo negro…

Una rata surgida de la oscuridad me sacó del trance, el miedo se hizo real al encarnarse en ella, y entonces mis terrores infundados se desvanecieron, aterrada por la repugnancia que me provocaba el animal… Salí dando traspiés, tropezando con la basura y los escombros, y mientras avanzaba supe que, por fin, mis miedos estaban muertos.

Fue la primera y última vez que entré en la vieja casa, y no me arrepiento de haber profanado su duermevela de moribunda, en mi afán desesperado por entender, por apresar de entre aquellos muros el sufrimiento que sigue corroyendo, después de tantos años, el alma

de mi querida madre, condenada a cadena perpetua, a permanecer eternamente entregada al recuerdo de aquel día doloroso. Cuando yo lo visité, el lugar era ya un mausoleo de vidas truncadas, irreconciliable con la vida, podrido en sus cimientos e imposible de rescatar. Tengo el presentimiento de que, aunque la recuperación arquitectónica se hubiese llevado a cabo, la fatalidad se habría ensañado con todo el que se hubiese cobijado en aquel útero corrupto, pues intuyo que la maldad impregna cuanto toca, y aquella casa estaba irremediablemente contagiada.

Derruyeron la vieja construcción, y cuando ahora paso por allí, en su lugar se levanta un moderno bloque de viviendas, ajeno a la historia sepultada ya por los escombros, sordo a los gritos desgarrados de dolor de una mujer desquiciada por el sufrimiento extremo. El hecho de entrar en la casa no ha borrado el pasado, pero me ayudó a posar ese dolor vicario que arrastro desde que nací, alimentado por los ojos perdidos de mi madre, por la ausencia que siempre acompaña a su presencia, por el vacío que dejó aquel ser al que ni siquiera conocí, pero que marcó mi camino ya desde antes de que yo naciera.

No conozco la historia de lo sucedido por boca de mis padres. Para ellos, lo acontecido aquel ya lejano pero siempre presente día de enero, fue encerrado bajo siete llaves en un rincón oscuro e inaccesible de sus almas, y hablar de ello supondría liberar de su encierro el horror tan cuidadosamente custodiado. La historia llegó a mí a través de mi abuela, quien moralmente incapaz de negarme el conocimiento de unos hechos que, al fin y al cabo me pertenecen, tuvo la valentía de esclarecer para mí las sombras de un misterio intuido, pero nunca nombrado. Y así fue como una tarde de primavera me enteré de lo que aquella casa maldita significaba para mi familia, y pude explicarme tantas ausencias maternas a un limbo purificador, mi madre presente de cuerpo, pero momentáneamente desposeída de alma.

Cuando mi abuela comentó sin inmutarse la delgada línea que, en ocasiones, separa a las víctimas de los verdugos, la miré con asombro, sin comprender. Ha pasado el tiempo, ella ya no está entre

nosotros, pero recuerdo a menudo esa reflexión que ahora soy capaz de entender, pues el hecho de vivir me ha dado la oportunidad de toparme con las aristas punzantes que hieren toda existencia, y a base de lamerme las heridas propias, he comenzado a comprender el dolor de las ajenas. La conclusión a la que he llegado no responde a la cuestión que ella tan sabiamente supo plantearme, pero al menos abre una puerta a la duda razonable.

Pero lo único que sé, a ciencia cierta, es que me alegré de la desaparición de la vieja casa, desmembrada y sepultada en cualquier vertedero anónimo, sin epitafio, sin que quede ya huella alguna de su existencia.

Otoño de 1952

DOLORES Y JULIANA

La noche comienza a caer en la fría tarde de noviembre. Poco a poco va surgiendo un cielo estrellado, presagiando la helada.

Juliana se levanta, se acerca a la bilbaína, y del horno caliente extrae unos trapos que hace unos minutos puso a calentar. Se envuelve en ellos la mano derecha, porque hoy es uno de esos días en los que la artrosis de sus dedos le condena a permanecer inactiva, aguantando estoicamente el dolor que no desaparece, aunque el calor parece aliviar su sufrimiento al menos unos minutos. «¡Precisamente hoy, con toda la tarea que tengo!». Mira con desasosiego el montón de telas que se amontonan en la pequeña mesa de la cocina, tendrá que esperar a que Dolores regrese para que le eche una mano. Su hija está en casa de doña Matilde, terminando un juego de sábanas para la cama de la pequeña Elisa. En cuanto estén acabadas, habrá que comenzar con el vestido para la primera comunión de la niña, que lleva mucho trabajo, con tanto bordado y tanto adorno, porque el padre de la criatura es un abogado de mucho prestigio y su única hija ha de lucir ese día como una princesa. «Que hay que ver, esta gente de posibles, para qué demonios necesitarán tanta cosa, que si tuviesen que apañárselas como me las he apañado yo…».

Porque la vida de Juliana sí que ha sido una vida complicada y llena de traspiés. Todo comenzó mal, casi desde su llegada al mundo, su madre la dio por muerta tras unos minutos eternos en los que la recién nacida, amoratada como una berenjena, no daba señales de vida por más que la sacudía, atormentada y temerosa de

que las alimañas acudiesen al olor de la sangre y las devorasen a ambas. Porque su nacimiento —como posteriormente sucedería con todo en la vida de Juliana— fue sorpresivo e inoportuno a más no poder, aunque provocado quizás por la larga caminata de la parturienta en busca de dos vacas extraviadas. La mujer, que no era nueva en la tarea de parir, identificó con horror aquellas señales de su cuerpo que le advertían, sin duda, que el trabajo de parto había comenzado, y a la naturaleza poco le importaba que ella estuviese en medio de ninguna parte, rodeaba de hermosos pastos verdes e imponentes montañas. Por más que lo intentó, sujetándose la tripa con ambas manos, como si de aquella forma pudiese contener a la criatura dentro de sí un par de horas más, no le quedó más remedio que dejarse caer sobre la hierba húmeda, mientras el sol desaparecía discretamente tras el perfil agudo de los peñascos, y rezar, rezar para que su hijo naciese prácticamente solo y lo antes posible, antes de que las sombras envolviesen definitivamente el valle. El eco devolvía sus gritos desgarrados, hasta que de nuevo se hizo el silencio, roto tan solo por el silbido lejano de un viento que siempre se levantaba en el collado con la llegada de la noche. La madre, convencida de que sujetaba en sus brazos a su hija muerta, la sujetó como mejor pudo entre su cuerpo y el pañolón, y comenzó a descender lo más rápido que sus derrotadas fuerzas le permitían. Fue a los pocos minutos cuando notó un movimiento en la recién nacida, como un intento por respirar. Y entonces sí, Juliana comenzó a llenar de aire sus pulmones, un aire que expelía en forma de llanto desesperado que la madre recibió con tanto alivio como miedo, porque allí, en mitad de la noche boscosa, lo más sensato era moverse lo más rápido posible y silenciosa como una sombra, que no en vano se advertía desde tiempos inmemoriales de los terroríficos monstruos moradores de los bosques altos.

Tras el ajetreado incidente de su llegada al mundo, Juliana creció sin pena ni gloria, agazapada entre la creciente prole del matrimonio, pasando la mayoría de las veces desapercibida. Desde bien pequeña aprendió a valerse sola, y con tres años se encaramaba a un taburete, se envolvía en el mismo pañolón en que su madre lo

hiciera el día de su nacimiento, y pasaba horas dormida sobre la trébede, succionando con ansia desesperada su dedo pulgar, mediocre sustituto del pezón materno que tan pronto le fue arrebatado.

Juliana apenas fue a la escuela, no tenía motivos para hacerlo. En su casa había demasiado trabajo, más que suficiente para que la niña anduviese todo el día ocupada, pues cuando no se la veía camino del lavadero, cargada con un balde de ropa sucia que parecía pesar más que ella, estaba atendiendo la lumbre, o recogiendo patatas, o dando de comer a las gallinas… Innumerables tareas que ocupaban todo su tiempo e impedían su escolarización, hecho este que no le importaba a nadie: la maestra la tenía por torparrona y vaga, y a la menor ocasión descargaba sus frustraciones sobre ella en forma de dolorosos capones que la mayoría de las veces le propinaba a traición, provocando las risas impías del resto de alumnos. Cuando Juliana dejó de acudir definitivamente no la echó de menos, pues pronto encontró sustituta en otra ingenua cabecita a la que torturar. Y como a la maestra le tenían sin cuidado las ausencias de la niña, y la madre estaba convencida de que a su hija le era más útil aprender a trabajar que las lecciones de la escuela, la pequeña Juliana no encontró ningún impedimento para ausentarse sin consecuencias.

Juliana creció, y cuando apenas había cumplido veinte años de reclusión en un pueblo del que solo salió en un par de ocasiones, conoció el amor, encarnado en un joven quincallero aparecido de la noche a la mañana. En un primer momento quedó fascinada por el carromato de madera pintado de rojo y verde, pues nunca había visto uno así, tan colorido. Tenía además dos ventanucos en los laterales, porque aparte de servir para transportar su mercancía, era el hogar ambulante de aquel joven moreno, que hablaba de una forma extraña, como si a las palabras les costase salir. Por las noches su voz se fundía con las notas de una guitarra en un cantar melancólico que evocaba tierras lejanas, y Juliana, fascinada por aquel ser hermoso y extraño, lo escuchaba agazapada entre los chopos, dejándose llevar por una placentera y desconcertante emoción que no se parecía a nada que sintiera antes.

Cuatro meses permaneció el joven por los alrededores, el tiempo justo para que Juliana quedase prendada para siempre de esos ojos azules, tan fríos como el hielo que inmovilizaba el caño de la fuente en los días más rigurosos del largo invierno, unos ojos que solo parecían cobrar vida cuando los cantos melancólicos del muchacho resonaban en la noche. Unos ojos que no se deshelaban ante la sonrisa enamorada de la ingenua muchacha que acababa de conocer el amor entre las cuatro paredes del carromato de colores.

Pero una tarde, cuando Juliana llegó jadeante a reunirse con él, observó con el corazón encogido que el carro ya no estaba. Miro desconcertada a su alrededor, y la necesidad física de amarle se transformó en un miedo profundo, acuciada por la repentina revelación de que la soledad y la eterna añoranza serían, desde aquel momento, las indeseables compañeras de su andadura por la vida. Supo que él se había ido para siempre, lo supo aunque nada indicaba que aquella no fuese otra de sus habituales salidas, en las que recorría los pueblos de la comarca pregonando con su peculiar acento la calidad de tijeras y dedales. Y lo supo por la cualidad de ese vacío que él había dejado, un vacío hondo y oscuro como la noche que ya se adivinaba. Allí mismo comenzó su añoranza enfermiza de esos ojos que no la mirarían nunca más. Y fue entonces cuando el mundo se le vino encima, consciente de que había cometido un tremendo error.

Pasaron apenas un par de semanas cuando tomó la decisión de marcharse lejos. En su casa había demasiadas bocas que alimentar, pero actuó sobre todo movida por la intuición, canalizada a través de un incómodo desasosiego que le advertía que tenía que irse del pueblo, para siempre.

En las ciudades había trabajo para las chicas llegadas de los pueblos, así que no tuvo dificultades para colocarse. Se alojaba en la casa en la que entró como sirvienta, en un cuartito sin ventana que compartía con la cocinera, pero que a Juliana, acostumbrada a la parquedad de su vida en el pueblo, le pareció una estancia acogedora y agradable. Su vida allí se reducía a sacudir alfombras y cortinones, limpiar plata, lustrar los muebles, encerar a mano la madera de los

suelos, y llorar en silencio su amor perdido. La cocinera —que a juzgar por su corpulencia no dejaba un caldo sin probar— le había tomado cariño, y por las noches, en la cama que compartían, le daba útiles consejos acerca de cómo actuar para salir airosa en situaciones cotidianas, sin olvidarse de cómo hacerlo en el caso de que el señor se pusiese pesado, «Tú ya me entiendes…», aunque Juliana no entendía nada pero asentía en la oscuridad para no contrariarla, mientras tumbada boca arriba en el escaso hueco que la corpulencia de Clotilde —así se llamaba la cocinera— le dejaba libre, pensaba en el carromato de colores, en el olor a humo de hoguera, en el olor profundo y excitante de él, y unas lágrimas tristes y sin brío brotaban tímidas, como las aguas últimas de un manantial agotado.

Clotilde abrió unos ojos enormes cuando una noche, al meterse en la cama, rozó sin quererlo la tripa de la joven. Estuvo unos minutos callada y quieta, indecisa, evocando una y otra vez la ingrata sensación del tacto de aquel vientre duro y abultado, inequívocamente grávido. Cuando la cadencia de la respiración de Juliana le indicó que ya estaba profundamente dormida, arrastró entre las sábanas una mano temblorosa, hasta posarla con sumo cuidado sobre el abdomen de Juliana. Pegó un respingo al constatar el movimiento, inconfundible, de un feto en su interior.

Y como Juliana no salía de la casa, las alarmas se dispararon: o el padre de la criatura era el lechero, o el señor había vuelto a las andadas, «A la vejez, viruelas». No se le ocurrió a Clotilde pensar que Juliana ya llegó preñada, porque la chica era tan apocada e ingenua que tal posibilidad no se le pasó por la cabeza. Sea como fuere la joven tenía un problema: sus días en aquella casa estaban contados.

No se equivocó Clotilde: al mes de la fatídica constatación, la puerta de servicio se cerró definitivamente para Juliana. La cocinera suplicó —la quería como a aquella hija que se le murió de sarampión con cinco años— pero a pesar de sus ruegos, la moral de la señora era intachable, y nunca admitiría bajo su techo a una joven viciosa, encinta de quién sabe qué depravado… Fue Clotilde quien la acompañó hasta la puerta misma del Hospicio Provincial. «No

puedes trabajar en tu estado, Juliana, en ninguna casa decente querrán tus servicios. Aquí te cuidarán, y podrás entregar a tu hijo cuando nazca, en la seguridad de que una familia cristiana y con posibles lo cuidará». La opción de volver al pueblo era impensable: aparte de regresar con una boca más que alimentar, Juliana y su hijo ilegítimo serían una deshonra para la familia.

Permaneció tres meses y nueve días al cuidado de las Hermanas de la Caridad, en los que amamantaba bastardos ajenos hasta que saldó la cuenta contraída por su estancia allí. Y el día que salió lo hizo con su hija, pese a la insistencia de la superiora para que dejase a la niña al cargo del hospicio. Juliana llamó Dolores a la recién nacida, porque aquella criatura era la encarnación misma de cuánto le dolería para siempre su amor perdido.

Eran tiempos revueltos, y el desorden imperante en un país en guerra propició el camuflaje de Juliana. Ella, pese a su mundanal ignorancia, había aprendido a base de tropiezos todo lo necesario para sobrevivir. Juliana era solo la sombra de lo que fue, ahora tenía recursos, y uno de ellos era mimetizarse. Comprendió que no llegaría demasiado lejos en el papel de mujer sola, madre soltera y sin habilidades para ganarse el pan. Así que aprovechando el desbarajuste general, asumió el papel de viuda de un caído por la patria —naturalmente del bando ganador— y de esta forma, aunque pasaba las mismas miserias de siempre, al menos le trataban con cierta consideración. Aprendió a coser ropa, primero para el ejército, posteriormente como ayudante de una modista. También aprendió a bordar, para ella era un ritual casi mágico tensar la tela en el bastidor y adentrarse en el paisaje níveo de la tela de algodón, en la que gracias a sus hábiles manos comenzaban a surgir flores, bodoques y cadenetas. Se le daba tan bien y le gustaba tanto, que vio en el bordado una forma honrada de ganarse la vida. Comenzó a ofrecerse por las casas, y como pronto se corrió la voz de su destreza con la aguja, nunca le faltaba labor entre las señoras de postín, sobre todo por lo ajustado de sus precios, que cuanto más adineradas eran, más les costaba pagar por un trabajo bien hecho.

Dolores, qué remedio, siguió los pasos de su madre. Era una

chica apocada, como lo fuera ella a su edad, y como no manifestaba preferencias por nada, Juliana le fue introduciendo en el arte del bordado. Ahora eran cuatro manos trabajando, y aunque los encargos no eran excesivos, les daba para cubrir sus gastos más holgadamente que nunca, y para ahorrar lo suficiente como para comenzar con el ajuar de Dolores. Aún no tenía novio, era demasiado joven, pero Juliana soñaba ya con la boda de su hija, la boda que ella nunca tuvo, una boda de blanco, con un hombre bueno que la quisiese y nunca la abandonase. Rezaría por ello de poder hacerlo, porque Juliana no podía rezar, no soportaba a Dios. Poco a poco su enemistad con Él había llegado a un punto irreconciliable, y aunque acudía a diario a misa como parte indispensable del correcto desempeño del papel que ella misma se había adjudicado, empleaba el tiempo que pasaba en la iglesia recriminando a Dios. Una vez por semana se arrodillaba en el confesionario e inventaba pecadillos veniales que ni siquiera estaba segura de haber cometido, hasta que el cura la despachaba con levísimas penitencias y clara impaciencia, un poco hastiado ya de la misma cantinela de viuda beata sin ocasión ni ganas de pecar.

Nunca le confesó al párroco su otro pecado, el capital, ese que la Iglesia llamaba lujuria, el pecado de gozar con su cuerpo como nunca imaginó, el de haberse entregado al único dios al que de verdad había amado.

Dolores se casaría por la Iglesia y de blanco, aunque ella estuviese tremendamente enfadada con Dios.

«¡Esta chica, dónde se habrá metido…!».

Dolores estaba tardando demasiado. Había una buena caminata desde la casa de los Gil, pero ya era muy tarde. Juliana comenzó a impacientarse más de la cuenta, y un desasosiego extraño, más bien un inquietante y difuso presagio, comenzó a corroer su ánimo.

Dolores terminó de dar las últimas puntadas en el almohadón. Aún le quedaban por hacer unas flores en el embozo, pero ya eran más de las nueve. Dobló pulcramente la labor y se levantó de la silla en la que llevaba toda la tarde sentada. La espalda le dolía un poco, y estaba cansada. Con andar sigiloso se plantó en las puertas dobles de la sala, donde la señora reía a carcajadas, coreada por un par de damas tan elegantes como ella. No se atrevía a interrumpir, así que esperaba de pie a que las risas cesaran. La criada apareció al fondo del pasillo, y al verla allí plantada no pudo evitar una risa maliciosa.

—¿Qué haces ahí, como un pasmarote?

—Voy a decirle a la señora que ya me voy… pero está reunida…

La criada rio de nuevo, divertida.

—¡Anda, pardilla, que tú capaz de tirarte toda la noche ahí esperando!

Y con una resolución que Dolores admiró en silencio, llamó con brío a la puerta y entró.

—Señora, está aquí la costurera…

La figura escuálida de Dolores se adivinaba tras el cuerpo menudo de la criada.

—¡Pase por Dios, Dolores, no sea tan… tan… cobarde! —Matilde Ruiz mira de reojo a sus acompañantes, ciertamente divertidas ante la actitud sumisa y apocada de la chica.

—Señora… —la voz de Dolores es apenas un suspiro, pero doña Matilde ya está acostumbrada— me voy a casa, es muy tarde.

—Como quieras, Dolores… ¿Terminaste la sábana?

—Queda un cacho de embozo… —una de las mujeres suelta una risotada sin poderlo evitar.

—Un trozo, o un fragmento, o una parte… No un cacho,

Dolores.

Dolores se pone tremendamente roja. Tiene la mirada gacha y está deseando salir de allí.

—¿Quieres algo más, Dolores? —Se advierte la impaciencia en la voz de doña Matilde. Su comentario vuelve a provocar la risa velada de sus invitadas. Dolores niega con la cabeza.

—De acuerdo… Pues hasta mañana.

—Adiós, señora.

Al otro lado del tabique, Rafael —el incorregible primogénito de doña Matilde— se dispone a ponerse el abrigo. Lleva toda la tarde encerrado en casa, supuestamente volcado sobre unos libros que abrió sin ganas a primera hora y que permanecían en la misma página. Ya tiene ganas de juerga, y aunque no ha quedado formalmente con nadie, siempre sabe dónde encontrar algún que otro crápula de su misma condición con el que tomarse unas copas. Está a punto de coger el pañuelo del cuello, cuando Dolores pasa por delante y encara el pasillo hacia la puerta de servicio de la cocina.

Siempre le ha gustado la modistilla… esos ojos tan azules y extraños, ese cuerpo espigado… tiene algo esa chica… quizás sea esa actitud tan fría, esa forma amedrentada de mirar, que él interpreta como una altivez impropia de su condición, a Rafael le excita incontrolablemente la idea de rebajarle esos humos. La ve alejarse, caminando como si tuviese miedo al mundo. «Miedo». Imagina los ojos grandes de ella mirándolo aterrados, sometida por completo a él, y comienza a experimentar una erección incontrolable. Sale al rellano, y con sigilo de depredador comienza a bajar las escaleras de mármol.

Llega abajo, y espera al lado de la puerta de las escaleras de servicio. Cuando se abre surge Dolores tras ella, quien da un respingo al verle allí, entre las sombras.

—Un momento, niña… ¿Tienes prisa o qué?

Dolores continúa caminando con la cabeza gacha. Él le agarra

suavemente del brazo para que se detenga, pero ella no le mira. Eso le enfurece, al tiempo que inflama aún más su ya incontrolable deseo de someterla.

—¿Qué te parece si te invito a una copa? ¿Qué me dices?

Ella se ha parado, pero tampoco ahora le mira, tiene miedo. Puede ver algo en la mirada de Rafael que le hiela la sangre. Por un momento, una funesta sensación cae sobre ella como una red. Se siente atrapada. Se siente acabada.

—Así me gustan a mí… calladitas… —Acentúa su sonrisa lúbrica mientras aprovecha la penumbra del portal para constatar, con evidente regocijo, el abultamiento creciente de sus genitales. La actitud sometida de la chica le excita de tal forma que decide entregarse a sus instintos. Pero allí no.

Suelta el brazo de Dolores y esta sale apresuradamente a la calle.

Hace mucho frío. Las farolas iluminan con brío las lujosas avenidas del centro, pero van perdiendo fuerza al adentrarse en los barrios, y ahora las calles están bañadas en una pátina de luz tristona, amortiguada por la niebla que ya lo envuelve todo. Dolores camina rápido, le duelen las pantorrillas por el esfuerzo, y a pesar del cansancio, un miedo animal le ayuda a sobreponerse y continuar. No hay un alma, pero puede oír el eco de unas pisadas cercanas, sabe que es él y se siente acorralada.

«Ya queda poco». A lo lejos puede ver las puertas grandes y negras. Por suerte el edificio es muy antiguo y nunca están cerradas del todo porque no encajan bien, así que no tendrá que pararse a abrirlas, entrará a toda velocidad y por fin estará a salvo. Apresura el paso. Ya ha llegado.

Empuja con fuerza la enorme puerta, que se desliza sin apenas ruido, y se adentra en la tremenda oscuridad del portalón, de cuyo techo cuelga un enorme e inútil farol, porque hace ya tiempo que no funciona. Su corazón palpita desbocado mientras se aproxima a tientas hacia la cristalera que comunica con el patio, pero antes de alcanzarla el portón se abre de nuevo, y tras cerrase otra vez, todo queda envuelto en una negrura rota solo por la luz de la calle, apenas un hilo que se cuela por el hueco de las puertas que no encajan.

Está a punto de gritar, cuando un brazo le rodea el cuello, con tanta fuerza que apenas puede respirar. Puede oler su aliento cuando él le susurra al oído cosas que Dolores no entiende, aunque intuye que todo ha acabado para ella. La amenaza, «No chilles…». Él tiene algo en la mano, una pequeña navaja. La posa sobre la cara de la chica con una delicadeza impropia de la violencia del momento, y Dolores percibe el ligero temblor de esa mano que comienza a deslizar la afilada hoja por sus mejillas. No llega a ver su cara, y aunque en ningún momento se ha atrevido a mirarle, sabe que sonríe como lo hacía minutos antes. Él la empuja hasta la pared, pero no hacia la que permanece en completa oscuridad, sino hacia la que recibe un poco de luz por la rendija de las puertas, porque quiere ver su cara, sus ojos grandes y azules empapados por el miedo, contemplar su rostro desfigurado por el horror forma parte del juego, agudiza la excitación, que ya es imparable.

Es un animal, no es más que un animal dejándose llevar por el instinto más primario, así que en unos minutos ha satisfecho su deseo enfermizo, sin pensar más que en sí mismo, sin intuir hasta qué punto su capricho insensato determinará la vida de esa infeliz.

Rafael se recompone. La sonrisa depravada ha desaparecido, y en su lugar, un gesto hosco y amenazante acompaña al odio que refleja su mirada, porque se siente derrotado, esa mujercilla insignificante ha hecho que claudicara ante sus instintos y cayera en lo más bajo, por eso la desprecia profundamente, casi tanto como, inconscientemente, se desprecia a sí mismo. Solo le queda el recurso a la violencia, a la amenaza, a la extorsión. Saca de nuevo la navaja, y un movimiento rápido escinde la delicada piel de la mejilla de Dolores, un corte pequeño pero convincente que comienza a sangrar. Es su muda advertencia, el indeleble recordatorio de que Dolores ha de guardar el secreto para siempre.

Juliana ya no puede más. «¡Dónde se ha metido esta insensata, por Dios!».

Decide salir a su encuentro. Se pone un chal de lana sobre los

hombros, entorna la puerta de casa sin cerrarla y sale al patio. El pozo la contempla, impertérrito, ajeno al desasosiego de la mujer, que se frota las manos, nerviosa. Sale al pequeño corredor, enciende la luz y abre la puerta cristalera que comunica con el portalón.

Tarda apenas unos segundos en ver a Dolores agazapada en el rincón. En un primer momento se queda desconcertada. «¡Pero qué hace ahí!». Enseguida ve algo que confirma sus peores presentimientos, y por fin encuentra la causa de ese desasosiego que le ha rondado desde que comenzó a anochecer. Sus ojos se cruzan con los de Dolores. Están muertos. Lo ha sabido en cuanto se han vuelto hacia ella. Su hija está viva, pero sus ojos…

Se deja caer a su lado y la abraza con compulsión, sollozando con sacudidas que mueven el cuerpo inerte de Dolores, desmadejada como un muñeco. Sin mediar palabra la levanta, y haciendo acopio de una fuerza nacida de la rabia y de la impotencia de sentirse de nuevo en manos de un dios que trata de quebrarla como lo haría con una nuez entre sus manos gigantescas, arrastra a su hija sujetándola por la cintura, y juntas completan el recorrido de vuelta a casa, el mismo por el que transitara solo unos minutos antes, cuando lo que quedaba de su mundo aún no se había desmoronado, cuando aún confiaba en que su suerte comenzaba a cambiar y *el de ahí arriba* se había olvidado definitivamente de ella.

Entran en casa, ningún vecino las ha visto. Juliana se apoya en la puerta ya cerrada, y se queda allí un rato, sin pensar en nada porque su pensamiento está tan vacío como lo está ella ahora. Sabe que Dolores, esa hija suya que es un cuerpo sin alma, ya nunca se casará de blanco, en la iglesia, porque después de haber sido mordisqueada como carroña, ya nadie la querrá.

Va hacia la cocina, allí está su hija, como ausente del mundo. Contempla sin inmutarse el reguerillo en el que las lágrimas y la sangre ya se han mezclado, descendiendo despacio por la piel blanquecina de ese rostro de mirada perdida. Toma un trozo de tela ya bordada, ahora las flores y los bodoques no importan, y limpia maquinalmente el líquido sanguinolento que ya ha mojado el cuello blanco del vestido de Dolores. Mientras lo hace, Justina sea acuerda

de Dios, pero esta vez ni siquiera se molesta en recriminarle que la haya tomado con ella.

Otoño de 1964

ELISA Y MARIO

«Un momento, señora…».

Con un movimiento rápido, Mario levantó en volandas a Elisa. Ella se aferró al cuello de su recién estrenado esposo, y mientras traspasaban el umbral de su nuevo hogar, hundió la cara en su torso, sintiéndose feliz, sintiéndose protegida.

Habían pasado tanto para llegar hasta allí… pero ya estaban juntos.

—¿Qué te parece?

Se habían detenido en la entrada, desde donde podía verse el pasillo y la salita. Mario pasaba al brazo por el hombro de Elisa, mientras ella inspeccionaba visualmente. Por fin emitió su veredicto:

—Mientras estés a mi lado, todo me parece bien.

Porque Elisa estaba convencida de que los defectos de aquel pequeño inmueble se solventaban fácilmente con amor: el frío húmedo que parecía incrustado en las paredes sería la excusa perfecta para permanecer muy juntos, contemplando, a falta de una hermosa chimenea, la llama azulada de gas en la estufa catalítica.

El piso, viejo y algo destartalado, era parte de una antigua casa solariega, dividida y transformada en una comunidad de pequeñas viviendas de alquiler. La suya era la única cuya puerta de acceso daba al portal, porque las otras tres se distribuían bajo el porche de un patio de columnas, al que no le faltaba un hermoso pozo de piedra.

—Bueno, ya sabes que es provisional. En unos meses habremos ahorrado lo suficiente para dar la entrada de un piso, nuevo y muy soleado. Nada que ver con esto, te lo prometo.

Elisa le miró, se alzó de puntillas y le dio un beso en los labios.

—Lo sé, cariño. Pero para empezar no está tan mal… Solo quiero pensar que, por fin, es nuestro hogar.

Estas palabras de su mujer reconfortaron a Mario, era justo lo que necesitaba oír.

Porque Elisa había crecido entre algodones. Ella era la princesita, la niña que llegó sin ser ya esperada, cuando sus dos hermanos estaban casi en edad de ser reclutados.

Sus padres, Antonio Gil y Matilde Ruiz, gozaban de un privilegiado puesto entre la «gente bien» de aquella capital de provincia, en un tiempo en el que formar parte de los privilegiados era disfrutar de una vida exclusiva, aderezada con invitaciones a fiestas de puesta de largo y reuniones sociales simplonas y relajadas, donde los asistentes nunca daban puntada sin hilo, echando las redes con la intención de pescar un buen partido o un socio capitalista, o codeándose simplemente con los padrinos que, llegado el momento, prestarían la ayuda necesaria para encaramarse sin esfuerzo a un puesto importante de la administración pública, perpetuando así un sistema cerrado, nepótico y altamente eficaz para la pervivencia en el poder de los mismos de siempre.

El señor Gil era abogado, hijo de otro reconocido hombre de leyes, y conoció a su esposa, Matilde Ruiz, durante una de esas fiestas que pese a ser tremendamente aburridas resultaban casi siempre muy rentables. Antonio y Matilde eran tal para cual: ambos criados en el confortable nido de familias conservadoras, respetables y pudientes, educados en una endogamia radical. Por eso, aunque Matilde no fuese aquella chica del quiosco de prensa con la que Antonio cruzaba cada mañana ardientes miradas que servían de inspiración a sus más tórridas fantasías nocturnas, ni Matilde sintiese nada especial ni arrebatador cuando le presentaron a su futuro marido, ambos eran justo lo que el otro necesitaba para continuar con sus vidas confortables y sin complicaciones, así que tomaron la decisión de casarse con la misma simpleza con la que uno elige unas zapatillas de andar por casa, porque dar prioridad al matrimonio ventajoso antes que a los sentimientos era una conducta

aprendida, que la mayoría de las veces tenía consecuencias altamente beneficiosas.

No fueron infelices, cómo iban a serlo. En su estrechez de miras tenían cuanto necesitaban: Antonio consiguió gracias a su suegro los contactos que aún le faltaban para convertirse en uno de los abogados más conocidos de la ciudad, y su lista de espera era casi tan larga como la enorme mesa de despacho detrás de la cual recibía a sus clientes, la mayoría de los cuales eran prósperos empresarios, pero nunca faltaban gentes corrientes que empeñaban cuanto tenían con tal de sacar a un hijo de la cárcel o cobrar una herencia injustamente arrebatada. Matilde por su parte tenía cuanto podía desear: criada, cocinera, una niñera que cuidaba de sus hijos para que ella pudiese cumplir con sus compromisos sociales y un chófer a su disposición, aparte de un vestidor repleto que a menudo se permitía el lujo de renovar, ajustándolo a los patrones de moda de cada temporada. No le faltaban los zapatos a juego, ni una caja fuerte, custodia de sus joyas más preciadas. Todo ello le otorgaba a Matilde la consideración y el respeto de aquellas respetables mujeres de su misma condición, con las que se reunía cada tarde en un ambiente de perpetua competición por ganarse la admiración del resto con el abrigo de pieles más caro o el anillo más brillante, mientras despellejaban a las ausentes, aprovechando que no estaban.

Elisa creció entre algodones, por eso le hicieron una fiesta inolvidable cuando cumplió su mayoría de edad, una fiesta en el Círculo de Recreo, para la que estrenó un vestido de coctel en satén azul celeste que le sentaba de maravilla y resaltaba sus ojos grises. No se separó ni un segundo de Ricardo, hijo de un notario y opositor a judicatura, con el que comenzara un noviazgo que duraba ya dos años, una relación muy bien vista por Antonio pero sobre todo por Matilde, quien deseaba para su hija una vida sin complicaciones, todo comodidades, a imagen y semejanza de la suya propia. Por eso cuando en aquella celebración tan especial y delante de todos los asistentes, Ricardo sacó de su bolsillo un pequeño estuche de terciopelo y se lo dio a Elisa entre miradas expectantes, emocionadas algunas, afeadas por un irreprimible rictus de envidia

otras, todos los allí asistentes creyeron que la cuenta atrás para la boda de aquella pareja que parecían diseñados el uno para el otro había comenzado.

Y en efecto, así fue durante unos meses, en los que los prometidos comenzaron con los preparativos, acudiendo a la parroquia en la que recibían sus cursos prematrimoniales. A la salida de los mismos paseaban cogidos del brazo hasta los grandes almacenes en los que elegían sofás, lámparas, vajillas, alfombras… Muy pronto todo ello decoraría el piso que tenían pensado adquirir en el centro, en un edificio nuevo construido sobre los escombros de una antiguo palacete en ruinas, y en el que las obras terminarían justo a tiempo para mudarse allí después de la boda.

En la vida de Elisa todo estaba perfectamente planeado, todo estructurado y diseñado milimétricamente, en la ingenuidad de que esta previsión evitaría la intervención inoportuna y quizás catastrófica del ineludible destino. Y Elisa lo aceptaba sin más pretensión que la de ajustarse a los esquemas de lo que ella creía correcto, dejándose llevar por la corriente, convencida de que era así como se hacían las cosas. En la vida de Elisa todo estaba planeado, excepto el amor y su imprevisible y repentina aparición.

Elisa no caminaba por la calle y se retorció el tobillo, ni Mario la auxilió caballerosamente en el fatal trance. A Elisa no le acosaban unos gamberros callejeros ni Mario salió en su defensa. Tampoco era un día especial cuando se conocieron, ni se produjo ninguna misteriosa casualidad numérica, ni espacial ni temporal de esas que suelen aderezar los encuentros de los amantes en las grandes historias de amor. Ellos simplemente se cruzaron en una calle cualquiera de un día como cualquier otro, se miraron, y quedaron atrapados en una inexplicable sensación, hasta entonces desconocida para ambos. Aquí comenzó la tortura, el paréntesis vital en el que el único propósito de Elisa era mirar a los ojos de aquel hombre y perderse en ellos para siempre, el de Mario poseer a aquella mujer en cuerpo y alma.

Ricardo se convirtió entonces en un molesto obstáculo, y después en un verdadero suplicio, porque cada vez que Elisa miraba

el anillo de compromiso en su dedo anular, la imagen de Mario se interponía tan nítida y tan real que abominaba el compromiso adquirido, ahora muy a su pesar. Ya no soportaba el gesto habitual de Ricardo de pasar su mano pequeña y afeminada por su cintura, ni soportaba tampoco aquellos juegos sexuales que él había impuesto en la relación como parte de su compromiso y que ella acataba hasta entonces con curiosidad y sin remordimientos. Ahora se le hacía insoportable, y como era casi imposible rechazar a un hombre acostumbrado a salirse siempre con la suya como lo era Ricardo, la relación entre ambos comenzó a convertirse en una pesadilla. «Su hija ya no me quiere como antes», lloriqueaba el novio despechado a espaldas de Elisa. Y como sus lamentos caían en saco roto, porque pese a las advertencias de su madre Elisa no podía desprenderse de su enamoramiento sin arrancarse a su vez el alma, Ricardo comenzó a mostrarse excesivamente posesivo, vigilando las salidas de su prometida y acompañándola a todas partes siempre que le era posible. Ricardo comenzó a comportarse como un carcelero.

Mientras tanto Mario vivía los días más felices de su sencilla existencia: hacía poco más de dos años que ocupaba su puesto de profesor en la cátedra de Historia Medieval, estaba a punto de concluir su tesis doctoral y la guapa chica con la que se cruzara una mañana y cuya imagen lo mortificó de deseo insatisfecho durante días, resultó llamarse Elisa, estaba locamente enamorada de él y siempre que podía, a la salida de la facultad, lo esperaba sentada en la penumbra de un banco, donde se daban el primer y apasionado beso de los muchos que se darían a lo largo de aquellas tardes mágicas en las que paseaban cogidos de la mano por unas calles de la ciudad hasta entonces desconocidas para ella.

Y fue precisamente una de aquellas tardes de invierno cuando subieron a la pensión en la que Mario vivía mientras intentaba acomodar su vida de estudiante a la de profesor. Ni la lluvia les había calado, ni Mario había olvidado la cartera en su habitación, ni necesitaba tampoco ponerse una prenda de más abrigo… No necesitaron excusas ni falsos pretextos, simplemente subieron, perfectamente conscientes de la motivación que les impulsaba a

hacerlo, porque era el momento y ambos estaban preparados, eso sí, ocultando la presencia de Elisa a la patrona, que el mundo es un pañuelo. Y allí, en la estrecha cama de una humilde pensión de barriada, tan distinta de los algodones entre los que fue criada, Elisa se entregó a Mario en un climax de besos, caricias y placer.

A partir de entonces Elisa supo que no había vuelta atrás: vivir era amar a Mario, y la vida sin él sería como estar muerta. De aquel amor brotó una mujer diferente, apasionada, consciente de sus propios deseos, una mujer que por primera vez se cuestionó lo establecido, rebelándose contra el círculo cerrado en el que le habían impuesto a Ricardo como complemento ideal para una vida sin sobresaltos, para una vida sin amor, sin pasión, sin sueños. Elisa no era la misma, paradójicamente se enriqueció caminando por las calles sucias de aquellos otros barrios vedados para las chicas de postín, contemplando estupefacta las ropas desgastadas que colgaban de los tendederos de aquellas viviendas humildes de arquitecturas descuidadas y materiales de saldo, cruzándose con mujeres que le devolvían miradas agotadas tras un largo turno de trabajo en una fábrica, observando las luchas despiadadas de niños que se arañaban la cara por un puñado de canicas… Se había enriquecido al escuchar el relato de la vida de Mario, de sus orígenes en un pequeño pueblo, de la pérdida de sus padres, de su llegada a un orfanato de la ciudad, de su vida en el seminario en el que entró como único medio con el que proseguir sus estudios. Por eso Elisa lo admiraba profundamente, porque ella era tan débil y él había demostrado ser tan fuerte… Le había faltado todo y aun así había sido capaz de crecer, como un oasis lo hace en mitad del desierto. La dificultosa trayectoria de Mario lo había conducido al éxito personal… ¿Y ella? ¿Qué había logrado ella a lo largo de sus veintiún años? Amaba y admiraba a Mario, lo admiraba tanto que a veces se sentía insignificante a su lado.

Pero la fecha de su boda con Ricardo se acercaba. Elisa estaba desmejorada, apenas comía, y cada noche soñaba que caminaba por una vía suspendida sobre un abismo insalvable. Manteniendo el equilibrio como podía, de pronto comenzaba a oír, cada vez más

cerca, el pitido inconfundible de un tren acercándose… sabía que no podía escapar, y a lo lejos, quizás desde la seguridad del otro lado de aquel viaducto infernal, resonaba la voz desgarrada de Mario, gritando desesperado su nombre. Despertaba empapada en sudor y sin sentir ningún alivio al contacto con la realidad, porque sus circunstancias personales en la vida real eran el reflejo mismo de aquella pesadilla sin escapatoria. Ricardo, a pesar de no ser excesivamente espabilado, ya estaba convencido de que Elisa le ocultaba algo, y esta sensación provocaba en él una inseguridad nueva, acostumbrado como estaba desde que nació al trapecio con red. Comenzó a aflorar en su personalidad una intransigencia hasta entonces camuflada de encantadora persuasión. Así Elisa pudo constatar definitivamente la violencia oculta tras la apariencia mundana y desenfadada de su futuro marido. Y cada vez se alejaba más de él, alimentando la desconfianza creciente de Ricardo, su frustración y su cólera.

Mario permanecía ajeno a esta situación. Elisa le ocultó su compromiso, temerosa de que la integridad de Mario le hiciese renunciar a un amor que quizás considerase robado a otro hombre. Pero no sabía lo equivocada que estaba, pues aunque tremendamente honrado, Mario sentía a Elisa tan legítimamente suya que ni las convicciones más profundas le hubiesen hecho renunciar a ella.

Él se enteró por casualidad, pues las mentiras, ya se sabe, tienen las patas muy cortas. Sucedió en los pasillos de la Universidad. Mario se dirigía al rectorado cuando oyó delante de él la conversación de unos estudiantes de derecho, uno de los cuales hablaba del conocido abogado Antonio Gil, en cuyo bufete trabajaría ese mismo verano gracias a la amistad de su familia con el reputado hombre de leyes. Fue entonces cuando el joven mencionó la boda de la hija del señor Gil, Elisa, con su gran amigo Ricardo Fuentes, a la que él asistiría. Mario, quien hasta entonces caminaba tras ellos como oyente pasivo de una conversación que ni le iba ni le venía, aguzó el oído cuanto pudo. Tras un rato se dio media vuelta: ya resolvería lo del rectorado en otro momento.

Aquel día no comió. No tenía ganas, ni fuerza anímica para nada. Permaneció hasta bien entrada la tarde tumbado en la misma cama en la que hacía solo dos días había hecho el amor con Elisa. La almohada aún conservaba el olor suave de su perfume, y extraviadas entre las sábanas, moléculas con el excitante aroma del cuerpo de su amada retaban a sus sentidos, confundiéndole, incitándole a borrar de su mente esa maldita conversación, rememorada mil veces mientras miraba sin ver hacia el techo descascarillado de aquella pequeña estancia, en la que había vivido momentos tan felices con aquella mujer que no era más que un engaño. ¿Era posible? ¿Puede alguien fingir hasta tal punto? ¿Era capaz Elisa de una maniobra tan despreciable? Puede que sí, puede que él, cegado de amor, hubiese inventado una versión de ella acorde a sus propias expectativas. Puede que la Elisa sencilla, cariñosa, sensible, generosa e idealista que él creía ver no fuese más que un ser engreído, mezquino e inmoral, que había jugado con él como juega un gato con un ratón. Quizás para Elisa no había sido más que un divertimento, una morbosa manera de entretenerse hasta el día de su boda. Porque si lo pensaba detenidamente ¿qué podía impulsar a una chica como ella a unir su vida a un hombre como él, que tan poco podía ofrecerle? Pero entonces rememoraba los ojos de ella y evocaba aquella sombra que tantas veces viera en ellos, una tristeza difusa que nunca supo interpretar ¿Y si ella estaba realmente enamorada, si nunca fingió ese amor? ¿Y si estaba comprometida antes de conocerlo a él, y ahora se debatía entre el amor recién descubierto en Mario y el cumplimiento de la palabra dada? Y entraba de nuevo en la espiral de razonamientos que lo abocaban a la misma fatídica conclusión: Elisa había jugado con sus sentimientos, porque si de verdad lo quisiera, hubiese tenido la consideración de hablarle de aquel compromiso.

Ya estaba anocheciendo cuando se levantó haciendo un gran esfuerzo, se puso la americana sobre la camisa arrugada que no se había molestado en quitar y salió sin rumbo fijo, con la esperanza de que el aire de la noche despejase sus ideas, irracionalmente deseoso de que el ruido de la ciudad borrase de su cabeza aquella

conversación delirante.

Entró en un bar. En el pequeño establecimiento, enturbiado por el humo que exhalaban distraídamente varios jugadores de mus enfrascados en ruidosos órdagos, Mario encontró refugio al fondo de la barra. Pidió un chato de vino, después otro. Nadie reparaba en su presencia, ni siquiera el tabernero, ocupado en lavar los vasos que secaba con una rodea desgastada y en surtir de vino a los sedientos clientes de las mesas de juego. Al tercer chato, el hombre tras la barra acusó una apenas perceptible mueca de disgusto, pero llenó el contenido del vaso sin comentarios. Fue cuando Mario, ligeramente ebrio, pidió el cuarto, cuando el tabernero decidió tomar cartas en el asunto, porque aquel hombre joven y de modales impecables nada tenía que ver con los borrachos habituales que se le aposentaban tras la barra hasta que llegaba la hora del cierre y no le quedaba más remedio que echarlos como podía, a veces y muy a su pesar, a patada limpia. No, aquel chico era de otra casta, aunque fuese evidente que había caído en la trampa del alcohol como viejo remedio con que disolver en él las penas. «Mire, joven, esta no es la manera… No sé lo que le sucede, pero créame que así no lo va a solucionar». Mario, envalentonado por la bebida, a punto estuvo de enganchar al hombre por el cuello de la camisa para dejarle bien claro que no era asunto suyo. Pero movido por quién sabe qué se lo pensó mejor, y en lugar de ello pagó lo que debía y salió de allí, no sin antes volver la cabeza hacia la barra, desde la que el tabernero le dirigía una mirada aprobatoria, no exenta de conmiseración.

Deambuló cabizbajo por las calles casi desiertas, guiado por el inconsciente. No sabía la dirección exacta, la calle sí, lo habían hablado muchas veces entre risas, comparando la barriada obrera en la que vivía Mario con el elegante bulevar donde ella se había criado. Uno a uno se fue parando en todos los portales, en ambas aceras. No tenía prisa, el tiempo parecía haberse detenido para él, la vida misma parecía haberse vaciado de sentido. No le importaba la hora, esa misma hora a la que cualquier otro día ya estaría encerrado en su habitación preparando las clases del día siguiente o trabajando incansablemente en su tesis doctoral. Ahora ni la Historia Medieval

ni su cátedra tenían ya importancia. Sabía que amaba a Elisa, pero hasta aquel momento no fue consciente de cuanto la quería.

En uno de los señoriales portales que recorrían la calle, reflejando la luz de una farola sobre su superficie bruñida, una placa mostraba con altanería el nombre del que quizás fuese el abogado más conocido de la ciudad. «¿Qué hago aquí?», se preguntó Mario en un segundo de lucidez, transcurrido el cual y sin saber qué era lo que pretendía exactamente, empujó la puerta de madera labrada.

Un portero uniformado escuchaba el folletín radiofónico apostado tras una garita acristalada. Enseguida se puso en pie, estiró su chaqueta azul marino y con aprendida afectación de mayordomo inglés se dirigió al intruso, tras mirarle de arriba abajo sin disimular una manifiesta desaprobación ante la presencia de Mario, con su camisa arrugada y sus efluvios alcohólicos.

—Voy al primer piso, al despacho del señor Gil… —señaló Mario la escalera, titubeante.

—Lo siento señor, pero don Antonio no recibe a estas horas…

Mario sacó a relucir su mejor sonrisa.

—Bien… En realidad vengo a ver a la señorita Elisa… ¿le parece mejor? —contestó jactancioso, con esa valentía descarnada de quien ya no tiene nada que perder.

El portero estaba allí para ganarse el jornal, y lo hacía muy bien. Había sido aleccionado acerca de los individuos desesperados, desaliñados y ebrios, que con bastante asiduidad acudirían —a horas intempestivas— preguntando por Antonio Gil. La mayoría de ellos buscaban su revancha en forma de enfrentamiento directo con el leguleyo al que tenían pensado agarrar del pescuezo en cuanto el letrado les dijese que nada más podía hacer, a pesar de la fortuna que habían pagado para que el letrado señor Gil les librase de malentendidos legales o de justas e injustas condenas que a pesar de ello los interesados siempre consideraban aterradoramente injustas. Por eso no se inmutó ante aquel joven que seguramente buscaba lo mismo de siempre: resarcirse de su derrota. En caso necesario avisaría al sereno, que no era la primera vez ni sería la última que le tocaba forcejear con impresentables.

En aquel momento se abrió la puerta, y entró en el portal un joven impecablemente vestido con una gabardina suelta, la camisa blanca sin una sola arruga y unos pantalones de pitillo que dejaban ver unos zapatos negros, indudablemente hechos a medida. Llevaba el pelo un poco crecido, influenciado quizás por esa moda llegada desde Reino Unido y que cada vez tenía más adeptos.

—Buenas noches don Ricardo… —El portero sintió cierta tranquilidad al ver aparecer en aquellos instantes al novio de la señorita Elisa, pese a que en caso necesario habría de ser él mismo quien resolviese el asunto, que para eso le pagaban.

—Buenas noches Mariano… —dijo el recién llegado sin detenerse mientras avanzaba hacia las escaleras. Al pasar junto a Mario le miró de reojo, sin molestarse en ocultar el asco que le producían los individuos como aquel, molestos personajes insatisfechos con sus vidas de mierda.

«Ricardo…». Aquel nombre fue saltando de una neurona a la siguiente, hasta detenerse en su sistema límbico, gestor de sus emociones y responsable de que Mario, herido de muerte al constatar que lo que oyera aquella aciaga mañana era tan real como el portero que le miraba desafiante dos peldaños por encima de él, se llevara las manos a la cara para ocultar el llanto desesperado que brotaba de unos ojos enrojecidos por el alcohol.

El portero suspiró aliviado. «Un pirado menos al que enfrentarse», se dijo mientras regresaba a la tranquilidad de su garita, al comprobar que el intruso se había dado media vuelta para salir por donde minutos antes entrara buscando jarana.

Pero Mario no se fue: permaneció allí alrededor de una hora, apoyado en el tronco de uno de los árboles que flanqueaban la calle, contemplando sin pestañear las ventanas del primer piso, donde en un par de ocasiones pudo distinguir la que sin duda era la silueta amada de Elisa, a cuyo lado la del tal Ricardo gesticulaba de un lado para el otro, como si una gran inquietud le impidiese permanecer dos minutos en un mismo lugar.

Regresó a la pensión, se tumbó en la cama sin desnudarse y antes de que el olor de Elisa llegase a él impidiéndole el sueño, se

quedó dormido hasta la mañana siguiente.

«Mis alumnos no tienen la culpa», se dijo nada más abrir los ojos. Así que se aseó, se cambió de ropa y se dirigió al comedor de la pensión, donde la patrona le sirvió un café con leche caliente y le obligó a comer unas galletas «Para que puedes tomarte una aspirina, se ve que te está agarrando la gripe, así no puedes ir a trabajar».

La mañana transcurrió antes de lo esperado, afortunadamente para él. La pasión que Mario sentía por la historia le ayudó a evadirse de una realidad a la que de momento no podía enfrentarse. No salió de la facultad, no tenía apetito, así que se enfrascó en su tesis hasta bien entrada la tarde.

Cuando abandonó el edificio estaba ya anocheciendo. Y de entre las sombras surgió la sonrisa amada de Elisa, de la que parecía haberse borrado la misteriosa sombra de tristeza que solía aflorar con ella.

—Hola cariño… ¡Sorpresa!… Sé que hoy no me esperabas, pero tengo algo importante que decirte…

Mario se paró en seco. En efecto, lo último que esperaba era encontrarla allí, no sabía cómo reaccionar, aún no había tenido tiempo de decidir cómo comportarse cuando volviese a verla. Ella se prendió de su brazo mientras se alzaba de puntillas para rozar con un beso suave la mejilla áspera de Mario, que hoy no había tenido ni tiempo ni ganas de afeitarse. Él se escabulló del abrazo mientras volvía la cara para que Elisa no pudiera ver las lágrimas que comenzaban a humedecer sus ojos, a pesar de que había sido educado, toda una vida, en la consigna de que siendo un hombre, llorar era un signo de debilidad que no podía permitirse. Bien poco le importaba en estos momentos.

Elisa soltó su brazo, se paró en seco y le preguntó, tremendamente angustiada:

—¿Qué pasa, Mario?

Mario la miró. Sintió que se le partía al corazón al enfrentarse a esa mirada de ella, cargada de desesperación. Por un segundo dudó de la realidad de la fatídica conversación de la que fuera involuntario oyente del día anterior, por un segundo creyó ver en los ojos de Elisa

un miedo aterrador a perderle.

—Lo sé todo, Elisa, sé lo de tu boda con Ricardo.

Las palabras habían brotado de forma automática, pues Mario se sorprendió al oírlas en su propia voz. Pero habían sido las palabras precisas, pocas palabras que resumían en su brevedad la causa de su abatimiento, de sus lágrimas, de ese pesar que se materializaba en su postura derrotada, de mirada baja y hombros caídos.

Siguieron caminando uno al lado del otro, acompañados por un silencio que los aislaba del tumulto de la ciudad. Ahora Elisa también lloraba, derrotada. Al cabo de unos metros habló:

—Verás Mario, la vida no es tan sencilla como yo pensaba que lo era… Puedes creerme o no. Si lo haces me darás la vida, porque sin ti no podría vivir… Pero estás en tu derecho de no hacerlo… Independientemente de la decisión que tomes, yo hace mucho tiempo que tomé la mía: no me casaré con Ricardo. Anoche vino a casa, y no dudé en decírselo. Precisamente hoy venía a contártelo todo: lo del compromiso y lo de la ruptura del mismo. Verás… Yo me comprometí con Ricardo de la manera más tonta, el día de mi puesta de largo. Llevábamos saliendo un tiempo juntos, espoleados por la celestina de turno que nos iba engatusando para que el romance forzado acabase cuajando, pues aunque no lo creas, es más frecuente de lo que piensas, los matrimonios entre jóvenes bien posicionados y de buena familia son una costumbre, aún hoy en día. Él me parecía agradable, pero nunca estuve enamorada. Eso yo no lo sabía, lo supe cuando te conocí. Fue cuando me di cuenta de que había un sentimiento que podía unir a dos personas, el amor, claro está, que yo nunca había experimentado con Ricardo. Simplemente hice lo que hace todo el mundo: comprometerme para casarme con una persona de «confianza», alguien del mismo entorno cuya familia es conocida por la mía, alguien con una posición que hará que el matrimonio, sin problemas de ningún tipo, funcione. Pero te conocí y las cosas cambiaron, Mario, como yo misma he cambiado. Ahora soy otra persona, más completa, más feliz, más mujer, porque tú me has ayudado a descubrir tantas cosas…

Mario y Elisa se habían sentado distraídamente en uno de

aquellos bancos de piedra de los jardines de la Universidad, al amparo del mundo. Mientras Elisa hablaba, Mario guardaba silencio con la actitud del juez que escucha obligado por la presunción de inocencia del acusado. Pero el amor no se rige por las leyes de un tribunal de justicia, el amor de verdad juzga con el corazón, refutando pruebas que en un juicio hubiesen servido como indiciarias. Por eso Mario comenzó a relajar el semblante, a desestimar el hecho indiscutible de que Elisa, su amada Elisa, había compartido la intimidad de su cuerpo y de su alma con él mientras se debía a otro hombre. Pero ya no tenía importancia, el compromiso comenzó a desdibujarse, a desvanecerse como el malestar dejado por una pesadilla de la que uno despierta. En el amor y en la guerra, todo vale. Por eso poco importaba ahora ese anillo que Elisa ya no lucía en su mano, ahora solo importaba el recuerdo de la calidez de dos cuerpos amándose, y las palabras de entrega susurradas al oído en la penumbra de la pequeña habitación de la fonda.

Mario sabía que Elisa decía la verdad, lo sentía muy adentro. Pero también sentía que aquel era el momento de poner las cartas sobre la mesa, de dejarlo todo claro para que nada pudiese perturbar, en un futuro, el proyecto de una vida juntos. Por eso le preguntó si estaba segura de lo que hacía, si sería capaz de vivir con el sueldo de un profesor y renunciar a las comodidades de las que siempre había disfrutado. Elisa le respondió sin palabras, porque Mario vio la respuesta en sus ojos enamorados.

Al día siguiente, aún desde su amor clandestino, comenzaron a buscar piso.

No fue fácil para Elisa desvelar a sus padres el motivo de la ruptura de su compromiso.

La noche en que, armada de valor e impulsada por el amor incondicional que sentía por Mario, le comunicó a Ricardo que no se casaría con él, Antonio Gil y Matilde Ruiz asistieron atónitos a la reacción de aquel al que creían ya su futuro yerno, y al que hasta el

momento consideraban un joven de intachables modales. Les alertaron las voces, que llegaban desde la salita en la que Elisa y él estaban reunidos. Cuando entraron, Elisa aguantaba tan dignamente como podía los improperios de Ricardo, quien sujetó la mano con la que ya estaba dispuesto a abofetearla ante la inoportuna aparición de los padres de ella. «Que se lo explique su hija» y «Esto no va a quedar así», fueron sus únicas palabras, antes de abandonar la salir con un tremendo portazo.

Aquella noche no se habló del asunto, porque si algo sobraba en aquella casa era sangre fría. Los problemas se resolvían siempre tras un tiempo prudencial, en el que las emociones desbocadas hubiesen dejado paso a la reflexión y la cordura. Así como en los conflictos con los hijos —y con Rafael los habían tenido a montones— era Antonio el encargado de resolverlos, en esta ocasión se ocuparía Matilde, porque aquel era un asunto de las mujeres y sus «caprichos».

Por eso, el primer quehacer de Matilde Ruiz aquella mañana fue hablar con su hija. Mientras desayunaba, Elisa entró en el comedor. Se dirigieron un frío saludo, y cuando la criada terminó de servir a la recién llegada, Matilde dio órdenes para que cerrara la puerta y no las molestasen, más preocupada por lo que pudiera oír el servicio que por lo que tenía que decirle a su hija. «Como si no supiéramos lo que se cuece», pensaba la criada mientras salía con la bandeja en la mano.

El discurso de Matilde, no por previsible, resultó menos duro para Elisa. La madre había sido testigo de las voces, de los insultos, de la bofetada que el que fuera su prometido estaba dispuesto a soltar sobre la mejilla de su hija… Y a pesar de ello, insistió. «Ricardo es el hombre que te conviene, no puedes hacerle esto, es por tu bien, Elisa. Ignoro lo que te ha podido pasar para hacer la barbaridad que has hecho, pero si sabes lo que te conviene, vas a mandarle recado por la criada de que quieres verlo. No sé si Ricardo accederá, después de la humillación de anoche, pero si es preciso, tu padre intercederá por medio del suyo, ya sabes que tienen buena amistad».

La reunión —el monólogo— terminó en pocos minutos. «Eres una insensata, hija, espero que hayas recapacitado… Nos has puesto en una situación delicada… Deseo por el bien de todos —el tuyo sobre todo— que Ricardo sea más sensato que tú y te de otra oportunidad».

Después de hablar con su madre, Elisa se encerró en la habitación, y no paró de llorar hasta que ya no tuvo más lágrimas. Entonces se sintió vacía de todo lo que había sido hasta el momento, y tremendamente llena de amor, llena de Mario. Ahora sí, era libre y asombrosamente feliz con su libertad recién estrenada. Quería a sus padres, le habían proporcionado todas las comodidades, todos los caprichos, ella era su niña, la princesa de papá, quien había compensado, a su manera, el cariño que nunca había recibido de su madre, tan fría, tan correcta, tan despegada. Les quería, pero no estaba dispuesta a renunciar a un futuro con el hombre al que amaba. Por un cruce casual con él, un día cualquiera, había conocido a Mario. O no tan casual, porque ahora estaba convencida de que las cosas no suceden porque sí, todo está dispuesto, aunque caigamos en el engaño de creer que dirigimos nuestras vidas. Mario era su camino, y no podía apartarse de él. Había tenido la oportunidad de conocer el amor, y se horrorizaba al pensar en el paso en falso que hubiese dado casándose con Ricardo… pero eso lo sabía ahora, lo sabía ella… ¿Cómo hacérselo comprender a sus padres, al propio Ricardo, al resto del mundo?

En efecto, nadie lo entendió. Matilde Ruiz continuó erre que erre, empecinada en que Elisa se retractase de la ruptura, y exponiéndole a su hija los innumerables perjuicios que su absurda decisión acarrearían a la familia, «comenzando por la carrera de tu padre, que los Fuentes tienen muchos contactos y como les dé por hacerle el vacío…». Y Antonio, conciliador pero sin indagar en los motivos, pidiéndole a su hija que se lo pensase un poco.

Ricardo, por su parte, carente de la dignidad que Matilde le supusiera, se presentaba cada dos por tres en casa de los Ruiz. Elisa, atemorizada, había dado instrucciones al servicio, y Conchita o la cocinera se encargaban de despacharle lo antes posible con la excusa

de que la señorita había salido, hasta el día en que la misma Matilde abrió la puerta, y enternecida por lo que interpretó como un gesto del amor que aquel joven tan conveniente para su hija sentía por ella, le acompañó hasta la puerta de la habitación.

Elisa, a quien la inesperada visita pilló desprevenida, hojeaba en aquel momento las páginas del diario, con la esperanza de encontrar, entre los anuncios, el hogar que pronto compartiría con Mario. Ricardo cerró la puerta cuidadosamente tras de sí, no sin antes dedicarle una sonrisa cómplice a Matilde, quien asintió con la cabeza antes de retirarse discretamente, esperanzada ante la posibilidad de que las cosas se aclarasen entre la feliz pareja.

Una vez adentro, Ricardo se acercó sigilosamente hasta su novia —aún se creía con el derecho de llamarla así— mientras ella cerraba precipitadamente las hojas del periódico. Pero el joven, sin darle tiempo a reaccionar, se lo quitó de las manos. Sus ojos, indudablemente iracundos, recorrieron durante unos segundos los anuncios, redondeados con lápiz de color rojo.

—Elisa, ¿Me puedes explicar qué demonios significa esto?

Ella, tras vacilar un instante, se armó de valor, ya no tenía nada que perder:

—No, Ricardo, no te voy a contestar, no tengo por qué hacerlo.

—¿Estás buscando piso…? ¡Serás zorra! ¿Lo saben tus padres? ¡Contesta! ¿Saben ellos que estás buscando dónde amancebarte con ese desgraciado, como una mujerzuela? ¡Dime!

Elisa se asustó, él no levantaba la voz, pero hablaba entre dientes, indudablemente llevado por una rabia que apenas podía contener.

—Déjame en paz, te lo pido por…

No le dio tiempo a terminar la frase, porque en ese momento él se abalanzó sobre ella, la tomó del brazo y, mientras la zarandeaba violentamente, la amenazó:

—¡Te vas a arrepentir, so puta, que te comportas como una puta! ¡Esto no se queda así, te prometo que te voy a amargar la vida, tenlo por seguro! Recapacita, vuelve conmigo, o te arrepentirás… ¡Cómo me llamo Ricardo Fuentes!

Ricardo soltó su brazo, y tras hacer jirones las hojas del periódico, avanzó precipitadamente, pateando los trozos de papel que se empeñaban en enredarse entre sus zapatos hechos a medida, siempre impecablemente lustrados. Salió de la casa sin despedirse de Matilde, quien en ese momento asomaba por la puerta del salón con una sonrisa que se desvaneció en el acto. Contrariada, enfiló el pasillo hacia la habitación de Elisa.

—¿Qué le has hecho, hija, es que acaso no tienes cabeza?

Elisa sollozaba con las manos entre la cara. Su madre no percibió el ligero temblor que las sacudía.

—Me ha amenazado, mamá… creo que nunca me dejará ser feliz.

—¿Amenazarte Ricardo? ¡Qué cosas tienes, Elisa, un joven con su educación! ¡No te reconozco, estás traicionando a quienes más te quieren! Recapacita, por el bien de todos, recapacita.

Pero Elisa tenía, cada vez más claro, que ya había reflexionado lo suficiente para decidir, y sabía que, a quien se debía incondicionalmente, no era a aquel energúmeno con el que había estado a punto de cometer el peor error de su vida. ¡Cómo pudo estar tan ciega!

El acoso de Ricardo se incrementó. Él la seguía sin que ella se percatase, y la asaltaba en los lugares menos sospechados, siempre resguardado de miradas indiscretas que lo pudiesen incriminar. Y reiteraba sus amenazas, cada vez más violentas, cada vez más desquiciadas. Elisa comenzó a temerle.

Y llegó el día en que no pudo más, y decidió echarle valor, enfrentarse a su familia y largarse de allí, a la otra punta de la ciudad, donde su ex novio solo fuese un mal recuerdo y pudiese comenzar una nueva etapa al lado del amor de su vida. Mario ya había encontrado un piso para ellos, ahora solo tenían que comprar cuatro muebles… Y casarse. Por supuesto, Mario desconocía el acoso de Ricardo y sus amenazas, Elisa no quería complicar la situación más de lo que ya lo estaba, y el hecho de contárselo solo supondría una tensión adicional. Así que calló, con la esperanza de que su futuro matrimonio y su retirada a un barrio alejado hiciesen

que Ricardo, al fin, la olvidase.

«Mario, cariño, hoy a la salida de la facultad vienes a mi casa y se lo decimos a mis padres». Mario no puso objeción, como iba a hacerlo, si se trataba de dar el paso definitivo para casarse con Elisa y comenzar su vida juntos, que era lo que más deseaba.

Cuando entraron en el portal, Mario evitó mirar de frente al portero, por si las moscas. Saludó cortésmente sin apartar la vista de las baldosas, pero el hombre estaba acostumbrado a quedarse con las caras y no se le escapaba una. Así que siguió con la vista a aquel individuo tan modosito que hacía unas noches llegara medio borracho preguntando por la señorita Elisa. «Cosas de esta gente adinerada… Ellos sabrán».

La sorpresa fue tremenda para Matilde y Antonio, porque Elisa había organizado el encuentro clandestinamente, estaba harta de discursos vacíos y consideró que lo más conveniente sería resolverlo de una vez por todas, sin darles la posibilidad —sobre todo a su madre— de negarse a recibir a Mario.

Antonio Gil estaba en su despacho, y Matilde acababa de llegar de una de sus tardes de cafetería y leía una revista de modas mientras esperaba la cena. En cuanto sintió el timbre, dejó la revista sobre el sofá y se puso en pie, dispuesta a interceptar a su hija antes de que se escabullese. «De hoy no pasa, le voy a decir que mañana envío a Conchita con el recado, y que no saldrá de la habitación hasta que Ricardo se presente de nuevo aquí y hagan las paces…».

—¡Papá! ¿Puedes venir un momento, por favor? —la voz de Elisa sonó decidida, imperativa casi. Matilde, al oírla, salió a la entrada. La confusión en su cara fue elocuente.

—Elisa, pero… ¿No nos estaban esperando tus padres? —la cara de Mario también era un poema.

—No, Mario, no saben nada, pero no importa. En unos momentos se pondrán al día.

Y vaya si se pusieron. Matilde Ruiz no salió en tres días de casa, incapaz de enfrentarse al bochorno que suponía para ella que sus

amigas le preguntasen por Elisa, el asunto del compromiso frustrado de su hija era más seguido que el folletín radiofónico, pero ahora, con lo de su boda con un profesor que no tenía donde caerse muerto, sería la comidilla durante meses.

Antonio Gil tuvo más suerte que su esposa: la pila de casos que se acumulaban en la mesa de su despacho le impidió darle más vueltas a un asunto que, al parecer, ya se les había ido de las manos. «¿Qué hago con ella, la desheredo, la repudio?» pero como no podía hacer nada de eso —no lo había hecho ni con el sinvergüenza de su hijo mayor— decidió dejar en paz el asunto y dedicarse a ganar casos, que era lo que mejor se le daba y lo que más satisfacciones le proporcionaba, ya estaba claro.

Mario y Elisa se casaron a los pocos días, sin invitados ni tarta nupcial, sin vestido blanco ni madrina con pamela. Tan solo el oficiante —el cura de su nueva parroquia— y un par de padrinos improvisados entre los amigos de él, porque Elisa descubrió, sin importarle demasiado, que de la noche a la mañana había dejado de tener amigas.

Allí estaban, enamorados, dispuestos a emprender una vida juntos, tan llenos de ilusión y tan empapados en su amor recién estrenado, que se sentían inmunes al sufrimiento. Años después, cuando volvieran la vista atrás y pensaran en aquellos comienzos con olor a rosas y sabor a miel, se verían a sí mismos saturados de ingenuidad, flotando en un mar de insensatez en el que acabarían ahogados. Porque nada hay tan peligroso como bajar la guardia ante la vida, neciamente seducidos por sus cantos de sirena.

EL VECINDARIO

El beso de Mario la despertó. Su marido olía a loción de afeitado y llevaba la cartera en la mano. «Hasta luego, cariño… Échame de menos, ¿quieres?».

Por supuesto que le echaría de menos, cada minuto. Le quería tanto…

Había dormido de un tirón, abrazada a su esposo. El frío era tan intenso que le costó quedarse dormida, aunque pusieran dos mantas más encima de la que ya tenían. «La casa estaba deshabitada, pasaremos un poco de frío hasta que la calentemos».

Elisa se levantó y se puso la bata de encaje, pero a los pocos minutos cambió de opinión: Conchita no vendría a servirle el desayuno, así que pensándolo mejor, se vestiría con unos pantalones y un grueso jersey de lana.

Entró en la pequeña cocina. Mario era bien consciente de con quien se había casado, por eso le había ahorrado a su esposa el mal rato de intentar hacer de unos trozos de periódico, cuatro astillas y una palada de carbón, la lumbre acogedora que ahora ardía con el mineral al rojo. Allí la temperatura era sumamente agradable, así que Elisa se calentó la leche y desayunó sin prisas, contemplando el pequeño huerto al que asomaban las ventanas de su casa. Las hojas secas alfombraban el suelo, y pensó que aquella vista sería muy agradable en primavera, cuando los brotes de los frutales surgiesen tras el frío y la hierba comenzase a crecer.

Después de desayunar comenzó a moverse por su nuevo hogar, el día anterior lo había visto todo, pero de pasada. A la luz neblinosa

de aquella mañana fría, la visión de aquel entorno recién sacado de un abandono de meses —quizás años— comenzó a oprimirla, hasta que la memoria de los brazos de Mario en torno a su cuerpo aflojó la presión, no importaba el lugar si estaba con él. En pocos días estaría familiarizada con aquella vivienda, y seguramente, con el paso de los años, se sorprendería a sí misma evocándola con nostalgia. Lo primero que necesitaba era una buena mano de pintura, ella misma se encargaría de hacerlo, porque comprar los muebles necesarios les había dejado sin los pocos ahorros que Mario tenía. Tuvo que hacer un esfuerzo para evitar comparaciones y contrastar su nueva vida con la abundancia en la que había vivido hasta entonces. Ahora había pasado página y estaba en otro capítulo, paradójicamente el mejor. Paradójicamente, porque las carencias materiales eran incuestionables, como el hecho de que en casa de sus padres hubiera dos cuartos de baño, un aseo para las visitas y otro aseo con lavadero en la zona de servicio, pero en aquella vivienda improvisada entre los muros de lo que debió ser en sus buenos tiempos una casa señorial, no disponían más que de un cuartito con un retrete. Ni siquiera había lavabo, de modo que tenían que lavarse en el fregadero de piedra. Por suerte en la cocina hacía calor, así impresionaba menos el agua fría, porque la instalación de fontanería se reducía a una cañería que suministraba el agua potable.

El piso se estructuraba en torno a un pasillo estrecho, al comienzo del cual estaba la puerta de la salita, a la que asomaban otras dos: la del dormitorio de matrimonio, con su ventana orientada al norte, y la de otra pequeñísima habitación contigua, cuya ventana daba, como el resto, al oeste. Al pasillo se abrían las puertas de la cocina, el retrete, la despensa y una última habitación, al fondo. Elisa entró en ella cuando ya se había paseado detenidamente por toda la casa, haciendo acopio del optimismo necesario para visualizar, entre aquellas paredes, un hogar acogedor. Aquel último cuarto tampoco era grande, pero sí un poco más que el resto. Estaba orientado también al oeste, contiguo a la cocina, por lo que pensó que quizás allí pasarían menos frío que en la habitación que habían acondicionado como dormitorio. El color azul pastel que

lucían las paredes, un color suave y tristón, le gustó tanto que decidió que la repintaría en ese mismo tono.

Ya salía de allí cuando algo llamó su atención: en el suelo detrás de la puerta, camuflada con el pavimento, vio una trampilla. Se acercó. Aún conservaba una argolla de hierro de la que tirar para poder abrirla. Acarició con los dedos el frío del metal, y los metió para engancharla. Sin demasiada convicción pegó un pequeño tirón, pero la tapa apenas cedió. Mejor así, en qué estaría pensando. Aquella trampilla escondida tras la puerta era un hallazgo siniestro, algo que hubiese preferido no encontrar. Sintió un escalofrío, y supo que no era debido al frío pertinaz que rezumaban las paredes de aquella casa. Salió de allí y cerró la puerta tras de sí. Ahora no le parecía tan buena idea trasladar el dormitorio a ese cuarto. Pensándolo mejor, decidió que esa habitación permanecería siempre cerrada. Al fin y al cabo, no la necesitaban.

Elisa miró el reloj: ahora era un ama de casa, y tenía que encargarse de los asuntos del hogar. Otra de las carencias importantes era la nevera, un lujo impensable en aquel lugar, así que tendría que salir a diario a comprar los productos perecederos. Si supiera hacerlas, hoy cocinaría unas lentejas, lentamente estofadas al calor de la placa de hierro… ¡Si supiera hacerlas! Elisa se percató de sus escasos conocimientos en lo que a cocina se refiere, y se arrepintió al instante de no haber aprendido de la mano de Francisca, la cocinera que desde que ella tenía memoria, había alimentado a la familia. Pero ya aprendería, desde luego que sí. Y lo haría por Mario.

Se puso el abrigo sobre la ropa que ya llevaba puesta, cogió el monedero y salió, dispuesta a conocer las tiendas de aquel barrio que, al menos de momento, era su barrio.

Mientras cerraba la puerta, apareció procedente de las viviendas del patio una mujer que rondaría la treintena, aunque parecía mayor. Llevaba dos niños de la mano y un carrito con un bebé de pocos meses.

—Buenos días —saludó Elisa afable, deseosa de agradar.

—Buenos días… —Elisa notó el desconcierto en la cara de la

mujer. Y es que Teresa no salía de su asombro: ¿Sería aquella joven, tan guapa que parecía una actriz americana, la nueva vecina? ¡Imposible!… Aquella chica no encajaba en la comunidad. «Y menos viviendo en ese piso que se cae a cachos…».

—Me llamo Elisa… acabamos de mudarnos —Señaló la puerta de su casa con un movimiento de cabeza— Me imagino que somos vecinas…

—Oh… Sí, sí, claro… Perdone… Yo soy Teresa…

Teresa soltó su mano tosca del agarradero del cochecito y se la tendió a su nueva vecina con gesto torpe. Su cara no ocultaba la sorpresa, y su actitud, impropiamente sumisa, enterneció a Elisa, quién le tendió a su vez la mano y la apretó con entusiasmo, transmitiendo una buena dosis de cordialidad. Automáticamente fluyó una corriente de simpatía entre las dos, preludio de la buena amistad que las uniría en poco tiempo.

—Encantada de conocerla, Teresa… ¡Qué niños más monos! ¿Son suyos?

—Sí, tres niños… Me hubiese gustado tener una hija, pero como esto no se puede elegir… ¿Usted no tiene niños?

—De momento no. Nos casamos hace poco, aunque me gustan los niños y quisiera que lleguen cuanto antes.

—No se crea usted, son los hijos de una, pero ¡dan una guerra!… Cuando sea madre ya me lo dirá…

Elisa sonrió, con una sonrisa sincera, muy abierta, que no dejaba indiferente. «Parece buena gente», pensó Teresa. «Parece honrada, una buena persona», pensó Elisa. Y aunque la acababa de conocer, se atrevió a pedirle un favor:

—Teresa, si no es mucha molestia, ¿Me podría indicar donde hay una carnicería cercana? Verá, no conozco el barrio y mi marido viene a comer a las dos, tengo que preparar algo rápido, unos filetes.

«Caray con la moza, filetes a mitad de semana».

—No es ninguna molestia, no se preocupe. Le acompaño, que yo también voy a hacer la compra. Le voy a llevar a una carnicería de toda confianza, que además es muy económica.

Y así fue como Elisa conoció las tiendas con los mejores precios

del barrio, en compañía de la entrañable Teresa, de un bebé hambriento que no paraba de llorar, y de dos criaturas que entre la carnicería y la frutería se soltaron tres veces de la mano de su desquiciada madre.

Al final de la mañana las dos mujeres ya habían cogido cierta confianza y comenzaron a tutearse, Elisa con naturalidad, Teresa con cierta reticencia, pues su recién conocida vecina no dejaba de ser una señora de los pies a la cabeza.

«Por cierto, Teresa… ¿Me enseñarías a preparar unas lentejas estofadas?».

Los siguientes días Elisa los dedicó, tal y como se propusiera, a adecentar su nueva casa hasta convertirla en lo más parecido a un hogar acogedor, dentro de las limitaciones que imponía el lugar. Compró pintura, y poco a poco fue repintando todas las habitaciones. Excepto la habitación azul del fondo del pasillo, esa habitación en cuyo suelo había una trampilla. La vida es una sucesión de fichas de dominó puestas en pie una a continuación de otra, y a tal distancia que, una vez caída la primera de ellas, se inicia la reacción en cadena, que culmina con la caída de la última, al final del recorrido. Para que esta última ficha caiga, es necesario que el resto estén dispuestas en el lugar adecuado, esperando su turno para desmoronarse, arrastrando en su caída a todas las demás. Una sola ficha fuera de lugar, y la cadena se rompe. Una sola fuera de lugar, y la última de las fichas no caerá. El principal inconveniente de este juego de la vida es que nunca sabemos cuál de los acontecimientos de nuestro discurrir diario es una ficha fundamental para completar el recorrido hacia la caída final, y sin la cual la cadena, inexorablemente, se hubiese roto. Mario y Elisa pudieron elegir cualquier otro piso; pero eligieron aquel, un pequeño y vetusto piso con una trampilla en el suelo de una de las habitaciones, un pequeño piso construido en lo que antaño fue una casona solariega, dividida ahora en pequeñas viviendas, una casona por la que se entraba a través de un enorme portalón permanentemente umbroso. La

primera ficha fue colocada en su momento, dispuesta a caer para arrastrar consigo al resto, que poco a poco comenzaban a ocupar su lugar correspondiente.

Para la salita eligió un alegre color amarillo, un verde muy suave para la habitación de matrimonio y un azul violáceo, parecido al de la habitación del fondo, para el cuartito que estaba al lado. «¿El cuarto del bebé?».

Cuando Mario regresaba, la encontraba afanada en la tarea, disfrutando como una niña con cada brochazo. «Mira cómo cambia todo con un poco de color». Y Mario asentía muy serio, y ella se reía, y a él le encantaba verla así.

Cuando las paredes estuvieron preparadas, adquirió unos cuantos cuadros en un mercadillo que instalaban los domingos a unas calles de la suya. Allí compró también un par de lámparas para las mesillas de noche —aunque la casa tenía un equipamiento tan básico que carecía de enchufes suficientes— un retal de tela de flores con el que Teresa le ayudó confeccionar una falda para la mesa camilla, y otro con el que hicieron los visillos. Poco a poco, las pequeñas estancias iban adquiriendo cierta calidez de hogar. «Hasta que nos vayamos a nuestro piso, que será nuevo y muy soleado, con dos cuartos de baño y al menos cuatro dormitorios, porque vamos a ser familia numerosa».

Tras unos meses en su nuevo vecindario, Elisa había congeniado a la perfección con su vecina. A simple vista eran dos personas tan diferentes, que resultaba extraño verlas reírse a carcajadas, lo cual sucedía casi siempre que estaban juntas. Elisa era esbelta y de facciones delicadas, y su aspecto físico contrastaba con la rudeza del de Teresa, de cuerpo tosco y rasgos muy marcados, a los que acompañaba una forma de expresarse peculiar, pues utilizaba con demasiada frecuencia modismos en desuso, vocablos arcaicos y localismos cuyo significado solo ella conocía, ignorando sin ninguna consideración la *d* de los participios. Por el contrario, Elisa era de modales elegantes, hablaba con mucha propiedad y era tremendamente expresiva. Aun así, a pesar de las diferencias aparentes que las separaban, eran dos almas gemelas: ambas eran apasionadas, intensas y comprometidas, cada una a su estilo. Teresa estaba encantada de tener una amiga de «categoría», como a ella le gustaba decir. Además, su nueva vecina —y ahora también amiga— estaba casada con un profesor, «Y de la universidad», le contó a su marido con los ojos muy abiertos. Porque a Teresa le hubiese gustado tanto estudiar, que admiraba profundamente a quienes lo habían logrado. Cuando tuvo suficiente confianza con Elisa, le preguntó en un par de ocasiones por qué ella no lo había hecho, a pesar de tenerlo todo a su favor, a lo que su amiga se encogía de hombros, y le explicaba que, en el mundo en el que había vivido hasta que se casó, la mayoría de las chicas como ella ni siquiera se lo planteaban, por una cuestión tan simple como lo es la practicidad: su lugar en la sociedad era ser la esposa perfecta de una marido que les resolvía la vida. Sencillamente, se preparaban para este papel. «Es una cuestión de prioridades, Teresa». Aunque desde que conoció a

Mario, se había replanteado tantos aspectos, que ni ella misma creía ya lo que decía.

A Elisa su nueva amiga le sirvió de apoyo. Todo era nuevo, desde su matrimonio, hasta aquel barrio y sus gentes. Además, Mario debía continuar con su tesis, y pasaba demasiadas horas en la facultad, por lo que gracias a Teresa, Elisa no se encontraba tan sola.

Porque aparte de Mario y su reciente amistad con Teresa, estaba tremendamente sola. Desde que se casó no había vuelto por su casa. Antonio había anotado deprisa y corriendo su nueva dirección, quizás la había perdido porque Elisa aún no le había visto por allí, y Matilde, espantada, manifestó explícitamente su repulsa a pasearse por semejante barrio, «A no ser que no me quede otro remedio. No sé cómo te adaptarás, hija, pero yo tengo serias dudas de que seas capaz de hacerlo. Ya sabes dónde está tu casa…».

Por dignidad, Elisa tenía muy claro dónde estaba ahora su casa: al lado de Mario, en aquella edificación de pequeñas viviendas improvisadas, con tabiques levantados como dios le dio a entender a quien decidió que, antes de dejar caer un legado imposible de mantener, lo alquilaría a trozos. Sus padres renegaban de su matrimonio, pero si así lo habían decidido, ella de momento no podía hacer nada por cambiar las cosas, tan solo luchar por su relación con Mario y salir adelante. Solo de esta forma valdría la pena haber dejado atrás toda una vida.

En el edificio estaban ocupadas, además del piso donde vivía Teresa con su familia, otras dos viviendas. Una de ellas, situada en la segunda planta, bajo el tejado, era el humilde hogar de la anciana señora Francisca, quien apenas salía de allí por las dificultades que entrañaba para ella subir y bajar las escaleras. La otra, debajo de la anterior, estaba ocupada por una madre y su hija soltera. Elisa se topó un día con ellas y el encuentro fue muy especial, porque nada más verlas, creyó conocerlas. Los ojos de Dolores —así se llamaba la más joven— eran tan peculiares, que Elisa estaba segura de haberlos visto en otro lugar, hacía tiempo…

«Sé poca cosa de ellas —le comentó Teresa cuando Elisa le preguntó— solo sé que Juliana es viuda, y que Dolores es su única

hija, está soltera y ya vivían aquí cuando yo vine. Tienen pinta de no haber roto un plato en su vida, la madre va a diario a misa, pero la chica casi nunca le acompaña, solo los días de guardar… Creo que se ganan la vida cosiendo, pero es Juliana la que lo mueve, su hija está casi siempre en casa. Parecen muy buenas personas, yo nunca he tenido ni un problema con ellas, al contrario, Juliana es buena vecina, siempre dispuesta a echar una mano en lo que pueda. La chica me da un poco de pena, Elisa, creo que le falta un chaparrón, siempre refugiada bajo las faldas de su madre…».

A pesar de la escasa información que Teresa pudo darle, Elisa estaba convencida de que esos ojos ya los había visto antes.

Primavera de 1965

LA BUENA NUEVA

«Teresa, creo que voy a tener un niño».

Teresa se llevó las manos a las mejillas y sonrió, candorosa, sinceramente feliz.

—¿Lo ves, ves como eres tan capaz de ser madre como cualquiera?

Porque a Elisa, de una forma tan irracional como repentina, desde hacía unos meses se le había metido en la cabeza una supuesta imposibilidad de engendrar. Aunque había oído en multitud de ocasiones que, aún sin haber problemas de fertilidad, a veces los embarazos tardan un tiempo en producirse, ella se había obsesionado, reaccionando en exceso ante algo por lo que, en principio, no tendría que preocuparse. Mario intentaba consolarla, dándole ánimos, poniéndole ejemplos de casos que él conocía, «Mira el catedrático de Historia del Arte, cinco años pasaron hasta que tuvieron el primero… Y ahora son familia numerosa». Pero Elisa no entraba en razón «Que esto no es normal, Mario, creo que tengo un problema», incluso se diría que ni siquiera lo escuchaba, y Mario se disgustaba ante esta actitud negativa, terca y derrotista de su esposa, convencido de que si Elisa se sugestionaba demasiado, el embarazo no se produciría, la mente tiene un poder increíble sobre el cuerpo.

Lejos estaba de imaginar que esta reacción exagerada era la forma en que el inconsciente de su mujer canalizaba el estrés provocado por tantos acontecimientos, tan determinantes en su vida, acaecidos en tan poco tiempo: la ruptura del compromiso con un

hombre irascible y rencoroso como Ricardo, el deterioro de la relación paterna a consecuencia de su relación y posterior boda con Mario, la pérdida de todo cuanto tenía y conocía, el desarraigo y la adaptación a un entorno nuevo, radicalmente diferente, donde su vida era regida por costumbres muy distintas, el ninguneo por parte de su entorno más próximo, incluidas las supuestas amigas que en realidad nunca tuvo… Todo ello le pasaba ahora factura en forma de una necesidad irracional de ser feliz a toda costa, para demostrarse a sí misma y al resto del mundo que no se había equivocado al apostar por su amor con Mario. Y tener un hijo era la manera de sublimar una feliz relación y sellarla definitivamente, encarnándola en un ser amado por cuyas venas corriese la sangre de ambos.

Por eso, cuando Elisa intuyó que por fin el hijo tan deseado estaba dentro de ella, se sintió liberada de una enorme frustración. Y antes que con Mario, compartió su felicidad con Teresa, su buena amiga y vecina, porque nadie mejor que una mujer que ya era madre para comprender lo que su embarazo significaba.

Por supuesto que estaba deseando decírselo a Mario, pero él, tras los primeros minutos de entusiasmo, se encerraría de nuevo en su mundo, estaba siempre tan ocupado… «Elisa, cariño, tengo que ser doctor para optar a profesor agregado. Aún no ha sido publicado en el boletín, pero ya se está reorganizando todo para crear los Departamentos y la figura de agregado. No ganaré tanto como un catedrático, pero casi, y si lo logro, es el paso previo a la cátedra». Porque todos los esfuerzos de Mario iban en una única dirección: obtener la cátedra de Historia Medieval. Su motivación no era solo su pasión por la historia, sino que, curiosamente, se movía por los mismos mecanismos conscientes que guiaban a su esposa inconscientemente: necesitaba demostrarle que no estaba equivocada cuando tomó la decisión de apostar por él. Ser catedrático conllevaba un reconocimiento, una estabilidad laboral y un sueldo con el que podría darle a Elisa la holgura económica que le aseguraría una vida cómoda, nunca igual a la que ella había dejado atrás para casarse con él, pero con la que podría permitirse ciertos lujos. Porque Elisa nunca se lo había reprochado directamente, pero

cuando se quejaba de las humedades de aquella casa, o comentaba con nostalgia lo agradable que sería darse un baño caliente, o se desesperaba cuando la cocina se apagaba y la comida quedaba sin hacer, Mario sufría. ¿Y si Elisa despertaba cualquier día del sueño y no le gustaba la realidad que era ahora su día a día? Sabía que su esposa le amaba, lo había demostrado con creces, pero la suya no sería ni la única ni la última historia de amor que naufragara ante menudencias como la convivencia diaria y sus dificultades, que lo de «contigo pan y cebolla» poco a poco pierde fuerza, y comienza a imponerse eso de que a nadie le amarga un dulce. Y la vida de Elisa había sido dulce como el sirope.

Por eso la noticia supuso un alivio para Mario, un hijo significaba para su matrimonio el punto de no retorno, la razón por la que dejar atrás definitivamente el pasado y caminar juntos mirando hacia el futuro.

«Mario, vas a ser papá…» fueron sus palabras. Elisa le dio la noticia solo cuando estuvo totalmente segura. Y ya no había lugar a dudas, pues aunque ningún médico lo hubiese confirmado, todo apuntaba a que su embarazo era tan real como la emoción que sentía al pensar en su hijo creciendo dentro de ella.

Mario se le acercó y la abrazó con fuerza.

—¿Lo ves? ¿Ves como estabas exagerando?

—¿Y eso es todo? ¡Pensé que la noticia te emocionaría un poco más…!

—¿Un poco más? —Los ojos de Mario brillaban de entusiasmo — ¡No sabes lo que esto significa para mí! Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo… ¡Te quiero tanto, y ahora también a nuestro hijo! Pero voy a ser padre, y eso es una gran responsabilidad, porque quiero lo mejor para vosotros, y no pienso parar hasta conseguirlo.

Elisa le miró con los ojos muy abiertos:

—¿Quieres decir que ahora vas a trabajar todavía más?

—Por supuesto. Cuando mi hijo nazca, su padre será el nuevo profesor agregado a la cátedra de Historia medieval. Además, ahora más que nunca, debemos centrarnos en la compra del piso. ¿O crees

que este es un buen lugar para criarlo?

Elisa sonrió espontáneamente, le alegraba mucho oír a Mario hablando de la posibilidad real de salir de aquella casa en la que habían comenzado su vida juntos, pero que era indudablemente incómoda e insalubre, más aún para un bebé. ¿Sería posible? ¿Un hogar nuevo, soleado y con baño? «¡Qué felicidad!».

—¡Bueno, bueno, no corras tanto, que me parece que va a ser más rápido el niño que tú… la oposición depende de factores que no puedes controlar.

—Lo sé, pero creo que tengo mucho a mi favor. Pedralbes me presentará ante la Junta de Facultad, y estoy seguro de que ponderará mis méritos y mi labor docente. Sé que lo voy a conseguir.

—Vale, profesor, pero ¿Qué te parece si esta tarde me acompañas al médico?

A la salida de la consulta, Mario y Elisa supieron que serían padres en noviembre. Cuando oyeron el latido del corazón de su hijo, Mario lloró como un niño, no lo pudo evitar.

Para celebrarlo, compraron una docena de pasteles en una de las reposterías más afamadas de la ciudad, y al llegar a casa los compartieron, cómo no, con Teresa y esos niños suyos tan movidos. «¡Roberto!… ¡Cómo sigas comiendo te doy un cachete!». «No te preocupes, Teresa, si los he comprado para eso». «Ya, pero es que estos tienen un saque… ¡*Pa* lo que les gusta, claro! Ya verás, ya… ¡La que te espera como te salga la criatura como estos!».

Pero hoy a Elisa no le hacían mella las advertencias de Teresa acerca de los sinsabores de la maternidad. Porque hoy Elisa era la mujer más feliz del mundo.

A los pocos días de saber con absoluta certeza que iban a ser padres, Elisa y Mario se cruzaron con Dolores y Juliana en el portal. Era domingo, y a juzgar por el velo que cubría sus cabezas y el misal que llevaban en la mano, iban a la iglesia.

—Buenos días —saludó Mario.

—Buenos días, señores —Juliana respondió bajando ligeramente la cabeza, en un gesto un tanto servil que Elisa consideró improcedente— ¿Qué tal, están ustedes a gusto en el vecindario?

«Vaya, qué amable».

—Sí, muchas gracias. Ya han transcurrido unos meses y, la verdad, nos hemos adaptado muy bien.

—¡Me alegro tanto por ustedes…!

Elisa comenzaba a ponerse nerviosa. Dolores clavaba sus ojos extraños sobre su vientre con una intensidad tal, que casi podía sentir como la mirada le penetraba. Comenzó a tirar discretamente del brazo de Mario, con la intención de despedirse de las vecinas, cuando se produjo un hecho tan inexplicable que la dejó perpleja: Dolores, sin inmutar esa sonrisa ausente que parecía esculpida en su rostro, reveló su oráculo: «La niña me sonríe dentro de ti. Es ella, lo sé, puedo verla».

Elisa se quedó de piedra. ¿Cómo sabía Dolores lo de su embarazo, si no lo había comentado más que con Teresa?

Juliana, incómoda quizás por lo que pudiera pensar la joven pareja acerca de la estabilidad mental de su hija ante tan disparatada afirmación, la agarró del brazo y con evidente nerviosismo se dispuso a dar por concluido el encuentro vecinal, justo antes de que Mario neutralizase el comentario con un sencillo «Aún desconocemos si será niño o niña».

—Encantadas de saludarles, pero debemos irnos ya o no llegaremos a misa.

—Sí, sí, vayan ustedes… Que pasen un buen día.

Elisa se había quedado sin habla, y así permaneció durante un rato. Cuando por fin reaccionó, las palabras de Dolores, tan presentes aún en su cabeza, habían volado del pensamiento de Mario, desestimadas como una simple anécdota sin importancia.

—¿Cómo lo ha sabido?

—¿El qué?

—Lo de mi embarazo…

—Pues no lo sé, Elisa… Te habrá oído hablar con Teresa.

—Pues quizás… Pero juraría que ni ella ni su madre han tenido posibilidad de oírlo. Ya hace bastante tiempo que no las veía… ¿Y eso que ha dicho? ¡Me ha dejado de piedra!

—¿Por qué?

—No sé, Mario, pero creo que a esa pobre mujer le falta un veranillo.

Mario cada vez conocía mejor a su mujer, y uno de los defectos de ella —un defecto llevadero, pero que en ocasiones le agobiaba un poco— era su manía de interpretar la realidad desde una perspectiva mucho más complicada de lo que en verdad era. El comentario de Dolores no tenía mayor importancia, unas palabras enigmáticas procedentes de una mujer que quizás no estaba del todo en sus cabales, nada más. Era absurdo buscarle tres pies al gato. Contradecir a Elisa probablemente les llevase a una discusión absurda, y como Mario la quería demasiado, se mordió la lengua y le dio la razón:

—Un poco extraño sí ha sido, desde luego, pero tú lo has dicho, a la pobre mujer le falta un veranillo.

No debió hacerlo, porque Elisa interpretó sus palabras al pie de la letra, y no paró de hablar de Dolores, de su mirada perdida, de la impresión que tenía —cada vez más fuerte— de haberla visto antes…

—No sé, Mario, me dan un poco de repelús esos ojos casi trasparentes, hay algo en ellos que me producen cierto rechazo.

Pero Mario ya no pudo contenerse, su mujer podía ponerse realmente pesada cuando necesitaba que él le prestase toda la atención:

—Elisa, cariño, no pretendo disgustarte, pero ¿No crees que ya te estás pasando un poco? ¡Déjalo ya, no tiene importancia!

VISITA INESPERADA

Aquella mañana Elisa se contemplaba en el espejo, mientras sonaba *SleepWalk*, la canción que Mario pusiera en el tocadiscos la tarde en la que subió con él, por primera vez, a su habitación. Desde entonces esos acordes relajados, que siempre recordaría meciéndose entre los brazos de Mario, eran su particular himno al amor. Ahora, envuelta en la calidez de la música, el reflejo de esa silueta que se iba redondeando según crecía el hijo de ambos en su interior, desbordó sus emociones. Tras recomponerse, decidió que saldría a comprar ropa nueva —ropa premamá— porque ya apenas podía abrocharse muchas de sus faldas.

Ya estaba preparada y a punto de coger las llaves, cuando el timbre de la puerta sonó. «El cartero, seguramente». Elisa abrió la puerta confiada, y cuando contempló el rostro que, sonriente, la miraba desde el otro lado del umbral, las manos comenzaron a temblarle.

—¿No me vas a dejar pasar? ¡Con lo que hemos sido!

Y Ricardo, sin darle tiempo a reaccionar, se coló sin ser invitado en el hogar en el que, la que estaba destinada a ser su esposa, compartía cama con otro hombre.

Elisa estaba más sorprendida que atemorizada. ¿Cómo había dado con ella? Allí no tenía nada que temer, pues si Ricardo se ponía violento, Teresa oiría sus gritos de auxilio. De momento, decidió ser amable y manejar la situación con la mayor naturalidad posible. Que él no oliese su miedo.

—Ricardo… que sorpresa… Pasa.

Pero el recién llegado ya había comenzado a adentrarse antes de ser invitado. Con total desparpajo, se aposentó en uno de los sillones de eskay rojo, sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la americana y encendió un cigarrillo, contemplando con los ojos entrecerrados la columna de humo que ascendía y se dispersaba como niebla entre su cabello engominado.

—¿Quieres tomar algo, un café? —la turbación de Elisa comenzaba a ser evidente, el aplomo de los minutos precedentes se había disuelto como el aroma a tabaco rubio por la habitación.

Él rio a carcajadas, como si ella hubiese dicho algo tremendamente gracioso, pero repentinamente serio le aceptó un güisqui.

—Lo siento, no tengo, Mario no lo bebe, y yo …

Elisa calló, pero ya era demasiado tarde.

—Ya veo, ahora debes cuidarte, dicen que el alcohol no es bueno para la criatura… La verdad, te sienta bien el embarazo, Elisa, estás más guapa que nunca. ¿Y un coñac?

Elisa estuvo a punto de responder que tampoco podía ofrecérselo —otro de los problemas de Ricardo era que la bebida precipitaba su ya de por sí irascible carácter— pero él ya se dirigía hacia la vitrina que custodiaba la botella, y como si estuviese en su propia casa, se sirvió una copa y se acomodó de nuevo en el sillón.

—Si me disculpas un momento, voy a por un vaso de agua.

Y tras el sarcástico asentimiento del indeseable invitado, Elisa fue a la cocina, y mientras el agua del grifo corría, ella sacó una navajita de pelar patatas del cajón de la mesa, y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta, «Por si Teresa no me oye», asombrada ante su propia reacción, conocedora de que era incapaz de hundir el brillante filo en la carne, ni aun sabiéndose en peligro, ni aun tratándose de un individuo deshumanizado como ese ex novio acosador que le esperaba en la salita.

Cuando regresó, Ricardo apuraba ya el contenido de la copa. Elisa comenzó a temer que si había sido capaz de localizarla, seguramente tuviese mucha más información, y sabría, por ejemplo, que Mario no regresaría hasta las dos y pico de la tarde, en el mejor

de los casos. Se sentó al borde del sillón más alejado, intentando disimular el temblor de sus manos, mientras se colocaba recatadamente la falda hasta tapar por completo sus rodillas.

—¿No quieres saber cómo te he localizado?

—Te habrá dado la dirección mi padre… —contestó ella, intentando en vano aparentar una tranquilidad que no sentía. Las carcajadas de Ricardo irrumpieron de nuevo, más sarcásticas, más duras que momentos antes.

—No, querida, no… No he vuelto a aparecer por tu casa, mi dignidad me lo impide, no podría soportar la cara de cachondeo del portero ese, mirándome con la desfachatez con la que uno mira a los cornudos reconocidos —Elisa comprendió que aquella visita le traería más complicaciones de las que había supuesto— Conchita me dio la dirección, la buscó entre los papeles de tu padre, esa criada vuestra, por una buena propina, hace lo que sea. Y gratis también. —Elisa tomó nota mental, debía advertir a su padre que tomase precauciones con la criada.

Otro cigarrillo, y otra visita a la botella de coñac. Elisa estaba ya tan nerviosa, que contempló la posibilidad de salir corriendo y refugiarse en casa de Teresa. Pero las dudas le asaltaron. ¿Y si se golpeaba en la huida, si tropezaba y caía, si él la agarraba antes de que tuviese tiempo de escapar? Ricardo comprendió. Vio en los ojos de la mujer el abatimiento, la desesperación, el temor que asomaba a sus pupilas ahora dilatadas, y se apoltronó satisfecho en ese sillón que Mario y ella habían elegido aquella tarde lluviosa de otoño en unos grandes almacenes, mientras hacían cuentas mentales del dinero que les quedaría tras comprarlo, visualizando días felices acurrucados entre la caricia plástica del eskay.

Elisa carraspeó. No le quedaba más remedio que armarse de valor y tomar la iniciativa, así al menos desenmascararía las intenciones de su ex novio:

—Ricardo, no quiero ser descortés, pero cuando has llegado me disponía a salir, tengo cosas que hacer.

—¿No me digas que le vas a negar a un viejo amigo un rato de agradable charla? O de lo que tú quieras, yo no le hago ascos a nada,

eso ya lo sabes…

Ricardo apuraba la segunda copa, seguramente antes de aparecer por allí ya hubiese bebido, y los efectos del alcohol comenzaban a hacerse visibles, esa sonrisa sarcástica y envalentonada, esa falsa sensación de impunidad… Elisa se sintió acorralada. Recordó la navajita que llevaba escondida en el bolsillo, y pensó de nuevo en la inutilidad del arma, dudaba de su capacidad para utilizarla en caso necesario.

—Estás más guapa que nunca, en serio… Ya veo que no has perdido el tiempo —y Ricardo centró su mirada, consciente de lo que pretendía, en el vientre ya indudablemente grávido de la mujer. Elisa se ruborizó sin poder evitarlo, se sintió asqueada ante el comentario.

—Ricardo, por favor, tengo que salir…

—¿Pero qué prisa tienes, Lisi? —así era como solía llamarla cuando buscaba el contacto físico con ella, y un escalofrío recorrió el cuerpo de Elisa. Él se levantó, y muy despacio, con la copa en la mano, se fue acercando al sillón en el que ella, más que sentarse, se apoyaba en el borde, buscando la postura que propiciase una huida rápida, la cual se le antojaba imposible.

Ricardo, apostado delante de ella, apuró la copa ya vacía y aplastó el cigarrillo contra el suelo, esparciendo ralladura de tabaco sin quemar con la puntera de sus zapatos siempre impecables. Estaba disfrutando, mucho, muchísimo. Tanto que no recordaba ningún momento con ella tan excitante como el que estaba viviendo.

—Pongámonos cómodos, querida, hace tiempo que tú y yo no charlamos de nuestras cosas.

Se disponía el intruso a desprenderse de la americana, cuando un timbrazo rompió la tensión casi palpable que llenaba la pequeña estancia. El inesperado sonido distrajo la atención de Ricardo, momento en el que Elisa, cuyo reflejo de huía estaba activado al máximo, aprovechó para salir disparada hacia la puerta, esquivando sin saber cómo el obstáculo que suponía el hombre frente a ella.

—¡Teresa, buenos días! —Elisa salió al portal, temerosa de que Ricardo la enganchase por la ropa y la introdujese de nuevo en la

casa.

—Venía a pedirte un poco de azúcar, voy a hacer unas rosquillas, pero el pequeño está dormido y…

Elisa no le dejó terminar la frase.

—Ahora no, Teresa, ahora no puedo entrar en casa.

En ese momento Ricardo salió también. Olía a alcohol. Miró con desprecio a Teresa, con ese gesto asqueado que Elisa conocía tan bien. La vecina, a su vez, no pudo esconder la sorpresa que le produjo la repentina aparición de aquel hombre que salía de casa del matrimonio. Por un momento pensó en un vendedor a domicilio, pero algo le hizo comprender que aquel tipo no vendía enciclopedias.

—Ya nos veremos, guapa. Ten por seguro que nos veremos, tengo mis dudas acerca de la paternidad de esa criatura, y puede que tenga que tenga que tomar medidas al respecto.

Y tras dirigirle una nueva mirada —esta vez de odio— a Teresa, le plantó un inesperado beso a Elisa en los labios, y salió por el portón mientras ambas mujeres —Teresa perpleja a más no poder, Elisa temblando— lo contemplaban a contraluz.

—Teresa, por Dios, menos mal que has llamado. —Y Elisa comenzó a llorar, ahora sí, ahora podía desahogar los nervios que llevaba media hora intentando contener.

—¿Quién era?

Pero antes de que su vecina respondiese, Teresa ya sabía la respuesta. Aquel individuo debía ser el ex novio de Elisa, del que ella en ocasiones le había hablado, siempre desde el alivio que le suponía haber tomado la decisión de romper con él. Pero sus palabras… ¿Qué había querido decir con aquello? ¿Acaso Elisa no le había contado todo? ¿Era esa la confianza que, en definitiva, tenía con ella? Y como si le hubiese leído el pensamiento, su vecina y amiga respondió:

—No es cierto, Teresa, no le creas, él nunca hubiese podido ser el padre de mi hijo, porque no le había vuelto a ver, te lo juro… Además… además… —Elisa agachó la mirada— nunca he tenido con él esa intimidad… ya me entiendes…

Teresa sonrió con dulzura. ¿Cómo había podido dudar, ni por un segundo, de Elisa?

—Lo sé. No hace falta que te disculpes, ya lo sé.

Y entonces Elisa comenzó a contarle el acoso al que Ricardo la sometiera tras la ruptura, el miedo que sintió los primeros días de casada, esperando que él apareciera de un momento a otro, y la inquietud enorme que se había apoderado ella tras la indeseable visita, porque ahora sí, ya estaba totalmente segura, él la tenía localizada.

«Teresa, por dios, ni una palabra de esto a Mario».

Teresa no diría nada. No entendía la razón por la cual Elisa no le contaba todo a su marido, él sabría cómo manejar la situación. Pero Elisa confiaba en ella, y tendría sus motivos para hacer lo que hacía. Desde luego, si ella tuviese un Mario en su vida, no dudaría en compartir con él semejante problema, porque estaba claro que el tal Ricardo no iba a dejar las cosas así. ¿Y lo de la criatura? ¿Qué pretendía con el comentario, humillar a Elisa? ¿Quizás era una amenaza velada? Fuese lo que fuese, ahora Teresa sabía que tendría que andarse con mil ojos para proteger a su amiga.

EL PISO NUEVO Y SOLEADO

«¡Elisa!».

Mario entró en la salita, dejó las llaves sobre el aparador y se dirigió al sofá. Ella notó enseguida que venía cargado de entusiasmo, por la forma de acercarse, por el ímpetu con el que le dio un beso en la mejilla y la forma casi infantil de dejarse caer en el sillón.

—Esta tarde no hagas planes… ¡Nos vamos a ver nuestra nueva casa!

Elisa se lleva las manos a la cara, sonríe emocionada. «¡Por fin, dios mío, por fin!».

Ante la mirada expectante de ella, Mario entra en pormenores:

—Esta mañana he coincidido en la cafetería con Esteban, un amigo mío, profesor de derecho. Hacía bastante que no nos veíamos, así que comenzamos a ponernos al día… Y así salió el tema de los pisos… Me ha dicho que él se ha comprado uno en construcción, en un barrio nuevo que seguramente se ponga de moda, porque están construyendo muchísimo por allí. El piso está muy bien de precio, y le he dicho que me gustaría verlo. Así que he quedado esta tarde con él para que nos acompañe hasta las oficinas de la empresa constructora, a ver qué nos dicen.

—¡Qué bien! —Elisa daba saltitos de alegría— ¿Y para cuando los terminan?

—Ya han concluido una fase en la que están todos vendidos, y han empezado con otro bloque, que es en el que Esteban lo ha comprado, y dice que para finales de este año o principios del que

viene entregan las llaves.

—¡Ay qué alegría, cariño! ¡Se me ha quitado hasta el apetito, de la emoción!

—Pues ya sabes que ahora tienes que alimentar también a nuestro hijo… ¡Así que a comer rápido y nos vamos!

El barrio no estaba demasiado alejado del centro, ubicado en una zona agradable y cercana al río y a una amplia zona verde. Era cierto que estaban construyendo mucho por allí, y Elisa imaginó que la mayoría de los compradores serían familias jóvenes con niños. Como ellos.

Enseguida vieron a Esteban, quien después de las oportunas presentaciones, se ofreció a acompañarles hasta el bloque en el que estaban las oficinas del constructor, tras mostrarles un edificio en obras, en cuya segunda planta podían verse algunos de los tabiques que dividirían su futuro piso.

Al entrar en la constructora, una mujer muy sonriente les tendió la mano.

—Buenas tardes. Encantada de conocerles, señores…

—Mario Carriedo, y ella es mi esposa, Elisa.

Enseguida les animó a tomar asiento frente a su mesa, y Esteban dio por concluida su estancia allí. «A ver si tenéis suerte y os gusta alguno».

Tras casi una hora viendo planos, comenzaron a hacer números. Con el actual sueldo de Mario podrían afrontar el pago de las letras, pero tendrían que resignarse a amueblarlo más adelante. «Cuando sea agregado». Y tras un buen rato dedicado a sopesar todas las posibilidades, tomaron una de las decisiones más importantes de su vida en común:

«Si mi mujer no tiene objeciones, nos lo quedamos…».

Y qué pegas iba a ponerle Elisa a un piso nuevo, donde tres de los cuatro dormitorios eran exteriores y el cuarto daba a un patio interior pero «muy luminoso porque es muy grande, y al ser un piso alto…», con dos cuartos de baño completos y una cocina moderna

llena de armarios y un hueco para cocina de gas, nada de carbón. Y calefacción central, suelos de parqué, y una sala muy amplia donde hacer la vida. ¿Qué pegas iba a ponerle Elisa, si comparado con su actual hogar, aquello era un palacio?

El único inconveniente era el plazo de entrega. Ella manifestó su contrariedad ante la imposibilidad de mudarse en noviembre, que era cuando nacería su hija. Porque Elisa, en un curioso mecanismo inconsciente, siempre se refería a su bebé en femenino.

El piso —un sexto con ascensor— quedó reservado. Al día siguiente Mario volvería y resolverían el tema financiero, para dar la entrada y comenzar a pagar letras.

«Soy tan feliz, Mario… Lástima que no esté terminado antes de que nazca la niña».

Lástima, Elisa. En verdad, una lástima.

RECONCILIACIÓN

El bebé ya se movía en el vientre de Elisa. Era la forma en que esa vida que se unía a la suya a través de un fino cordón, reclamaba su atención, pataleando feliz en el acogedor líquido en el que flotaba, recordándole cada poco que estaba allí, que ya era una realidad. Al tiempo que el instinto maternal crecía en ella conforme lo hacía también su útero, comenzó a sentir de esa forma diferente y única en la que sienten las madres, posibilitando así el surgimiento de una empatía nueva con la suya: los esquemas que Matilde utilizaba para entender el mundo se oponían radicalmente a los de Elisa, pero independientemente de estos desacuerdos, el sentimiento visceral de unión con quien le diera la vida le hizo reconsiderar su posición. Había llegado la hora de reconciliarse, por eso decidió acudir a casa de sus padres y restablecer la relación, sin rencores, sin reproches. Porque antes de ser madre, había sido hija, y debía seguir siéndolo, para que la familia evolucionase con normalidad hacia la integración del nuevo miembro.

«¿Puedo ser una buena madre, si no me comporto adecuadamente como hija?». Debía verlos, lo antes posible. Solo así resolvería una angustia que se había intensificado desde que comprendió que, de seguir así, estaría privando a sus padres de la dicha de sentirse abuelos, y a su hijo del cariño incondicional de los únicos que tendría.

—Mario, he pensado mucho acerca del tema, y ya estoy decidida: esta tarde voy a ver a mis padres.

Aunque conociendo a su esposo era bastante improbable que le

desaconsejase la reconciliación, Elisa tenía cierto temor a que él lo interpretase como un intento de ella por regresar al lugar del que nunca debió salir. Reconciliarse significaba agachar la cabeza y perdonarlo todo, incluso el rechazo que sus padres manifestaron hacia su esposo. Y él podría sentirse aún demasiado ofendido.

Mario levantó la vista del montón de papelotes en los que estaba sumergido, se quitó las gafas y frotó sus ojos cansados.

—Por supuesto.

Pasaron unos segundos antes de que Elisa, perpleja ante la sobriedad de la respuesta de su marido, le preguntase:

—¿Y eso es todo?

Él había vuelto a sus libros, pero emergió de nuevo desde las profundidades de la Baja Edad Media hasta la realidad de la salita de su casa:

—Es algo inexcusable, cariño. Tus padres no saben aún que van a ser abuelos, y eso no tiene justificación. No he querido presionarte, porque sabía que si te daba tiempo, la iniciativa saldría de ti, como así ha sido Por supuesto que debes ir. Y si quieres te acompaño.

Era precisamente en momentos como aquel cuando Elisa tomaba plena consciencia de por qué quería a Mario. «Siempre sabes cómo hacer las cosas, qué sería de mí sin ti».

Decidió ir sola, aquel primer encuentro tras esos meses de separación requería una intimidad de la que sus padres se verían privados en presencia de Mario. Como era de esperar, él estuvo totalmente de acuerdo.

Hacía ya tantos meses que no paseaba por aquella calle… Qué edificios tan bonitos, y pensar que nunca se había percatado del lujo que la rodeaba.

El portero puso cara de sorpresa, pero como era muy profesional, se repuso en milésimas de segundo. «Buenas tardes señorita Elisa», nada de «Cómo usted por aquí» ni «Cuánto tiempo sin verla el pelo». Igual que si la hubiese visto aquella misma mañana. Mariano era muy profesional.

Se percató de que la mano le temblaba cuando pulsó el timbre. Enseguida abrió la puerta Conchita, que como carecía de las tablas y la sutileza del portero, expresó tanta sorpresa que Elisa se sintió incómoda.

«Es la señorita».

Matilde saludó a su hija con la misma aparente indiferencia con la que lo hiciera el conserje, pero estampando dos besos que no llegaron a rozar sus mejillas mientras pensaba, contrariada, en el aspecto descuidado de su hija, que hasta había ganado peso, quizás mimetizándose ya con las toscas vecinas que sin duda tendría en aquel barrio.

La criada cerró la puerta —presta a pegar la oreja, por supuesto — y la señora Ruiz, como si de una visita se tratase, ofreció el sofá a Elisa. «¿Quieres un té, un café…?». Era de modales impecables, Matilde Ruiz.

—Mamá, por favor, te ruego que no hagas como si no hubiera pasado nada.

—¿Y qué quieres que haga entonces? ¿Qué me ponga a recriminarte, como una verdulera, y seamos de nuevo la comidilla del barrio?

«Es imposible, con ella es imposible. No quiero ser una madre como la mía».

—¿Está papá? Tengo algo importante que deciros…

Y así fue como Antonio Gil y Matilde Ruiz supieron que iban a ser abuelos. Antonio, emocionado. «Espero que sea otra princesita». Matilde, callada. Por lo menos ahora sabía a qué se debía el cambio de imagen de su hija, y tras pasados unos meses, ella volvería a ser la que era. Nadie advirtió el brillo húmedo en sus ojos llorosos, porque le hubiese gustado que su hija hubiese hecho las cosas de otra manera, pero lo hecho, hecho estaba, y a pesar de cuanto le había contrariado el matrimonio de su hija, ahora sentía cierta involuntaria emoción ante el hecho de ser abuela.

A los dos días del reencuentro, un par de empleados de la mejor tienda de artículos infantiles de la ciudad aparcaron el furgón ante el portalón de la vieja casa.

«¿Doña Elisa Gil vive aquí?».

Descargaron un precioso cochecito de bebé en color granate, con una gran capota, laterales en charol crema y ruedas con el guardabarros niquelado. Aún no había terminado Elisa de inspeccionarlo, cuando entraron con la cuna. Antes de irse, le entregaron un gran paquete, en cuyo interior descubriría al abrirlo todo lo necesario para vestir ambos, el carrito y la cuna, a la que no le faltaba el dosel. «Espero que sea otra princesita…».

Cuando firmó el albarán y los empleados salieron de allí con cara de entusiasmo, tras recibir una propina de seis duros —no se lo esperaban en un hogar tan humilde— dentro del paquete encontró una tarjeta:

«Querida Elisa, tu madre y yo esperamos que te guste el regalo, todo lo hemos elegido personalmente, pensando con ilusión en nuestro ya querido nieto.

Recibe un abrazo muy fuerte de tus padres. Esperamos verte de nuevo muy pronto.

P. d: Estoy muy ilusionado, ojalá sea otra princesita».

Elisa palpa con suavidad esa tripa que ya, a los ojos del mundo, cobija el cuerpecillo enroscado de un bebé, y sonríe.

«Es tan fácil querer a los tuyos, y tan complicado no hacerlo…».

OSCURIDAD

Teresa se esforzó tanto por ayudar a Elisa durante su embarazo, que se convirtió en una parte importante de su vida. «No sé cómo te voy a agradecer tanto cariño, Teresa».

Y Teresa se enternecía, llena de orgullo, «Anda, anda, qué me tienes que agradecer nada, el cariño es gratis, no se paga».

Porque salvo por la compañía de Teresa, Elisa pasaba la mayor parte de su tiempo en soledad. A pesar de las buenas intenciones de sus padres, era ella la que iba siempre a visitarlos, Matilde se había empecinado en que su hija regresase a casa con ellos, para pasar el embarazo con todas la comodidades posibles, pero ante la negativa reiterada, ella tampoco daba su brazo a torcer y no estaba dispuesta a poner un pie en ese barrio. Y Antonio… Antonio siempre había sido un hombre tan ocupado que no iba a dejar de estarlo de la noche a la mañana.

Mario acudía muy temprano a la facultad, y absorbido por su tesis, después de la rutina diaria de sus clases se encerraba en su despacho, o acudía a la biblioteca de la facultad, y en las antiguas mesas, rodeado de estantes de madera oscura y en complicidad con la escasa luz de la lamparilla, desplegaba volúmenes y más volúmenes de enormes mamotretos entre cuyas páginas amarillentas se sumergía, hasta que el conserje lo llamaba desde la puerta, respetuosamente quedo: «Don Mario, tengo que cerrar…» y Mario regresaba desde la Edad Media con los pies entumecidos por el frío perenne de la enorme estancia, y después de colocar cuidadosamente cada libro en su estante, caminaba hacia su casa con la cabeza

todavía centrada en sus investigaciones.

Por eso, a la hora de preparar la habitación para el bebé, Elisa no dudó en solicitar la inestimable ayuda de su vecina, pues contar con Mario, ahora que estaba a punto de defender su tesis, era casi misión imposible.

«Ayúdame a poner aquí la cuna, Teresa».

Teresa dejó a su pequeño en el sofá tras colocar los cojines contra su cuerpo a modo de barrera. Se había quedado dormido, no se movería, pero por si acaso.

—Esta habitación es muy pequeña, Elisa, con la cuna aquí apenas te cabe nada más.

—Pero está pegando a la nuestra, así le oiré por las noches.

Porque Elisa ha estado devorado libros, revistas y cuanta información le salía al paso referente al embarazo y la crianza, e intentaba trasmitir sus conocimientos a Teresa, creyente a pies juntillas de supersticiones y ritos tan estrambóticos como el de predecir el sexo de un bebé introduciendo una moneda por el escote de la madre y comprobando cuando cae si sale cara —será *niña*— o cruz. «Qué quieres que te diga, Elisa, en el pueblo se ha hecho toda la vida así, y aunque no lo creas, funciona».

Elisa le acaba de explicar a su vecina que recientes estudios recomiendan que los bebés duerman desde el primer momento en su propio espacio, desaconsejando el dormitorio de los padres y por descontado, la cama conyugal. Sabe que le costará separarse de su hijita y trasladarla al otro cuarto, pero está decidida a hacer las cosas bien desde el principio.

—¿Y la habitación del fondo, que es más grande y más calentita?

—¡Ni hablar!

—La casa es muy pequeña. Elisa, la oirías de sobra, ¡No sabes tú los berridos que pega un mamón con hambre!

—No, si no lo digo por eso. Es que me repele esa habitación, tiene una trampilla en el suelo que me da no sé qué…

Teresa abre mucho los ojos, tiene esa costumbre, que le hace parecer una niña permanente sorprendida ante todo un mundo por descubrir:

—¿Una trampilla, dices? ¡A ver!

Se acercó a su pequeño, y tras comprobar que dormía profundamente, se dirigió con paso decidido y entusiasmo pueril hacia la habitación del fondo, mientras Elisa, que la seguía sin ganas, una vez adentro cerró la puerta, para que Teresa pudiera verlo:

—Mira. Esto es a lo que me refería.

—Conduce al sótano, seguro. Quizás tuvieran allá abajo la carbonera, o una bodega o quién sabe qué. En mi casa no lo hay.

—Claro, piensa que los pisos no son todos iguales, los tabiques han sido levantados al tuntún, y aquí ha coincidido este agujero. Y no me gusta nada que esté.

Teresa se echó a reír, pues ya conocía lo bastante a Elisa y sus temores infundados, y era algo que ella, que solo sabía de miedos racionales, no podía comprender:

—No es más que una bajada al sótano, no tienes nada qué temer. Seguramente lo utilizasen de carbonera antes de que construyesen las del patio. O simplemente, de bodega, recuerda que este edificio era una casona, de gente de poderío, seguro que ahí abajo guardaban las barricas con el mejor vino.

—No me gusta, Teresa.

Teresa volvió a sonreír, a veces Elisa se comportaba como una niña chica. «¡Cómo se ve que no ha conocido el hambre ni la necesidad, esas sí que meten miedo!».

—Lo mejor para que te quedes tranquila es que lo abramos, lo veas y te convenzas de que esto no tiene peligro. Seguro que encontramos hasta los barriles. Verás…

Así que Teresa enganchó la argolla, y preparada para encontrarse con una fuerte resistencia, tiró con todas sus fuerzas, que no eran pocas. Pero para su sorpresa, la trampilla cedió fácilmente, y el exceso de impulso hizo que perdiera el equilibrio, cayendo hacia atrás. La cercanía de la pared frenó su cuerpo, pero todo el peso del mismo recayó sobre la muñeca sobre la que se apoyó:

—¡Teresa! ¿Te has hecho daño?

—No te apures, que no ha sido *na*. ¿No ves que yo soy *mu* burra? —y mientras sonreía, más que nada para convencer a Elisa de que se encontraba bien, se masajeaba la muñeca dolorida, que comenzaba a hincharse un poco.

La trampilla dejó al descubierto una boca negra. En cuanto sus ojos se acostumbraron a una oscuridad que se hacía aún más evidente en contraste con la luminosidad de la habitación, distinguieron unos ventanucos abiertos en la pared de la fachada, por los cuales apenas penetraba la luz, pero sí la suficiente para distinguir el espacio.

—Esos ventanucos llevan años tapados por la maleza.

Había una escalerilla en perfecto estado, y al fondo, en la pared perpendicular a la de las ventanas, se distinguía una abertura negra, que bien podría ser una puerta, o quizás fuese tan solo una mancha dibujada por el moho y la humedad. Del sótano ascendía un aire helado, que olía a tierra mojada, y a siglos pasados. La corriente de aire susurraba como un lamento, como un quejido suave, amortiguado por la espesura del tiempo que allí se agolpaba.

—¡Ufff… vamos a cerrar, que respirar este aire mohoso no tiene que ser nada bueno!

En cuanto la trampilla estuvo en su sitio, la habitación pareció recobrar una calma momentáneamente perdida. El silencio que inundaba ahora la estancia contrastaba con el silbido del aire atrapado allí abajo, haciéndolo más evidente.

—Parece la entrada del infierno —rio Elisa.

—Desde luego, algo maligno es… Sino, mira mi mano —continuó Teresa con la broma, riendo también, aunque la muñeca le dolía bastante.

—¡Cuánto lo siento, Teresa!

—¡Anda, no te apures, que en peores que esta me he visto! Ahora me pongo una venda y asunto *arreglao*.

Cuando Teresa regresó a casa, Elisa estuvo un buen rato dándole vueltas al asunto de la trampilla. Al rememorar la visión del subterráneo que se ocultaba bajo sus pies, se lamentó con amargura de que aquel piso nuevo y soleado, sin sótano ni extraños tabiques

levantados sin orden ni concierto, no estuviese aún terminado. Porque a nadie podía explicarle las razones de una zozobra tan real como la criatura que parecía compartir su temor desde el cálido refugio de su vientre.

Decidió mantener aquella puerta siempre cerrada, afortunadamente era la única cuyo pestillo encajaba sin problemas en el cerradero, como si un simple pestillo pudiese mantenerla alejada del infierno.

Y LLEGÓ LA PRINCESA

En casa de Elisa y Mario el tiempo pasó a dos velocidades diferentes: a un ritmo vertiginoso para él, a quien los días se le escurrían entre las manos enfrascado en sus estudios. Y con una lentitud exasperante para ella, impaciente por tener ya entre sus brazos a esa hija a la que con tanto cariño gestaba día a día. Además estaba el asunto del piso, pues cuanto antes pasasen los meses, antes se vería instalada en su confortable nuevo hogar.

Mario defendió su tesis y ya era doctor *cum laude*. Aun así no aflojó el ritmo, porque la obsesiva determinación por hacerse con la cátedra consumía ahora todas sus energías, pese a que Elisa, en la recta final de su embarazo, solicitaba su atención con más insistencia que nunca, más insegura y temerosa cuanto más que se acercaba el momento del parto.

Y el momento llegó.

Elisa supo reconocerlo, más por intuición que por los conocimientos adquiridos a lo largo de los nueve meses en los que se esforzó por informarse de todo cuanto sucedería en torno al nacimiento de su hija. Por eso decidió parir en el hospital, pese a la insistencia de Teresa, quien con toda su buena voluntad le aconsejaba el parto en casa. «Rezar de rodillas, parir en cuchillas, Elisa. Eso dicen en mi pueblo, y es verdad, que yo he tenido al mayor en casa, y lo he parido con menos penas que a los otros dos. Porque créeme, tumbada en una cama, no se puede parir». Elisa, muy a su pesar, no podía fiarse del consejo de su respetada amiga, cuya fe a pies juntillas en los ritos arcaicos y en las supersticiones no

lograba entender, como cuando Teresa le hablaba de esa costumbre, rito o manía de poner en la cabeza de una parturienta en dificultades la boina arrebatada al primer hombre que pasara en aquel por momento por la puerta de la casa, y esperar a que el parto se resolviese satisfactoriamente. «No, Teresa, las supersticiones y la ciencia médica se llevan a matar. Si el parto se complica, lo razonable es sacar al niño mediante una cesárea, que será lo único que salve a los dos. Pero cuando no se tiene a mano un quirófano, pues hay que agarrarse a los rituales y a las supercherías, pero créeme que nada resuelven».

Ahora era un sexto sentido el que le advertía a Elisa que su hija estaba preparada para llegar al mundo. No se asustó, porque las contracciones comenzaron como si una ola suave recorriese su vientre, meciendo en las aguas calmadas del útero al bebé, preparándolo para su primer viaje, un recorrido opresivo en el que habría de luchar por abrirse camino y ver finalmente la luz, una dura prueba que culminaría con la vida.

Elisa se acarició la tripa, un enorme fruto maduro que contenía a su hija. Había comenzado a caer una lluvia fina y persistente, de esas que alimentan todo tipo de presagios. «Lluvia el día de la boda, lágrimas en el matrimonio. Tranquila, Elisa, que no hay ningún dicho que asocie lluvia y parto presagiando calamidades…».

Se puso la gabardina —la misma del otoño anterior, que ahora no podía abrochar —y un pañuelo sobre la cabeza, y salió. Notaba el frío en la cara y en sus piernas desnudas, había renunciado al esfuerzo ingente que suponía ponerse las medias con una enorme tripa dificultándole el acceso a los pies.

La droguería estaba a la vuelta de la esquina, a pocos metros. Elisa empujó la puerta y vio con alivio que el lugar estaba vacío, mejor así, no quería ser el centro de todas las miradas cuando le pidiese permiso a don Pedro para utilizar el teléfono de la trastienda.

«Cómo no, doña Elisa, a su entera disposición, pase, pase». El tendero estaba encantado de atender la solicitud de esa señora tan agradable, y tan limpia a juzgar por los buenos cuartos que se dejaba

en jabón, agua de colonia y detergentes.

Elisa sacó del bolsillo la cuartilla en la que Mario le anotase el número de teléfono, y lo marcó. Los dedos le temblaban ligeramente. «Buenos días, ¿Podría hablar con el profesor Mario Carriedo?».

Los minutos se le hicieron eternos hasta que oyó la voz de su esposo. Él estaba asustado, sabía lo que aquella llamada significaba. «¿Pero estás bien, Elisa, todo va bien?». «Todo bien, cariño. Te espero en casa. Procura no tardar… Te quiero mucho, Mario».

Cuando colgó, le dio las gracias al señor Pedro y ya estaba saliendo cuando cambió de opinión. «Faltaría más, doña Elisa, todas las llamadas que usted necesite».

«¿Conchita? Soy Elisa. Dígale a la señora que se ponga al teléfono, por favor…».

A los pocos minutos, el chófer de don Antonio Gil aguardaba pacientemente bajo la lluvia. Elisa se subió al vehículo mientras Teresa, emocionada, contemplaba boquiabierta el cochazo negro. «Caramba, esta chica parece una princesa de cuento subiendo a la carroza». Deseándole lo mejor le dijo adiós desde el portal. «Que tengas una hora corta, amiga».

Mario metió las llaves en la cerradura y entró llamando a su mujer. Debido a la lluvia le había costado más de lo normal encontrar un taxi, así que no lo había dejado escapar y el vehículo esperaba en marcha a la puerta de casa, preparado para salir a toda velocidad hacia el hospital.

«¡Elisa, cariño, ya estoy aquí!».

Al no obtener respuesta, Mario comenzó a recorrer la casa con el corazón encogido. Elisa no estaba. El pánico se apoderó de él. Sin pararse a pensar más, salió a toda velocidad. Salió tan rápido que a Teresa, que estaba atenta a su llegada, no le dio tiempo a detenerle, pese a que tenía un importante mensaje que darle.

El taxi paró en el Hospital Provincial, A los pocos segundos Mario corría bajo la lluvia hacia la entrada principal.

—¡Buenos días! Mi esposa acaba de ingresar, se ha puesto de parto…

—Buenos días, señor, Dígame el nombre de ella, si es tan amable…

—Elisa Gil Ruiz.

—Deme un momento, que miro los ingresos de maternidad…

Mario se mesaba nervioso el cabello mientras la recepcionista miraba en la hoja, pasaba de página y volvía de nuevo a la inicial… Al cabo de unos segundos cambió de libro, y tras comprobar las anotaciones detenidamente, afrontó la inquietud de la mirada de ese hombre al que no podía ayudar:

—Siento decirle que su esposa no está registrada aquí, señor… ¿Está seguro de que ha venido? Mire que con esto de los partos se producen falsas alarmas que…

—Sí señora, claro que estoy seguro, he hablado con ella… Por favor —los ojos de Mario eran súplica pura— mire usted de nuevo, tiene que estar aquí…

Los minutos pasaron inquietantemente lentos hasta que Mario, inmerso en lo que parecía una absurda pesadilla, escuchó la incomprensible y apesadumbrada respuesta de la mujer:

—La señora Elisa Gil Ruiz no ha ingresado en este hospital, señor…

«¿Qué está pasando, dónde estás Elisa, por dios?».

Mario decidió regresar a casa, puede que la recepcionista tuviese razón y no hubiese sido más que una falsa alarma. Tenía que ser eso, desde luego.

Nada más traspasar el portón, Teresa se abalanzó sobre él.

—¡Ay Mario! Menos mal que está usted aquí… —nunca tuteaba a Mario, él y su rango académico le imponían demasiado —Tengo un recado de parte de Elisa, pero como salió usted como alma que lleva el diablo… Que le diga que no ha ingresado en el Hospital Provincial, sino en la clínica del doctor Ordoñez, en la calle…

—Gracias, Teresa, muchísimas gracias, sé dónde está.

Teresa no advirtió la contrariedad en la cara de Mario, a pesar de que este no pudo disimularla. Elisa y él ya habían dejado claro

que la niña nacería en el hospital y no entendía por qué su esposa había cambiado de opinión, con los gastos que conllevaba la hospitalización en una clínica privada. Elisa sabía que tenían que ahorrar hasta la última peseta para instalarse en su nueva casa. Pero de pronto lo comprendió todo: Antonio y Matilde se habían hecho dueños de la situación y habían convencido a su hija. No le gustó la maniobra, no deseaba que se hicieran cargo de una cuenta que solo a él le correspondía saldar, y el hecho de tomar la decisión sin consultárselo era una falta de consideración. Y aunque estaba enfadado por todo ello y se había llevado un buen susto al no encontrar a Elisa en el hospital, ahora la prioridad era acudir cuanto antes al lado de su esposa. Salió a la calle, preparado para acometer una vez más la difícil misión de parar un taxi en un día como aquel.

No fue un parto fácil, la pequeña se resistió hasta el último minuto, como si supiera que aquel refugio cálido del que la naturaleza le expulsaba ahora sería el único lugar donde estaría verdaderamente a salvo.

Cuando a primera hora de la mañana del aquel trece de noviembre su llanto irrumpió entre los jadeos quejumbrosos de su agotada madre, el dolor de las horas pasadas se volatilizó como el recuerdo de un mal sueño, porque todo había merecido la pena. «Elisa, le pondremos Elisa, en tu honor».

Era una niña, como no podía ser de otra manera.

Los primeros días tras el nacimiento estuvieron cargados de sensaciones agridulces: llantos de bebé, montañas de pañales para lavar, tiernos momentos de paz infinita, contemplando el delicado rostro de la recién nacida mientras mamaba. También un desapacible sentimiento de vulnerabilidad ante la vida encarnada en aquel ser desprotegido que, para sobrevivir, dependía exclusivamente de su capacidad como padres, y un cansancio acumulado que apenas podía competir con la energía que les proporcionaba el instinto de protección… El amor se fortaleció, pero paradójicamente la convivencia se resintió: ahora resultaba tremendamente complicado

ser padre, esposo, profesor y opositor, casi imposible ser madre, esposa de profesor-opositor y amante. Cuando Elisa le comentó a Mario que sus padres le habían hecho el ofrecimiento de regresar a su casa hasta que les entregasen el piso, las tensiones acumuladas dieron paso a la primera discusión seria:

—Yo no quiero separarme de tu lado, pero la niña estaría mejor allí. Y tú podrías instalarte en el cuarto de invitados.

—¿Estás segura de que también cuentan conmigo? Permíteme que lo dude, Elisa. Además, siento decirte que esto me suena a manipulación, ya tuve una mala experiencia cuando fui a buscarte al hospital y te habían llevado a la clínica. Aquello me dolió, lo mínimo era haberme consultado, ¿No crees?

—Si tan mal te pareció, ¿Por qué no se lo dijiste a ellos en su momento? ¿Por qué me lo recriminas, como si yo fuese la culpable?

—Podías haberte negado, que ya lo teníamos hablado.

Elisa se rio con desganada ironía:

—¡Iba a dar a luz! ¿Tú crees que en esos momentos estaba para discusiones? Si hubieses llegado tú antes que el chófer, no tendríamos ahora esta discusión.

—Es que yo no tengo chófer, querida… Tampoco lo lamento. Mira, vamos a dejarnos de reproches absurdos que nada van a solucionar. Pero se me ocurre lo siguiente: si tus padres quieren estar con la niña y contigo… ¿Por qué no se viene tu madre unos días y te echa una mano con el bebé? ¿O acaso este piso y este barrio son demasiado poco para ella?

Mario se arrepintió enseguida de sus palabras, porque Elisa salió llorando de la habitación. Las palabras, esas ondas sonoras insignificantes e invisibles, que antes de extinguirse en el aire, dejan a su paso un rastro, un camino abierto al desacuerdo, una senda que, de practicarse con frecuencia, acabará en una bifurcación. Elisa y Mario no sabían aún cuánto tendrían que reprocharse cuando el dolor —no solo el amor— les uniese para siempre.

El acto aparentemente trivial de los padres de Elisa de desear para su hija una asistencia al parto con todas las comodidades, provocó el recelo de Mario, quien decidido a no dejarse manipular

por unos suegros con los que la relación era más bien fría, tomó su decisión: los tres permanecerían juntos en el que todavía era su hogar, en ese viejo edificio al que se entraba por un portalón oscuro cuya puerta no encajaba, en aquel piso en el que, en una de las habitaciones, había una trampilla que conducía al infierno. El suyo no era un hogar cómodo y lujoso como el de Antonio y Matilde, pero precisamente por ello, Mario estaba decidido a no dar su brazo a torcer, necesitaba que sus suegros comprendieran que se puede estructurar una vida feliz sin demasiado dinero, sin tanto bienestar. Elisa y su hija permanecerían a su lado, en el humilde hogar que él les había proporcionado, hasta que pudiesen mudarse a su nuevo piso.

Elisa no quería decirle a su marido que, además de las evidentes incomodidades de ese hogar, ahora tenían una hija, y que su instinto de protección, al recordar la visita de Ricardo y sus palabras amenazantes, le provocaba una inquietud enorme. Allí no se sentía segura, él podía regresar cuando menos lo esperase, y si venía bebido, era capaz de cualquier disparate. Pero no podía sincerarse con Mario, desde el nacimiento de la niña ambos estaban demasiado tensos, y mencionar a Ricardo sería como mentar la soga en casa del ahorcado. No deseaba otra discusión con su esposo, así que callaría, eso sí, sin bajar la guardia, pero callaría. Total, en muy poco tiempo se irían de allí.

BIENVENIDA, PEQUEÑA ELISA

Teresa besó emocionada a la recién nacida. Era una criatura preciosa, tan delicada… ¡La niña que ella no había podido engendrar! En cuanto la tomó entre sus brazos, le deseó una vida larga y feliz, pero desafortunadamente Teresa no era un hada de cuento, de esas que regalan dones como la hermosura y la inteligencia y deshacen hechizos maléficos.

Juliana y Dolores no la cogieron, carecían de la confianza suficiente con Elisa, así que aunque hubiesen deseado tomarla en brazos, se limitaron a contemplarla, embelesadas, desde el cochecito. En ese momento la niña estaba despierta, y miraba sin ver, intentando quizás enfocar los ojos fríos de Dolores, que no apartaba la vista de ella.

—¡Qué guapa es! ¿Cómo se llama?

A Elisa le conmovió profundamente la ternura de la mujer, cuya mirada inquietantemente azul parecía adquirir cierta calidez al hablar del bebé:

—Elisa también, ese ha sido el deseo de su padre.

—Bonito nombre, hija… Cuídala, cuídala mucho, que la vida es muy cruel. Son tan frágiles las criaturas… En cuanto te descuidas un poco, aparece satanás disfrazado de quien menos te imaginas, y les arrebata la inocencia. ¡Y no creas que Dios mueve un solo dedo para evitarlo!

«Vaya consejos escalofriantes, los de esta mujer».

Elisa se sintió incómoda ante lo que consideró un comentario fuera de lugar, unas palabras cargadas de desesperanza, tan

contrarias a la ternura y los buenos deseos que los recién nacidos provocan. Pero Juliana era una mujer muy religiosa y algo simplona, no era de extrañar que hiciese ese tipo de afirmaciones, pues le podía más un supersticioso temor al diablo, que la tierna visión de un bebé sonrosado.

—Bueno señoras, les tengo que dejar, que la niña ya tiene hambre.

Elisa se alejó a toda prisa, deseando meterse en su casa, cerrar la puerta y olvidarse de unas palabras que, al ser rememoradas, le producían una inexplicable desazón.

LA CULTURA DE LA MUERTE

A principios de diciembre murió la señora Francisca, la inquilina de esa vivienda a la que se accedía por una escalera de madera. Fue Teresa quien la encontró muerta aquella mañana. La mujer vivía casi en la indigencia, pero en un acuerdo tácito, tanto Elisa como Teresa se ocupaban de ella: la primera haciéndose cargo de los pocos gastos que ocasionaba y Teresa, que no podía permitirse ni ese mínimo desembolso, ayudándola en quehaceres cotidianos, como subirle la leña y el carbón, prenderle la cocina y el brasero, y prepararle la comida.

Aquella mañana invernal el patio estaba silencioso, todavía cubierto con la pátina blanca que la escarcha dejaba en las viejas piedras, el musgo de las juntas marchito por la crudeza de la helada, las ventanas cargadas de finísimos carámbanos que se hacían perennes hasta que los débiles rayos primerizos los tocaban de refilón a mediados de marzo. Solo el maullido insistente de los gatos de la anciana —animados por un instinto inexplicable— rompían la calma, alertando de que sucedía algo fuera de lo común. Teresa los oyó desde la cama. Como los niños aún no se habían levantado, tenía tiempo de echar un vistazo, por si acaso. Se vistió sin hacer ruido y salió al patio tiritando. A toda prisa subió las escalerillas, y al sentirla al otro lado, los gatos reanudaron su coro de lamentos, ahora con una insistencia sobrecogedora. Tiró de la cuerda atada al pestillo y entró. Los animales, incansables en sus maullidos, comenzaron a envolverse entre sus piernas, obstinados en conducirla al lado de su ama. «Demonio de gato, casi me caigo».

En cuanto penetró en el cuartito, ya supo que la señora Francisca estaba muerta. Enseguida vio su mirada, plácidamente perdida en el limbo de los justos. Acarició su mano fría, le cerró con suavidad los párpados y antes de irse rezó un padrenuestro cargado de agradecimiento, porque semejante paz en el rostro solo podía deberse al encuentro con Dios. Teresa se santiguó, reconfortada por la creencia de que la señora Francisca gozaba ya de las bondades de la vida eterna que, tal y como Teresa se la imaginaba, debía ser tan estupenda como la de Elisa de soltera.

Elisa se despertó al oír el timbre. Corrió la mirilla, y asustada al ver a su vecina llamando tan temprano, abrió en camisón. Cuando supo lo que había pasado, no pudo evitar las lágrimas, que marcaron aquella mañana tan fría como la misma muerte.

Puesto que la anciana vivía sola, no tenía familia y eran quienes se ocupaban de ella, las dos vecinas se sintieron responsables de asistirla también en sus últimos momentos, pensando que no había nadie más en quien delegar tan ingrato cometido. Pero se equivocaban.

Elisa se había resistido a subir. Argumentaba el temor a quedarse sin leche, pues había leído en un libro que una fuerte emoción negativa podía inhibir su producción, y la contemplación de la buena mujer fallecida le causaría, sin duda, una desagradable impresión. Pero en el fondo sabía que la verdadera razón de su resistencia era el miedo: estaba rodeada de vida, y no deseaba toparse cara a cara con la muerte, temía llevarla consigo cuando saliese de allí. Teresa le preguntó, «¿Ya la viste?» y ella no pudo mentir, así que le confesó sus temores, aun sabiendo que incluso a una persona anclada en las supersticiones como su vecina, la idea le parecería absurda. «¡Qué cosas tienes, Elisa, guapa… *pa* que luego digas de mí! Déjate de tontadas y ve a decirle adiós a la pobre mujer, que seguro que desde el cielo te lo agradecerá».

Cuando Elisa se armó de valor y decidió por fin subir, Juliana y Dolores ya estaban allí. Al parecer llevaban toda la tarde, habían acudido antes que ella a rezar por la difunta. Pero pronto comenzó a sentirse incómoda ante el comportamiento de sus vecinas, quienes

lejos de limitarse a acompañar piadosamente el cadáver de la señora Francisca, parecían disfrutar con la presencia de la muerte.

Dolores estaba casi transfigurada, pues en su rostro inexpresivo se dibujaba ahora una sonrisa beatífica, como si al contacto con la parca hubiese alcanzado un éxtasis teresiano. Su madre deambulaba afanosa y complacida de un lado para otro, exteriorizando sin pudor lo que a simple vista le parecía a Elisa un disfrute tan irreverente como incomprensible.

—Pasa, Elisa, que ya se te echaba de menos.

Habían prendido la cocina —«para poder calentar la leche de la merienda»— y se disponían a tomarla cuando Elisa entró.

—¿Quieres acompañarnos?

Sobre la destartalada mesa camilla de la anciana humeaban dos tazas de leche junto a un plato de galletas.

—No, muchas gracias, acabo de merendar yo también —respondió la recién llegada, incapaz de probar bocado con el cadáver de la señora Francisca presidiendo la reunión, e incapaz también de comprender cómo ellas podían hacerlo. En aquel momento sentía tanta repulsión por la conducta de sus vecinas, que su capacidad de análisis era nula. En otras circunstancias, Elisa hubiese interpretado estas actitudes como formas culturalmente distintas de entender algo tan humano e inevitable como la muerte.

—¡Anda, toma un poco, que si quieres tener buena leche tienes que comer bien…! —Insistió Juliana.

Pero Elisa ya no la escuchaba, se había acercado al cuerpo yacente, porque aunque no era su intención fijarse en los detalles, algo había llamado poderosamente su atención: la señora Francisca estaba pintarrajeada como una prostituta.

Se volvió hacia sus vecinas con la intención de preguntar, pero antes de que pudiese abrir la boca, Juliana se lo explicó:

—Está guapa, ¿Verdad? La he arreglado yo. Con un poco de polvillo de carbón le he pintado los ojos. Y las mejillas… Es un viejo truco de cuando yo era moza, allá en el pueblo no teníamos de nada, y para darnos rubor, nos pinchábamos con la aguja en el dedo, con un par de gotitas de sangre es suficiente.

Elisa comenzó a marearse un poco, quizás hacía demasiado calor en aquella estancia tan pequeña, donde los primeros efluvios de la muerte cargaban ya el ambiente.

—¿No has traído a la niña, Elisa?

Ahora era Dolores quien había formulado la pregunta. Elisa titubeó un poco, comenzaba a sentirse mal, y la mención de su pequeña en aquel lugar le dio escalofríos. Pero intentó ser comprensiva y armarse de paciencia, Dolores no era madre como ella y no podría entender fácilmente sus motivos:

—La niña está en su cuna, durmiendo. Este no es lugar adecuado para un bebé

—¡Qué lástima, nos hubiera gustado verla! Y a la pobre señora Francisca también.

—Dolores, la señora Francisca ya no puede ver…

—¿Y eso quien lo sabe?

Elisa consultó sin disimulo la hora en su reloj. Allí hacía demasiado calor, comenzaba a oler a putrefacción, y además no le interesaban para nada los estrambóticos rituales con los que Juliana parecía querer congraciarse con la muerte.

—Me tengo que ir, Teresa está en casa cuidando del bebé y…

—Elisa, Elisa… —esta vez medió Juliana —no te quieres quedar, se te nota demasiado… Pero te advierto que los muertos no deben causarte espanto.

—Pero sí los vivos, los vivos pueden dar mucho miedo y causar los peores males —apuntilló Dolores. Y aquella fue la primera y última vez que Elisa vio en su mirada una indiscutible lucidez, como si hubiese regresado por unos segundos del nimbo en el que parecía refugiarse.

—Tiene usted razón, Juliana, para qué se lo voy a negar, no me gustan los muertos —y Elisa sonrió, nerviosa— aunque he de decirte, Dolores, que tienes aún más razón: los vivos, a veces, dan más miedo que la misma muerte. Señoras, creo que son dos vecinas piadosas que velarán a la difunta, yo me retiro, que mi pequeña me necesita.

Pero antes de irse, Elisa tuvo la pésima ocurrencia de acordarse

de los gatos de la señora.

—¿Los gatos, los han visto? Habrá que ponerles un platillo con un poco de leche.

Dolores se acercó, sigilosa como una sombra, y destapó la sábana que a modo de sudario cubría el cuerpo de la difunta. Allí, agazapados junto al cadáver, estaban los dos animales. Elisa sintió lástima al verlos, se acercó un poco, les llamó…

—Dolores te diría que aún pueden oírte, yo te digo que no te molestes.

La aludida miró a su madre, confusa. Pero rehízo el gesto y señaló:

—¡Están tan muertos como ella! Mi madre, haciendo de tripas corazón, les retorció el pescuezo con sus propias manos, para que acompañaran a la difunta al cielo y no se quedasen solos en este valle de lágrimas. ¡Mira como le dejaron las manos de arañazos, aún le sangran un poco!

Elisa apartó la vista de los felinos inmóviles y se despidió de sus vecinas, un poco turbada. Se sintió algo ridícula, pero la imagen de Juliana ejecutando a los gatos de la señora Francisca le provocaba un miedo infantil. Tenía la desagradable impresión de que, además de velar a la difunta, aquellas dos mujeres habían encontrado en la muerte de la anciana un macabro escape a la monotonía de sus días.

Cuando cerraba la puerta, aún pudo oír la voz inconfundible de Dolores, carente de inflexión, «sube luego con la niña».

Nada más entrar en su casa, fue directa a la pila de la cocina y se lavó las manos, el contacto con la muerte le hacía sentirse sucia. Teresa, que estaba allí cuidando del bebé, notó su gesto contrariado:

—¿Qué te pasa, te has *impresionao* mucho?

—Buffffff… Cuando te lo cuente no te lo crees.

—¿El qué?

—Nuestras vecinas estaban allí y se han hecho cargo de la situación.

—Me parece bien, que vecinas somos todas.

—Desde luego, y la verdad que las pobres son tan piadosas que estoy segura de que pasarán la noche rezando por la señora

Francisca. Pero sus costumbres no me gustan, Teresa, no termino de comprender cómo puede tomarse la muerte de una forma tan… tan… natural.

Teresa, que la conocía ya bastante, decidió quitarle importancia:

—La muerte es así, Elisa, algo natural. Así es como hay que tomarla.

—Pero todo ha de tener su justa medida, Teresa, y creo que ellas se pasan. No sé, su actitud, tan despreocupada. ¡Solo les faltaba tocar las castañuelas!

Teresa sonrió.

—¡Cómo se te nota que eres una señorita fina!… Tendrías que haber visto lo que yo. Y a saber qué no habrán *contemplao* esas dos infelices.

—¿Hasta el punto de matar a los pobres gatos a sangre fría? No me convences, Teresa, no me convences. Por muy buena intención que tuviesen.

—Bueno, pero tranquilízate, que no te conviene alterarte. Olvídalo ya, cada uno ve la muerte como la ve, y ya sabes que nuestras vecinas son como yo, gentes sencillas, de pequeños pueblos donde las costumbres, por fuerza, son distintas de las de la capital.

—Tienes razón, Teresa. Lo mejor es que deje de darle vueltas, no me conviene. Gracias por cuidar de mi niña. Hasta mañana.

«Cada uno ve la muerte como la ve…». ¿Y qué puede llevar a alguien a sentirse reconfortado en su presencia? Solo la aceptación incondicional, el entregarse a ella con la devoción absoluta con la que uno se entrega a Dios. La Cultura de la Muerte.

Enero de 1966

10 DE ENERO

El llanto de la niña la despertó. Estaba soñando, como cada noche, con su nueva casa, en la que el sol entraba a raudales por unas ventanas grandes, a través de las cuales se veía un inmenso prado verde, salpicado de amapolas. Tres niños —sus hijos— corrían alrededor de la mesa de la salita, persiguiéndose, pero en el guión del sueño la pequeña Elisa no estaba con ellos. Sí podía oír su llanto lejano, el mismo que le devolvió a la realidad, al frío perenne de aquella habitación.

Todavía era enero, quedaba mucho invierno por delante, y ayer les habían comunicado que la entrega de llaves se aplazaría hasta finales de febrero, debido a un problema con el fabricante de los ascensores. «Pues nos mudamos, aunque sea subimos andando».

«¿Hasta un sexto piso, cargada con el cochecito de la niña? Ten un poco de paciencia, cariño, no merece la pena».

Se levantó con desgana, comenzaba a estar cansada de ese frío húmedo que parecía adherirse a la piel como un sudario. Pero tendría paciencia, Mario le había pedido un poco de paciencia, y la tendría, pese a que debía luchar con todas sus fuerzas para controlar el impulso de llenar una maleta con lo necesario y trasladarse al calor de la casa de su padres, a la comodidad del baño con agua caliente, a la tranquilidad de esas habitaciones soleadas y limpias, donde las paredes no se pintaban con mohos negruzcos sino con delicados tonos. Hacerlo supondría reavivar la amarga discusión que ya mantuvo con Mario, y no estaba dispuesta a alimentar desacuerdos, era cuestión de solo unos días más. «Ya queda menos, Elisa, cada

vez menos».

La niña se agitaba inquieta dentro de su hermosa cuna con dosel y colcha de raso, una cuna de princesita de cuento en dramático contraste con las humedades que ascendían por la pared de la ventana, con el techo ligeramente descascarillado pese a la mano de pintura con que lo repararon nada más llegar a la casa, y con la madera deslustrada y vieja de una ventana que Elisa no se había molestado en vestir, a pesar del frío que le hubiesen quitado a la habitación unas cortinas de paño gordo. «Total, ya van a ser dos días…».

—¿Qué le pasa a mi niña? ¡Ven con mami, preciosa!

La pequeña sonrió, y el nuevo gesto emocionó tanto a Elisa que comenzó a llorar, dejándose llevar por una oleada incontrolable de ternura maternal. «Mi niña, mi niñita, pero qué linda eres».

La tomó en brazos y rápidamente la arropó con dos chales. La niña se rebullía, notaba el frío desapacible de la estancia. Con ella en brazos se dirigió a la cocina y cerró la puerta —al menos lo intentó, pues ni una sola de las viejas puertas encajaba en el marco como debiera— y se acomodó al lado de la cocina de carbón.

En cuanto la niña sintió en su mejilla la tibieza de su pecho, comenzó a buscar desesperadamente el pezón. El bebé se calmó en el acto. Al cabo de unos minutos la leche rebosaba por la comisura de su boquita, y Elisa, una vez más, se sintió plena. Cuando la niña hubo mamado y parecía satisfecha, Elisa la incorporó y con suavidad le apoyó la cabecita en su torso, hasta que eructó. A continuación extendió sobre la trébede una toalla, la desvistió con sumo cuidado y comenzó a limpiarla, mientras le dedicaba todo tipo de carantoñas, sonrisas y arrumacos. Era aquel un momento especial, que Elisa disfrutaba plenamente consciente de lo efímero de una etapa que, una vez pasada, ya no volvería. Su hija crecería, llegarían otras etapas, pero ninguna con la intimidad de aquellos instantes, ambas arropadas por el calor de la lumbre, la niña creciendo día a día gracias a su leche, el maná que surgía de sus pechos fértiles y la mantenía con vida, sintiendo la morbidez de su piel nueva y el aroma suave y limpio de la colonia con la que perfumaba su cabecita,

en un acto casi ritual, tan íntimo, tan perfecto. Momentos de sonrisas, caricias, besos, y mucho amor. Quién sabe, puede que a la vuelta de unos años, incluso llegase a añorar aquella pequeña cocina donde comenzó su vida de casada, donde su pequeña Elisa vivió sus primeros meses… Quizás a la vuelta de unos años rememorase con cariño el olor del carbón ardiendo y el de la leche calentándose sobre la placa, la rugosidad del fregadero de piedra y la suavidad esmaltada de los azulejos blancos de la trébede, ligeramente resquebrajados por el paso del tiempo y el calor.

Sin separarla de su cuerpo, cruzó con la niña en brazos el pasillo, y la depositó con suma delicadeza en su cuna. Regresó a toda prisa a la cocina, llenó la bolsa de agua caliente, la envolvió en una mantita y la arropó junto a su hija. Cuando metió la mano entre las sábanas, sonrió satisfecha: la bolsa de goma desprendía un agradable calorcillo, sin ser excesivo. «Así estarás muy bien, mi cielo».

Una vez atendida la niña, calentó la leche y se puso a desayunar. Mientras lo hacía comenzó a repasar mentalmente los quehaceres para aquella mañana. «Cuando Elisa despierte, iré hasta la pescadería». También tenía que acercarse al centro y mirar una nevera para el piso nuevo, aún no se lo había dicho a Mario por temor a que el comentario lo disgustase, pero Antonio estaba empecinado en regalarles todos los electrodomésticos. Tenía que reconocer que su marido —pese a quererle con locura— era un poco cabezota. ¿Qué tenía de malo aceptar un regalo de sus padres, con lo bien que les venía en aquellos momentos?

Se levantó sin prisa y se puso a calentar agua en un puchero. Por suerte, dentro de poco ya no tendría que hacerlo, ni para lavar a la niña, ni para fregar los platos, ni para asearse ella, porque en su nueva casa el agua caliente saldría de un grifo. Estaba harta de tener que calentar agua para todo. Con suma desgana volcó el líquido humeante en la pila y comenzó a fregar los cacharros de la cena —la noche anterior no tuvo ganas de hacerlo— y las tazas del desayuno.

Estaba distraída enjabonando loza, cuando creyó oír el llanto de la pequeña Elisa. Aguzó el oído. En efecto, la niña estaba llorando. «Qué raro que se haya despertado…». Se aclaró la espuma, se secó

las manos con prisa y salió al frío del pasillo.

Como aquella puerta tampoco encajaba por completo —a veces una simple corriente volvía a abrirla— estaba entornada. Nada más empujarla, algo salió de la habitación, rozando los pies de Elisa, quien pegó un grito aterrorizado al percatarse de que era una rata enorme. Entró desbocada en el cuartito, y temblando sin control, sacó a su hija de la cuna, con tal brusquedad que provocó un llanto alarmado e imparable en la pequeña, tan asustada como ella. Sin tener en consideración el frío sempiterno, la desnudó con manos torpes sobre la cama de matrimonio. Su hija lloraba, congestionada, agitando sus miembros pequeños como protesta a la extraña y desagradable manipulación de esas manos siempre amorosas, que ahora la zarandeaban con desacostumbrada brusquedad. Porque Elisa solo tenía en mente una cosa: cerciorarse de que la rata no la había mordido.

«Ya mi amor, ya… Lo siento mucho, mi vida». Había vuelto a vestir al bebé, y ahora la apretaba contra su pecho, compungida, temblando aún ligeramente, deseando que su pequeña olvidase el mal rato que le había hecho pasar y se durmiese de nuevo. Al fin la niña se calmó, y ella se dejó llevar por las emociones y comenzó a descargarlas en un llanto nervioso que sacudía su cuerpo con pequeños espasmos. Una vez recompuesta, se secó las lágrimas. «Ya queda poco, Elisa, sé valiente y aguanta». Cogió a la criatura en brazos y salió en busca de Teresa, querida Teresa, siempre dispuesta a escucharla, siempre ahí para ella.

—¿Qué me cuentas? ¡Menudo susto el que te habrás *llevao*! ¿Seguro que la niña está bien?

—Eso creo. ¡Aún estoy temblando!

—Y dejaste escapar a la rata… Eso es peor.

—Ya, pero fue de repente, y no pude hacer nada. ¡Ay dios mío! Ahora que lo pienso, hace unos días que oía ruidos… Ya sé lo que era. ¡Qué horror!

—Ni tanto…

Teresa también estaba preocupada, pues pese a estar inmunizada contra incomodidades de todo tipo, pese a haber pasado frío y hasta

hambre, pese a haber vivido casi en la miseria, el temor a las ratas desde que tenía uso de razón seguía intacto en ella. Tendrían que tomarse el asunto muy en serio y cuanto antes, «Que las putas ratas, como dice *mi Jose*, se pasan el día pariendo, y cuando nos demos cuenta, nos invadieron».

—¡Mira la que ha *liao* Juliana! ¡Cargarse a los gatos de la señora Francisca! Esa mujer no tiene dos dedos de frente… Los gatos las mantenían a raya.

Elisa sintió un repeluzno al evocar la imagen de los animales muertos junto al cuerpo inerte de su ama. «¿Pero en qué estaría pensando Juliana?».

Ahora tenían un problema grave, porque si no acababan con ellos a tiempo, los roedores invadirían el edificio. Elisa pensó con alivio que lo lograsen o no, ella se iría pronto de allí, afortunadamente. Pero enseguida se arrepintió, al pensar en Teresa y sus niños. Ellos no tenían la posibilidad de irse a otro lugar, y cuando Elisa ya no estuviese, aún seguirían viviendo en la vieja edificación, fría y húmeda, invadida por las ratas… No, antes de irse de allí, el problema tenía que quedar resuelto. «Por Teresa, por sus niños».

—Bueno, me voy, que tengo que acercarme al centro, a mirar una nevera, y la niña en un par de horas está despierta otra vez.

—¿Quieres dejarla en mi casa y así vas más deprisa? Si se despierta, la entretengo hasta que llegues.

—No te preocupes, Teresa, que ya bastante tienes con los tuyos. Me tengo que acostumbrar a ir y venir con ella, que cuando no te tenga cerca, no sé lo que voy a hacer…

Elisa no percibió la tristeza en el semblante de su vecina, ni en esta ocasión ni en las muchas en las que hablaba de la mudanza a su nuevo piso. Porque Teresa le había tomado cariño de verdad, y pese a las buenas palabras y promesas de mantener el contacto, sabía que con el tiempo acabarían distanciándose, no iba a ser fácil mantener la relación desde la otra punta de la ciudad. Pero así eran las cosas, Elisa regresaría al mundo del que nunca debió salir, tendría una casa nueva con todas las comodidades y haría amistad con mujeres de su

misma condición, esposas de profesores y abogados, y al cabo de unos años, con suerte solo sabría de ella en navidad, cuando recibiese una bonita felicitación que resumiría en cuatro letras lo acontecido en un año entero de una vida que ya le sería ajena.

Pero no sabía Teresa cuánto se equivocaba, Elisa y ella permanecerían unidas para siempre desde el sentimiento que, al igual que el amor, es capaz de crear vínculos irrompibles: el dolor.

«¿Elisa? ¡Elisa, cariño, que ya estoy en casa!».

Mario entró en la salita y era todo él entusiasmo. Llevaba algo en las manos, envuelto en papel, y lo dejó sobre el aparador antes de acercarse a su mujer, que daba de mamar a la niña, sentada en el sofá. Se dejó caer a su lado de esa forma tan especial que ella ya conocía tan bien, y les dio un beso entusiasta en la mejilla, primero a la madre, luego con suma delicadeza, a la hija. Estaba contento, muy contento, no cabía duda.

—Adivina qué…

Elisa le miró con ojos brillantes. No tenía ni idea de lo que provocaba tal estado de ánimo en su marido, pero debía ser algo estupendo…

—¡Que ya han solucionado lo del ascensor y nos mudamos! —ella le miraba emocionada, y si no hubiese tenido a la niña en brazos, hubiese saltado del sofá.

—Bueno… Pues no… —la actitud de su mujer regresó a la línea base, a la tranquilidad de madre lactante en que la encontrara cuando llegó él. Pero la noticia que tenía que darle la emocionaría también:

—¡Pedralbes cuenta conmigo! Me ha llamado a su despacho y voy a dirigir un trabajo de investigación para el departamento. Para ello tengo que ser agregado, pero me ha dicho que no me preocupe, que en cuanto salga la oposición, él va a hacer cuanto esté en sus manos para que me convierta en el primer profesor agregado de la facultad. Y claro, de ahí a la cátedra, un paso… ¡Mi propio trabajo de investigación!…

Elisa compartió un pequeño porcentaje del entusiasmo de su marido, porque en resumidas cuentas, todo seguía aún en el aire: la

plaza de profesor agregado con su correspondiente salario aún se haría esperar. Y como no compartía la pasión de Mario por la investigación histórica, su emoción se limitaba a la satisfacción de sentirse orgullosa de él.

—¡Enhorabuena, cariño!

—Esta noche lo celebramos… He comprado una botella de cava, que un día es un día.

—¡Pero Mario…!

—No te haces ni idea de lo que esto significa para mí, Elisa…

—Pues nada, a celebrarlo. Por la tarde prepararé algo especial de cena, que te lo has ganado.

Elisa lo contempló mientras se alejaba hacia el dormitorio, con la chaqueta doblada en el brazo. Por la puerta abierta vio como deshacía el nudo de la corbata y se quitaba la camisa, que dejaba pulcramente extendida sobre la cama. Lo vio buscando el jersey de lana que se ponía para estar en casa.

«Mario… Te lo mereces, desde luego que sí. Te quiero tanto…».

Hubiese querido relatarle el terrible susto que se había llevado con la rata, pero ahora se sentía incapaz de estropearle un momento tan especial. Se mordería la lengua, aunque le costase hacerlo, aunque necesitase desahogar su angustia con él.

Comieron en silencio, él enfrascado en la buena noticia, saboreando las palabras del catedrático que aún resonaban en su cabeza; ella luchando contra las ganas de contarle lo sucedido, era un asunto grave que debía conocer. Decidió que se lo diría mientras cenaban, ahora debía saborear sin preocupaciones su momento de gloria. «Quien sabe, a lo mejor a la luz de las velas y tras una copita de cava, las ratas pasen a la categoría de bichos menores…».

—¿Por qué sonríes, cariño? —Mario la miraba con mucha dulzura.

—No, nada, estaba pensando en bichos, nada más.

—¿En bichos, con la de cosas agradables en las que tienes que pensar hoy? Como por ejemplo, con qué nos vamos a deleitar esta noche.

—¡Mario…!

Mario sonríe con picardía y aclara «Me refería a la cena…». Y Elisa sonríe también. «¡Pues qué lástima!».

Cuando Mario se fue, Elisa decidió dar una cabezadita en el sofá, hasta que la niña se despertase. Si es que el frío se lo permitía.

Eran las cuatro y media cuando la despertó el llanto de su bebé. Se había quedado dormida sin apenas darse cuenta. Tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse del cálido nido que había formado con las mantas en el sofá, se hubiera quedado allí tumbada un rato más, pero ahora era madre, y la niña no podía esperar.

«Ya voy, mi vida».

Siempre era una satisfacción amamantar. Le fascinaba la sincronización de su cuerpo con el de la criatura, un sistema perfectamente coordinado en el que, minutos antes de que la pequeña reclamase su alimento, su cerebro ya mandaba la señal para que la leche acudiese a su pecho. Disfrutaba tanto de aquellos momentos de absoluta calma, solas su hija y ella en perfecta unión.

Miró por la ventana de la cocina. Los árboles del fondo apenas se veían, pues la densa niebla de la mañana dio una ligera tregua a mediodía, pero había despertado de nuevo y ahora se extendía como un velo lechoso sobre el pequeño huerto. Por un momento se alegró de no tener que salir, hasta que se acordó de la celebración que tenían pendiente. «¡Uy, pero si tengo que ir a comprar algo especial para la cena!». Decidió sacudirse la pereza e ir cuanto antes. En cuanto la niña terminase de mamar, la dejaría con Teresa un momento y regresaría enseguida.

Cambió a la pequeña, la envolvió en el chal y la metió con cuidado en la cuna, dentro de la cual aún se percibía el agradable calorcillo emanado por su cuerpo. No estaba dormida, así que permaneció unos minutos a su lado, contemplándola embelesada, hasta que cerró los ojos, esos ojos de color aún indefinido que ya reconocían su rostro, estaba segura. Entornó las contraventanas más que nada como medida contra el frío, pues la tarde estaba tan oscura que en media hora el cuartito estaría en sombras, y salió cerrando la puerta tras de sí, temerosa de que la rata regresase, si es que se había

ido. «Vaya, ha habido suerte, se ha cerrado». Porque era difícil que el pestillo quedase adecuadamente encajado en su hueco.

Cuando salió de la habitación de la niña y vio la botella de cava sobre el aparador, la cogió y se la llevó a la despensa, allí hacía tanto frío que en un par de horas estaría a la temperatura perfecta.

Se vistió con rapidez, la habitación de matrimonio era como la nevera de la que carecían «¡Y yo pensando en comprar una!» y se disponía a ir a casa de Teresa, cuando la estridencia del timbre le hizo dar un respingo. Abrió a toda prisa, no quería que le despertasen a la niña, no sin antes descorrer la mirilla, era una precaución que tomaba desde la indeseable aparición de Ricardo.

—Hola, Elisa —saludó Teresa— Tenemos un problema más serio de lo que creíamos, porque Juliana también ha visto una rata, en el patio. ¿Sabes qué quiere decir, verdad? ¡Qué comienzan a invadirnos!

Elisa cambió la sonrisa por una mueca de repugnancia, que enseguida se transformó en un gesto incuestionable de alarma:

—No me digas eso, Teresita, por favor… ¡Con lo contenta que estoy yo!

—¿Y eso, si pude saberse?

—Cosas de Mario y de sus asuntos en la universidad, está tan entusiasmado que ha comprado hasta una botella de cava, quiere que lo celebremos luego…

«¡Ay Elisa, si supieras las ganas que tengo yo de probar el cava ese…!».

—¡Pues a celebrarlo, demonios, que una puta rata no te amargue la noche! —Teresa se tapó la boca sonriendo, como haría una niña pillada en una travesura, porque su vecina le había aconsejado una y mil veces que eliminase los tacos de su vocabulario— Se me ha escapado, Elisa.

—Hoy te lo perdono. Y tienes razón, no dejaré que una rata me estropee la tarde… ¡Por muy puta que sea!

Ambas estallaron en carcajadas y rieron hasta que no pudieron más. Una vez repuestas del reconfortante ataque de risa, Teresa se puso seria de nuevo:

—Si te parece, le preguntamos a Juliana, puede que entren por algún agujero y sería bueno encontrarlo.

—Espera un momento…

Elisa entró en la salita, pegó el oído a la `puerta del cuarto del bebé, y tras asegurarse de que dormía, cogió una chaqueta del dormitorio y se la puso encima del jersey que ya llevaba. «Con la niebla que hay, tiene que hacer un fríoo…». Cogió las llaves instintivamente, más que nada por si se le cerraba la puerta, pero no cerró del todo, así podría oír más fácilmente si la niña despertaba. La casona era como un reducto dentro del barrio, y no era extraño encontrar las puertas abiertas, como la de Teresa cuando sus hijos entraban y salían del patio, o la de Justina cuando iba a por el pan. Estando reunidas en el patio, podían controlar fácilmente si alguien entraba en el edificio, el arrastrar de la vieja y enorme puerta sobre el suelo de barro era inconfundible.

Salió al portalón, precedida por Teresa, que ya sujetaba la puerta cristalera.

Llamaron a casa de Juliana y esperaron. Al cabo de unos segundos la mujer abrió y comenzaron a hablar del desagradable asunto de las ratas. En un segundo plano, Dolores asistía a la conversación como un convidado de piedra.

—Juliana, ¿Puede acompañarnos un momento? Así nos dice dónde vio a la rata.

—Cómo no, señoras…

Juliana entornó la puerta más de lo debido, y esta se cerró.

—¿Dónde estaba, en esta esquina, dice usted?

—Ahí mismito… Era grande, la condenada rata. A mí no me dan grima, menos mal. Yo lo he dicho para que lo sepáis, que los niños son pequeños y esos animales muy voraces. En mi pueblo, hace ya ni sé, un niño de teta apareció devorado por…

—¡Ay por dios, Juliana, no nos dé detalles, que las dos tenemos niños! —Teresa estaba tan asustada como Elisa, cuya cara era un poema.

«¡Qué mujer, se podía haber ahorrado el comentario!».

—Si os lo digo, es para que abráis bien los ojos.

—Pues precisamente para eso estamos aquí, y no tenemos toda la tarde, así que manos a la obra.

Teresa se remangó las mangas del jersey en un gesto muy suyo del que no prescindía ni en tardes heladoras como aquella, y comenzó a recorrer el perímetro del patio. Elisa hizo lo propio desde la otra esquina, mientras Juliana seguía erre que erre, contando macabras historias sucedidas antaño, enlazando el tema de las ratas con desagradables muertes de lo más rocambolesco.

—¡Aquí hay un agujero! Pero parece muy pequeño…

—Me vas a perdonar, Elisa, pero bien se nota que eres de barrio fino, por lo poco que sabes de estos animales. Los roedores pueden colarse por donde ni te imaginas. Yo creo que se aplastan los huesos, y hasta las vísceras si se tercia…

«Qué asco».

—Es verdad, Elisa. Se cuelan por el agujerillo más menudo… Puede que hayan entrado por aquí. Y una vez en el patio, bien fácil lo tienen para entrar en cualquiera de nuestras casas. ¡Siempre dejamos las puertas abiertas!

Elisa repasó mentalmente. Había dejado el cuartito de la niña bien cerrado.

—¿Y ahora, qué? ¿Hay que taparlo, o qué hacemos?

—Esto lo cierra *mi Jose* mañana mismo. Aquí se ponen unos cristales rotos, se tapa con masa, y a rezar.

—¿A rezar para qué?

—¡Ay Elisa, hija, no sabes lo que son estos bichos…! Yo he oído decir que hasta cristales comen.

—No creo, mujer… —Elisa la miraba con los ojos tremendamente abiertos. Las ratas no solo le repugnaban profundamente, ahora también le daban muchísimo miedo.

«¡Ay dios mío, que yo no aguanto aquí dos meses con este problema!». Por un segundo, el pánico se apoderó de ella. «Me voy a casa de mis padres».

—Que sí, Elisa —terció Juliana— que a mí me contaron…

Estuvieron en el patio más de media hora.

Elisa Empujó la puerta que había dejado entornada, aún con la mente puesta en las repulsivas ratas, y cerró. Dejó las llaves sobre el aparador de la sala y se acercó a la estufa. La estancia en el patio no había contribuido, precisamente, a que su cuerpo entrase en calor. Pensó, mientras se restregaba las manos con vigor buscando el efímero calor del butano, que la niña no había despertado «Estará a punto de hacerlo». A continuación fue hasta la cocina, donde contempló con satisfacción cómo ardía el carbón al rojo vivo. La pequeña estancia estaba increíblemente cálida. En cuanto diese de mamar a la niña, allí sentada, entraría en calor, pero antes de ofrecerle a su hija aquel pecho destemplado, se tomaría un vaso de leche casi hirviendo.

Se acercó de nuevo a la puerta de la salita, y como no oyó nada, regresó rápidamente a la cocina. «A ver si me da tiempo…».

La oscuridad avanzaba a pasos agigantados. Desde la ventana de la cocina podía verse una luna casi llena, rodeada por un halo que esparcía su luz lechosa en círculos concéntricos. «Noche de helada, sin duda».

Tomó a sorbos la leche humeante mientras contemplaba el resplandor metálico del cielo, y le daba vueltas a la posibilidad de huir. «¿Huir, Elisa? ¿De qué?». Huir de las ratas, del frío, y regresar así a la facilidad de una vida de cuento, sin penurias, sin sustos, sin incomodidades… Y sin el hermoso y acogedor cuerpo de Mario abrazado desnudo al suyo, sin el contacto de su boca húmeda acariciándola en esa oscuridad cómplice en la que el tiempo quedaba detenido… Porque Mario no la acompañaría, era tan obstinado… cierto que sin su determinación muy difícil lo hubiese tenido para

salir adelante. Era un hombre hecho a sí mismo, con las ideas muy claras, una de esas personas tan honradas que preferirían morir antes que traicionarse. No, aunque Mario comprendiese y acatase la decisión que ella tomase, no la acompañaría… Él estaba demasiado seguro de cuál era su sitio… ¿Y el de Elisa? ¿Dónde estaba el lugar de Elisa? ¿Incondicionalmente al lado de su marido… o debía pensar en la seguridad de su pequeña?

«Voy a olvidarme de todo, vamos a cenar, a celebrar, a amar, que ya queda poco…».

Consultó el reloj: o se daba prisa, o podía irse olvidando de preparar una buena cena. Todavía tenía que amamantar al bebé. «Qué raro que no esté rechistando ya… Se ve que ha cogido bien el sueño».

Esperó un poco más, al calor de la bilbaína, pensando que si tenían gambas, compraría unas pocas, las haría al ajillo, en una cazuelita de barro sobre la lumbre. Se estaba tan a gusto allí… Pero se le iba a hacer demasiado tarde, si quería las gambas tendría que acercarse a las tiendas del centro, así que decidió despertar a la niña.

Entró en la salita y fue directa al cuartito de Elisa. Solo cuando fue a abrir, se percató de que la puerta no estaba como ella la dejó. «Vaya, ya se abrió…». Pero no se extrañó demasiado, una simple corriente de aire era suficiente para sacar al pestillo de su precario equilibrio dentro del cerradero.

Empujó la hoja y penetró en la oscuridad del cuartito, que olía a la suave colonia de baño del bebé. Se asomó a la cuna con la sonrisa maternal puesta, una sonrisa que afloraba inconscientemente en cuanto establecía contacto con su hija, y que se desdibujó repentina y sorpresivamente al retirar las mantitas, cuando sus manos palparon el vacío de un aire que aún conservaba la esencia de la pequeña. El corazón de Elisa se detuvo por unos segundos, para comenzar a latir de nuevo, ahora torpemente, como desbocado, al ritmo desordenado de una realidad imposible. Los primeros instantes fueron de un atroz desconcierto… sus manos retirando, en un acto irracional, las sábanas hacia atrás, desarmando la ropa de la cuna en una búsqueda tan absurda como frenética… Después vino la desorientación, la

sensación vertiginosa de haber perdido todas las referencias, de no saber quién era ni qué hacía allí, porque la realidad que se exhibía sin recato ante sus ojos era de otra dimensión, de otro espacio-tiempo, porque en el suyo sus manos estarían palpando el cuerpecillo cálido de su bebé. En aquellos primeros instantes no sintió pánico, miedo tampoco, pues aún no había procesado por completo la información recogida por sus órganos sensoriales. Finalmente, cuando constató que su realidad, la única posible, era la de la cuna vacía, llegó la desesperación.

Encendió la luz, miró con ojos desorbitados por la habitación, y salió de allí tambaleándose, porque las piernas le temblaban tanto que apenas se sujetaba en pie.

Miró sobre la cama de matrimonio en una búsqueda enfermiza y absurda, agotando la improbable posibilidad de haber dejado allí a la niña en un imperdonable lapsus. Por la misma razón miró dentro del cochecito, mientras los segundos de esta nueva e incomprensible realidad transcurrían a toda velocidad, como una perversa constatación de que la última ficha del recorrido acababa de caer. Y siguió mirando, en la despensa, y en el cuarto del retrete, y en la cocina…

Salió disparada hacia la entrada, golpeándose el hombro con el marco de la puerta, pero ni se percató de ello. Empujó la cristalera que separaba el portalón del patio y llamó con dedos temblorosos en casa de Teresa.

Ella la recibió con su afable sonrisa de siempre, que se deshizo en segundos al percatarse del cuerpo convulso de Elisa y de la palidez alarmante que asomaba a su rostro, contraído en una mueca extraña y aterrada.

—La niña —tartamudeó Elisa, sus dientes castañeteaban, apenas podía controlar la tiritona— no está… en la cuna…

—¿Qué estás diciendo, Elisa?

Teresa, llevada por la intuición, comprendió que no era momento de explicaciones, así que no había terminado la frase cuando salía disparada hacia la casa de su vecina, seguida por la angustiada madre.

Sin perder un segundo, se precipitó hacia el cuartito de la pequeña, y contempló con ojos extrañados —a continuación aterrados— la cuna vacía. De allí pasó al dormitorio de matrimonio, donde en un acto tan carente de lógica como el que impulsara a Elisa a hacer lo mismo, miró hasta debajo de la cama. Y así, sucesivamente y a toda velocidad, registró todas y cada una de las estancias, para llegar a la dramática conclusión —algo que su cerebro le gritó nada más acercarse a la cuna y que ella se negó a aceptar— que la niña había desaparecido. Elisa la seguía a todas partes con unos ojos tremendamente grandes, los ojos del miedo.

—Quieta aquí, no te muevas —Teresa se percató entonces de que no tenía más remedio que hacerse con el control de la situación — No tardo nada. Cierra la puerta y no te muevas, ¿me oyes?

Elisa asintió y se sentó temblorosa en el sofá, comenzaba a abatirse sobre ella una nube negra que le nublaba la visión, así que delegar en Teresa era su única posibilidad de sujetar una vida tranquila y feliz que ahora se precipitaba al vacío.

Teresa salió a la calle, sus andares toscos de piernas desnudas y apresuradas dirigiéndola hacia la droguería, esa tienda de la vuelta de la esquina donde tenían teléfono. Iba en zapatillas e inadvertidamente llevaba el delantal puesto. Empujó la puerta con rudeza, y el tendero, que intentaba resolver un crucigrama para apaciguar el aburrimiento de una tarde de perros que mantenía a las clientas al abrigo de la lumbre, no disimuló su incomodidad.

«Vaya, qué querrá esta ahora…». Teresa no era buena clienta, compraba poco, y además era de las que solicitaba el aplazamiento del pago —«Señor Pedro, apúntemelo en la cuenta»— el cual no solía hacer efectivo hasta principios de mes. No, esas clientas que le confundían con una entidad financiera, no eran de su agrado… ¡Pero qué remedio le quedaba que atenderlas, aun así!

—Buenas tardes, señor Pedro… ¿Podría utilizar su teléfono, por favor? ¡Es un asunto urgente!

«Si es que uno es bueno y le toman por tonto… Encima de lo uno, lo otro… ¡Cómo que a mí me regalasen el dichoso teléfono!».

—Mire, Teresa, sintiéndolo mucho mi teléfono no…

Teresa juntó las manos en un gesto de clara súplica:

—¡Por Dios, es para llamar a la policía!

Los ojos del tendero se abrieron desmesuradamente. La aparición de Teresa prometía disipar las tediosas horas que aún habría de soportar en aquella tarde neblinosa y fría, en la que no había hecho ni un real de caja.

—¡No me estará tomando el pelo!

—¡Pero señor Pedro, no me venga con esas, que hay cosas con las que no se juega! Además no le pido el favor para mí, sino para la señora Elisa…

El semblante del droguero mutó. Si era para la señora Elisa, la cosa cambiaba… Se arrepintió al instante de su negativa inicial, y con gesto contrito le indicó a Teresa la trastienda.

—Pase y llame…

—¿Y no me podría usted ayudar? Verá, yo no sé cómo se maneja este chisme, y además no sé el número… Y ella se ha quedado sola, tengo que volver su lado…

El señor Pedro comenzaba a intuir la gravedad del asunto en los gestos de Teresa, en el nerviosismo, en sus ojos angustiados.

—Marche, marche, que ya aviso yo… —el desasosiego contagioso de Teresa comenzó a imponerse sobre su curiosidad, que era mucha— ¿Y qué tengo que decir, qué ha pasado?

—Dígales que vengan, a toda prisa, que la niña de Elisa ha desaparecido de la cuna.

Al cabo de unos minutos, una cercana patrulla de la policía llamaba a la puerta con autoritaria insistencia. Teresa abrió con lágrimas en los ojos, y se apartó dócilmente para dejarles paso, le imponían demasiado aquellos hombres armados, pese a saber que estaban allí para ayudarlas.

—Pasen, pasen ustedes…

Elisa resultaba de poca ayuda, estaba confundida y temblona, y cada vez que intentaba relatar lo sucedido, comenzaba a llorar con la cara entre las manos. Así que fue su vecina quien comenzó a responder al interrogatorio de los guardias.

Tras registrar concienzudamente la vivienda, una vez escuchado

el somero relato de los hechos, y llegar a la conclusión de que, en efecto, la criatura no estaba en la casa, decidieron pasar el aviso a jefatura.

—¿El marido de la señora no está? —le preguntaron a Teresa.

—No, señor… trabaja en la universidad… Si pudieran ustedes avisarle, por Dios…

—No se preocupe, señora.

Tras recibir la orden de que no se moviesen de allí, uno de los guardias se quedó custodiando la entrada al edificio, rifle en ristre, mientras el otro se alejaba, echando humo, calle abajo.

En el sofá de la salita, Teresa abrazaba amorosamente a Elisa, quien con la cabeza apoyada en el hombro de su vecina escuchaba sus palabras de consuelo, palabras dulces y cargadas de esperanza, que eran como un bálsamo para su corazón agrietado.

El aviso de la desaparición de una criatura de apenas dos meses llegó a Jefatura Provincial a las seis y media de aquella tarde de enero, triste y neblinosa. El subinspector Urriaga estaba de guardia, había transcurrido poco más de un año desde su ascenso a subinspector de primera y solo tres meses desde el nacimiento de su primera hija. Supo desde el primer momento que aquel caso le iba a tocar especialmente.

El inspector Velasco —cincuenta y dos años, incipiente alopecia, bigote corporativo y ojos incisivos, siempre alerta— y Urriaga llegaron en coche oficial al viejo edificio. Cuando traspasaron el portalón, la niebla era tan densa que calaba como una lluvia imperceptible e insistente. Fue Teresa quien les recibió, un poco más calmada, pero cada vez más consciente del dramático giro que aquella tarde, aparentemente tranquila, había dado en apenas un par de horas.

—Buenas tardes, señoras.

Tras hacer las oportunas presentaciones y mostrar la chapa con absurda rapidez, como si quisiesen ocultarla de los ojos asustados de las mujeres, los policías tomaron asiento en el sofá de la salita. Velasco comenzó a hacer todo tipo de preguntas, mientras el subinspector tomaba notas en una libreta pequeña de tapas sobadas.

—Cuéntenme todo lo sucedido, sin omitir ningún detalle, por insignificante que pueda parecer, es de vital importancia que no pasen nada por alto.

Elisa comenzó a hablar, pero de nuevo la constatación de una realidad tan cruda como difícil de asumir, le impedía elaborar un discurso coherente. Teresa acariciaba su mano fría y la miraba con infinita ternura.

—¿Usted estaba presente? —Al ver que iba a ser difícil reconstruir los hechos mediante el testimonio de Elisa, decidieron apoyarse en Teresa.

—Sí, señor. Bueno, a medias…

—¡A ver si nos aclaramos…! Comience a relatar desde el principio, por favor.

—Sí señor —Teresa tragó saliva, el inspector tenía poca paciencia— Yo he llegado cuando mi vecina me llamó para decirme que la niña había desaparecido.

—¿Así, por las buenas? ¿La madre no se ha ausentado en ningún momento del hogar?

—A medias —sentenció Teresa, convencida, mientras Velasco elevaba los ojos al cielo y Urriaga levantaba la vista de las hojas grisáceas de su libreta de notas.

—A ver, señora… ¿Se ausentó la madre, sí o no?

Teresa a punto estuvo de contestar otra vez lo mismo. «A medias». Pero reaccionó a tiempo. Se remangó, como si en el gesto fuese implícita la resolución necesaria para centrase y colaborar lo mejor posible, y debía hacerlo, porque de su testimonio dependía quizás que la pequeña Elisa volviese de nuevo a la calidez de su cuna de princesa.

—Esta mañana mi vecina vio una rata saliendo del cuartito de la niña, y por la tarde vimos otra en el patio —Elisa corroboraba sus palabras asintiendo, lacrimosa— En cuanto me enteré de ello vine a avisar a Elisa, y salimos juntas a buscar el agujero por donde pudiesen haberse colado.

—¿Sabe usted si cerró la puerta del piso? —Se dirigían a Elisa, quien negó con la cabeza. La pregunta en boca del inspector Velasco adquirió una dimensión nueva, de enorme gravedad. Teresa corroboró:

—Ya le pudo asegurar que no. Si no salimos del edificio, nunca cerramos las puertas. Nos creíamos tan a salvo dentro de la casa…

—¿Puede usted decirme cuánto tiempo permanecieron en el patio?

—Bufff —resopló Teresa— eso sí que no se lo puedo decir, solo

me pongo el reloj de pulsera en las ocasiones especiales. No le puedo decir, señor.

—Creo que media hora —afirmó Elisa débilmente. Iba a añadir que los horarios de las tomas de la niña eran la mejor referencia para medir el tiempo, pero entonces se percató de algo que hasta entonces le había pasado desapercibido: sus pechos goteaban leche, y la humedad había traspasado los tejidos y dibujaba ya un círculo oscuro sobre la lana de su chaqueta. Se tocó inadvertidamente, y al sentir la tibieza de ese líquido con el que amamantaba a su hija, se derrumbó:

—¡Mi niña, Dios bendito, dónde está mi pequeña! —casi aulló Elisa, desesperada.

Teresa la acogió de nuevo, amorosa, entre sus brazos.

—Tranquilícese, señora, haremos todo lo posible por encontrarla, para eso estamos aquí —intervino el inspector Velasco — Urriaga, eche un vistazo al patio ese del que hablan, que ahora voy yo— Señora, ¿Desde el patio puede verse el portal de acceso al edificio?

—No del todo, señor, hay una puerta cristalera con el vidrio esmerilado. Y no desemboca en el mismo patio, sino en un pequeño corredor, en el que está la puerta de mi vivienda.

—Para que nos entendamos, si alguien hubiese entrado en el portal mientras ustedes andaban ocupadas con lo de las ratas, ¿Le hubiesen visto?

—Puede que no, pero sí hubiésemos oído el ruido que hace la puerta al arrastrar sobre el suelo.

—¿Y no oyeron nada?

Teresa miró de refilón a su vecina, antes de responder. Elisa negó débilmente con la cabeza.

—No, señor —respondió Teresa— Quizás estábamos demasiado entretenidas con nuestra conversación.

—Y el portalón ese, ¿Cómo está habitualmente, cerrado?

—No, señor. Hace años que no cierra del todo.

—¡Y aun así dejan ustedes las puertas abiertas…! ¡Qué inconsciencia!

En ese momento Elisa rompió a llorar sin aspavientos, como resignada de pronto a las consecuencias de un error fatal que debía pagar. Urriaga, que acababa de regresar del patio, la miraba apenado. No quería ni imaginarse a su esposa pasando por aquel trance. Pensó que Velasco, a pesar de ser un excelente policía, carecía a veces de la sensibilidad necesaria en casos tan delicados como aquel. Se mesó el cabello, que llevaba engominado y pulcramente peinado hacia atrás, decidido a encontrar a esa pequeña, aunque tuviese que estar día y noche investigando la desaparición.

—Urriaga, plano del edificio. A mano alzada, no hace falta que saques la regla, que nos conocemos —El aludido torció ligeramente la boca en un gesto de clara contrariedad ante la observación del inspector, quien no se molestaba en disimular su incomodidad ante lo que frecuentemente denominaba, con cierta sorna, «métodos de principiante de academia» de su subordinado— Marca en él las viviendas que hay en el edificio, con el correspondiente nombre de los inquilinos. Y vamos a interrogarlos a todos.

En ese momento apareció Mario. Urriaga supo al instante que era el padre, la cara desencajada de aquel hombre empapado por la niebla meona hizo las presentaciones.

Sin apenas prestarles atención, se abalanzó sobre su mujer, la joven desvalida que se apartaba con manos temblorosas los mechones de cabello que tapaban, desgreñados, unos ojos enormes y aterrados.

—Elisa, cariño, ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está la niña?

—Las ratas, Mario, las ratas… —balbuceaba Elisa, incapaz de controlar el temblor que se había apoderado de nuevo de su cuerpo menudo.

Teresa, que se había apartado discretamente para dejar paso a Mario, le explicó someramente lo ocurrido.

—¡Por Dios, Elisa, por Dios! ¡Cómo no cerraste! ¡Por Dios, mira que dejar la puerta abierta!

Aquel fue el primer reproche de los que habrían de llegar. Curiosamente, el llanto desconsolado de su mujer no le hizo

arrepentirse de sus palabras, tenía que desahogarse, tenía que culpar a quien fuese para poder seguir adelante. Aunque fuese a su amada Elisa.

La policía interrogó a Mario. Fue él quien les puso al tanto de la polémica identidad del abuelo materno de la niña, el abogado Antonio Gil. Aquel dato era en extremo relevante, pues podía ser clave para elaborar el móvil del secuestro, que bien pudiera ser el deseo de venganza, o la pretensión de pedir un cuantioso rescate.

Y al mencionar a su suegro, Mario pensó que en esta ocasión debía dejar su orgullo de lado, por su hija. Antonio Gil era amigo personal del Gobernador Civil, y aquella circunstancia les ayudaría, sin duda, a que no se escatimasen recursos en la búsqueda de su pequeña.

—Por cierto, inspector… ¿Podrían dar el aviso de lo sucedido al señor Gil?

Los efectivos policiales patrullaban sin descanso por la zona, interrogando, vigilando y alertando a los serenos para que avisasen de cualquier incidencia que se produjese en el barrio. Quienes se hubiesen llevado a la niña no podían haber ido muy lejos, pues se había actuado con relativa rapidez.

Cada vez cobraba más fuerza la hipótesis de que la niña fue sustraída mientras la madre estaba en el patio. Ahora bien, si el secuestro fue planeado, alguien habría estado vigilando a Elisa y aprovechó la circunstancia de la puerta abierta para llevarse a la pequeña. O puede que, simplemente, entrasen a robar, y al no encontrar dinero, se llevasen al bebé. No sería el primer caso —ni desgraciadamente el último— de un lactante robado y posteriormente vendido, generalmente a matrimonios pudientes incapaces de engendrar un hijo propio. Un recién nacido sano podía ser una mercancía muy valiosa. Velasco había estado investigando una supuesta red de tráfico de niños en la Casa Cuna, en la que todos los indicios apuntaban como principales sospechosos al médico de la maternidad y a una de las enfermeras que trabajaban

con él. No llegó a esclarecerse nada, pues cuando la investigación comenzaba a avanzar, recibieron la repentina orden de abandonarla. Al inspector no le extrañó lo más mínimo, pues esos niños eran hijos de mujeres solteras y sin recursos, y seguramente alguien de arriba consideró que tal investigación solo servía para despilfarrar inútilmente tiempo y dinero del contribuyente: al fin y al cabo, si realmente las criaturas eran acomodadas en familias pudientes, se les estaba dando la oportunidad de salir adelante de la mejor manera posible. E independientemente de lo que Velasco pensase al respecto, una orden era una orden.

Sea como fuere, hoy se encontraba inmerso en una investigación que deseaba resolver con prontitud. Alguien había sacado a una niña de apenas dos meses de su cuna, y se la había llevado. Y había que encontrarla, antes de que fuese demasiado tarde.

Lejos estaba el inspector de sospechar que en aquel caso trabajaría bajo presión extrema: en pocas horas el mismísimo gobernador civil estaría al tanto de la desaparición de la nieta de Antonio Gil.

Pero en la mente confusa de Elisa, una terrible suposición comenzaba a crecer como el moho negro lo hacía sobre el yeso húmedo de las paredes. Casi las había olvidado ya, pero ahora volvían, amenazadoras, las palabras que Ricardo, aquel hombre despechado, pronunciase hacía unos meses.

Urriaga ya había revisado el patio y había dibujado un croquis del edificio con la ayuda de Mario, aunque la impresión general apuntaba a la inutilidad de buscar a la niña adentro, estaba bastante claro que las circunstancias habían propiciado que alguien ajeno al edificio se la llevase.

Los policías ahora sabían que en la casona solo vivían tres familias: el joven matrimonio cuya hija había desaparecido, la tal Teresa con su marido e hijos, y una señora viuda con su hija soltera. El subinspector, buen conocedor del protocolo a seguir en toda investigación, ya había entrevistado a la mujer, que como era obvio, no aportó nada nuevo. La hija estaba indispuesta —comentó la madre— así que la interrogarían al día siguiente, aunque su declaración poco podía aportar, al haber permanecido toda la tarde en la casa. Ni siquiera había salido al patio con las demás mujeres.

—Inspector, hay un pozo, y en uno de los laterales, las puertas de las carboneras. Nada de particular.

El inspector hubiese deseado decirle a su subalterno que revisar el pozo era indispensable, al fin y al cabo el portal siempre estaba abierto, y no podían descartar la terrible posibilidad de que hubiesen secuestrado a la niña con afán de venganza y la hubiesen arrojado a los pocos minutos allí, en cuanto el patio quedó despejado… Aquella hipótesis no podía explicarla ante los padres de la criatura, pero tenía muy claro que las profundidades del pozo serían necesariamente exploradas.

Velasco escuchaba al subinspector, cuando el timbre de la puerta les sobresaltó a todos. Urriaga acudió a abrir, con el alma en vilo.

—Buenas noches, señores.

Antonio Gil y su esposa entraban por vez primera en la pequeña

vivienda. Él no tenía ojos más que para contemplar la imagen desolada de Elisa, mientras Matilde miraba con desaprobación a su alrededor, antes de acercarse llorosa al sofá, los brazos extendidos hacia su hija, propiciando el abrazo. «¡Querida hija mía, tenías que haberte venido con tu padre y conmigo!».

Y allí tomó asiento la abuela de Elisa, conmocionada por lo sucedido, dejando brotar por primera vez en mucho tiempo unas lágrimas que Matilde Ruiz habría contenido delante de aquellos extraños. Una abuela desolada, sentada al lado de su hija, aceptando el frío y la incomodidad de aquella vivienda humilde como justa penitencia, mientras la luz mortecina de una bombilla desnuda envolvía el ambiente de tristeza.

Poco más podía hacerse por el momento, la noche avanzaba y los policías se despidieron, después de poner al tanto a los familiares de la niña de los pasos que se darían al día siguiente en la investigación. No obstante, las patrullas nocturnas seguirían buscando.

Allí se quedaron los padres y los abuelos, en un silencio doloroso y espeso, incapaces aún de digerir una realidad anómala, repentina, rocambolesca.

Mario fue a la farmacia de guardia, y regresó con unos tranquilizantes, puede que Elisa los necesitase, la noche iba a ser demasiado larga. Pero Elisa, encogida dentro de su jersey de lana, sabía que había llegado el momento de hablar:

—Papá… —Antonio se volvió hacia su hija, los ojos rebosados de ternura, de sufrimiento— Tengo algo que decirte.

Y Elisa, encerrada con Antonio en la habitación de matrimonio, le relató lo sucedido aquel día en el que recibió la visita de Ricardo, sin olvidarse de aquella amenaza velada, aun a riesgo de que su padre pudiese sentirse dolido con ella, quizás defraudado. «Papá, ayúdame a contárselo a Mario».

«¡Elisa, por Dios!».

Estas fueron las primeras palabras que pronunció Antonio Gil, tras relatarle su hija aquel encuentro con Ricardo en la casa, y estas fueron también las palabras que pronunció Mario cuando, con el rostro contrito, apareció en la salita después de reunirse a solas con su suegro. Porque cada vez estaba más claro que la amenaza del ex novio de Elisa era una pista, importantísima, a tener en cuenta.

—¿Cómo no me lo dijiste, Elisa? —Mario paseaba inquieto, dando unas zancadas tan largas a través de la pequeña habitación que esta se le quedaba pequeña en tres pasos, repeinándose el cabello en un gesto que su mujer ya conocía, un repeinarse compulsivo que había observado en él, solo cuando estaba muy nervioso— ¿Es cierto lo que me acaba de decir tu padre? ¿Esa es toda la confianza que tienes conmigo?

La frialdad en la mirada de él hizo que Elisa se encogiese, aún más, como si quisiera desaparecer de esa representación diabólica en la que, de pronto, se había convertido en protagonista involuntaria. Nadie parecía entender que solo le importaba su hija, nadie parecía percatarse de su tristeza, de su abatimiento, de su triste figura de madre espoliada, cuyos pechos nutricios, ajenos a la tragedia, seguían manando una leche que empapaba los tejidos hasta quedarse fría y reseca. «No seas demasiado duro con ella, te lo ruego» le había casi suplicado Antonio Gil momentos antes, pero además de desesperación por la imprudente conducta de Elisa, Mario estaba herido en su orgullo como hombre, como padre, su mujer le había dejado de lado, no había tenido la confianza suficiente con él como para contarle algo tan grave. Se sentía como si Ricardo Fuentes y todo lo que le rodeaba siguiesen siendo un asunto en el que él no

podía intervenir, reservado para la gente de clase alta, ellos sabían cómo lavar sus trapos sucios y lo hacían a escondidas del resto del mundo. Por eso no podía contener su rabia, acrecentada por la desesperación, por la preocupación que le causaba la ausencia de su hijita.

—Ya está bien, Mario, por favor… ¿No comprendes que torturando a tu mujer de esa forma no vas a cambiar nada? —terció Matilde Ruiz, que hasta el momento parecía ajena a la conversación de los esposos.

Mario se volvió hacia ella, las circunstancias eran tan adversas que hacían de cualquier comentario una chispa en un polvorín, la excusa perfecta para desahogarse y mostrar la cara oculta. En esos momentos de confusión, salían a la superficie las desavenencias, las ofensas y los rencores que, en condiciones normales, la adecuada conducta social mantenía convenientemente sepultados.

—¡Vaya por Dios, Matilde! Por lo menos hemos avanzado en algo: reconoce usted a Elisa como mi mujer… toda una sorpresa, porque pensé que, para usted, nuestro matrimonio era casi una farsa…

Matilde no se inmutó, Antonio hizo como que no había oído nada, y Elisa… Elisa se preguntaba por qué, todas las personas a las que amaba, se comportaban como fieras enjauladas, en lugar de proporcionarle el consuelo que tanto necesitaba.

—Si algo tengo claro es que debemos notificar de inmediato el suceso —continuó Mario— Quizás estemos perdiendo un tiempo precioso, quien sabe lo que ese depravado podría hacerle a mi pequeña —y recalcó el posesivo, como si quisiese dejar claro que, ante todo, era su hija.

—Pero Mario, no nos precipitemos, conozco a los Fuentes de toda la vida, Ricardo puede ser un poco impulsivo, sí, pero de ahí a ser un secuestrador…

—¿Se atreve a defenderlo, Matilde? ¡Esto ya es el colmo! —Mario se giró bruscamente, apartando sus ojos desorbitados de su suegra, para quedarse de cara a la pared, ignorando por unos segundos al resto del mundo, intentando tranquilizarse.

—¡Vamos a ver si ponemos un poco de orden en todo este berenjenal, por Dios! —Y Antonio se dirigió hacia su yerno, quien permanecía apartado, mesándose el cabello, desesperado— Matilde tiene razón, conocemos a los Fuentes, desde hace años. Si nos equivocamos al hacer semejante acusación, no nos lo perdonaríamos.

—¡Pero Antonio, que estamos hablando de su nieta, de nuestra hija! —ahora sí se volvió hacia Elisa y señalándola reforzó sus palabras— no creo que la amistad con esos Fuentes sea más importante que la vida de la niña.

Y yerno y suegro se enzarzaron en una discusión, en la que Matilde intentaba inútilmente meter baza, y mientras discutían, nadie se percató de que Elisa, sin coger el abrigo siquiera, había salido de casa.

Hacía muchísimo frío, pero Elisa no lo sentía. Caminaba decidida, solo ella podía resolverlo, recuperar a su hija. A medida que se fue acercando a los barrios céntricos, las luces y el ruido se intensificaban, ahora los cláxones de los vehículos se mezclaban con el ruido de los motores y con el bullicio de los viandantes, pero Elisa no veía, no oía nada. En su cabeza, un silencio negro, frío, espeso. Caminaba guiada por el instinto, en un recorrido desprovisto de realidad, en el que el tiempo se diluía entre el frío de la noche y dejaba de existir.

Una vez delante del portal, entró sin detenerse ante la mirada curiosa del portero.

—Un momento, señora…

Elisa le miró a los ojos, y el hombre, azorado, se disculpó. «Señorita, no la había reconocido, perdone usted…».

No tomó el ascensor, en lugar de ello subió a pie los tres pisos, sin pararse a encender las luces del rellano. Se detuvo ante una puerta de madera oscura, grande y encerada. En cualquier otro momento, hubiese tardado varios segundos en apretar el timbre, pues en cualquier otro momento se hubiese dado esos segundos para reconsiderar si lo que se disponía a hacer era lo correcto. Ahora no, Elisa no se paró a pensar, porque la realidad había dado un vuelco absurdo, y todo lo que aquella mañana misma regía el mundo y lo ordenaba, ahora carecía de sentido. Así que llamó, con fuerza, con insistencia, con una premura inusual, desconsiderada y descortés.

—Señorita…

La criada no tuvo tiempo de decir nada, Elisa ya estaba adentro y se dirigía con paso firme y mirada ausente hacia la sala iluminada al final del pasillo. Allí, sentada en el sofá, doña Menchu, la madre

de Ricardo, charlaba despreocupadamente por teléfono. Al ver a Elisa en el umbral de la puerta, su rostro se ensombreció, «Perdona, ya hablaremos en otro momento», fueron las palabras con las que cortó abruptamente la conversación, y tras colgar el aparato, contempló con tanta inquina como curiosidad a la joven que tenía delante, esa chica por la que tanto había sufrido su hijo Ricardo, quien de pronto se presentaba en su casa a unas horas extrañísimas y con un aspecto deplorable.

—Tengo que hablar con él, por favor…

—Elisa… buenas noches, ante todo… en fin, no sé a qué has venido, pero creo que por aquí ya no tienes nada que hacer.

—Quiero verle, por favor…

Y Elisa, desesperada, salió de la habitación y comenzó a recorrer los pasillos gritando el nombre de su ex novio, mientras la dueña de la casa, perpleja, se levantaba pesadamente del sofá. «Deténgala, Faustina, que parece una loca».

Pero ni el forcejeo simulado de Faustina —la criada no podía mostrarse contundente con aquella señorita tan delicada que, hasta hace bien poco, visitaba la casa como la prometida del señorito Ricardo— ni las alegaciones de la matriarca de los Fuentes podían con la determinación de aquella madre desesperada. Y desasiéndose sin problema de los débiles intentos que la sirvienta hacía para detenerla, fue abriendo una por una las puertas, elevando el volumen de su voz en cada intento.

—Elisa, no sé lo que te sucede. Ricardo no está.

—Necesito hablar urgentemente con él, es cuestión de vida o muerte.

Por un momento, Elisa retomó el control de sus actos y el contacto con la realidad, y entonces la lógica se impuso. ¿Cómo explicarle a esa mujer, que también era madre, que estaba casi segura de que su hijo Ricardo era el autor de la desaparición del bebé? Y de pronto, comprendió que la idea de que ella lo entendiese y colaborase era imposible. Aquella familia le guardaba rencor, la culpaban de la ruptura, seguramente la calificarían de promiscua, de mujer facilona, causante del sufrimiento de su hijo… No, era

imposible que colaborasen de buen grado con ella. Con toda probabilidad la echarían sin miramientos de su casa, quizás la acusasen de injuria, quien sabe hasta dónde serían capaces de llegar, con tal de vengar el agravio que supuso la ruptura del compromiso.

—No digas tonterías, Elisa, nada puede ser tan grave.

Pero Elisa perdió de nuevo el delgado hilo que unía sus actos y sus palabras con la lógica de la realidad, y habló llevada por su delirio, por la enajenación que desde hacía unas horas se había apoderado de su vida:

—Él se ha llevado a mi niña, necesito, por favor, que me la devuelva…

—¡Pero qué tonterías dices, mujer! Mira, Elisa, no sé lo que te habrá pasado, en realidad bien poco me importa ya. Solo por tus padres te haré el favor de llamar a tu casa y que vengan a recogerte. Y te daré un consejo: cuídate, tu nueva vida, esa a la que te lanzaste de cabeza, llevándote a mi hijo por delante, no te sienta nada bien.

Su ex suegra se dirigía de nuevo hacia la salita, decidida a llamar a los padres de «esa descerebrada», cuando la puerta de la entrada se abrió. Alguien dejó unas llaves sobre el mueble. Era Ricardo. Cuando dobló el recodo del pasillo, se dio de bruces con Elisa.

—Buenooooo… ¿Pero a quien tenemos por aquí?

—¡Devuélvemela, por Dios, Ricardo, por lo que más quieras! — Y Elisa agarró la manga de su americana, desesperada. Él se deshizo de su mano con gesto hosco.

—¿De qué me hablas, te has vuelto loca, o qué?

—No, aún no estoy loca, pero me volveré si no recupero a mi niña. Te lo suplico…

Ricardo, sarcástico, maliciosamente divertido, encendió un cigarrillo mientras se regodeaba ante un sufrimiento que Elisa no podía disimular. «Quien a hierro mata…». Aunque estuviese en su mano, él no pensaba mover un solo dedo para ayudarla.

—¿Quieres aclararte de una vez? ¿Qué demonios te pasa, guapa?

Elisa hizo poco caso de las miradas insistentes, lascivas, que se posaban mordaces sobre sus pechos abultados que, dibujados por las marcas húmedas dejadas por la leche, reforzaban su aspecto

descuidado. Ahora las humillaciones carecían de importancia, lo prioritario era recuperar al bebé:

—Mi hijita ha desaparecido, tú te la has llevado.

La madre de Ricardo se santiguó, la criada miró horrorizada primero a Elisa, luego al señorito, y este, cada vez más divertido, soltó una carcajada que pilló desprevenidos a todos:

—¡Estás como una cabra, mujer!

Y se encaminó pasillo adelante, mientras murmuraba lo suficientemente alto para que le oyesen: «¡De la que me he librado!».

Elisa, impotente, destrozada, abatida por la tensión nerviosa de las últimas horas, comenzó a llorar como una niña. Se sentía incapaz de plantarle cara, el mundo entero estaba en su contra.

—Será mejor que te vayas, Elisa… No sé lo que te sucede, quizás estés tomando medicación, no encuentro otra explicación a tu extraña conducta. Llamaré a tu casa, para que sepan que vas hacia allí.

—No se moleste, no es necesario, doña Menchu… No voy a casa de mis padres, regreso a la mía, donde me espera mi marido. Nuestra hija ha desaparecido esta tarde, y Ricardo, aunque usted lo ignore, me ha visitado, amenazándome. Él no quiere entrar en razón, así que no me queda otra opción que informar a la policía.

Y Elisa, intentando aparentar una dignidad que a los ojos de aquella gente había perdido hacía tiempo, enfiló hacia la puerta de entrada, mientras la que hubiese sido su suegra sacudía la cabeza, pensando que la pobre chica había caído en picado, lo cual, desde luego, se le estaba bien merecido.

—Señora… hace demasiado frío, si me permite, le voy a poner una pañoleta sobre los hombros, que se va a coger una pulmonía…

La señora dudó unos instantes antes de asentir sin demasiado convencimiento. No es que le importase demasiado que la malcriada hija de los Gil se enfermase, pero delante del servicio no era conveniente mostrarse despiadada, que luego le iban con el cuento al párroco. Así que Faustina echó a correr escaleras abajo con la pañoleta hecha un rebujo entre sus manos agrietadas. Alcanzó a Elisa ya saliendo del portal:

—¡Señorita, espere, por favor!

Elisa se volvió con desgana, y en cuanto estuvo a su altura, la criada le tendió la prenda:

—Póngaselo, no se vaya a enfriar, que está usted criando… —Aunque no sentía siquiera el frío inmenso del anochecer de enero, la joven lo aceptó, agradecida— Y señorita, ya sé que no debería estar diciéndole esto, pero el señorito Ricardo no es trigo limpio, sea lo que sea lo que le ha hecho a usted, bien capaz le veo, que le oigo hablar de usted y se me ponen los pelos de punta de los disparates que suelta…

Elisa se alejó caminando deprisa, mientras las palabras de la criada, resonando en su cabeza, afianzaban su suposición de que Ricardo era el causante de la desaparición de su hijita.

«¡Elisa hija, pero dónde estabas!».

«Por si no teníamos ya bastante, te ausentas, de repente, sin avisar».

«¡Pero cómo se te ha ocurrido, ya hemos dado el aviso a la guardia civil, temíamos que te hubiese pasado algo!».

La joven no se molestó en explicarles que la discusión sin sentido que tenía lugar cuando se fue no iba a ayudar en nada a encontrar a la pequeña, tampoco les reprochó el malestar que sintió cuando, además del dolor inmenso que sentía, se vio obligada a presenciar cómo las personas a quienes más quería se enzarzaban en reproches inútiles.

No se molestó en excusarse, ni en tranquilizarlos, tan solo dijo la verdad:

—He estado en casa de Ricardo, sé que me desea lo peor, por eso estoy segura de que tiene a mi hijita. Si no me acompañáis, iré yo sola a poner una denuncia.

Y de nuevo un estallido de opiniones encontradas, más reproches, voces que casi imperceptiblemente elevaban el volumen, intentando imponerse sobre las demás. Por fin Mario habló:

—Elisa, vamos a poner un poco de cordura en todo esto antes de volvernos locos… Te vas a tomar un tranquilizante y vas a adormir. Esperemos acontecimientos, dejemos que la policía haga su trabajo… Mañana por la mañana, si no hay novedades, vamos y ponemos la denuncia. Pero ahora necesitas descansar.

—No, Mario, no me hables de descansar, no puedo entenderte, nuestra hija está desaparecida, a saber en manos de quien, pasando hambre, quizás frío, se me parte el alma… ¿Es que no lo puedes comprender?… lo de Ricardo lo oculté para no hacerte sufrir, para

que estuvieses tranquilo y te centrases en tus investigaciones sin nada que distrajese tu atención, solo por eso, puedes creerme —la mirada de Mario se relajó unos instantes, había perdido los modales a causa de los nervios y quizás no se había comportado con Elisa de la forma más adecuada, ahora, más que nunca, debían permanecer unidos— Y no voy a esperar a mañana, es mi hija, Mario, así que contigo o sin ti, me voy a hablar con el inspector.

Al cabo de unos minutos, y pese a la oposición de Antonio y Matilde, partidarios de no actuar precipitadamente, ambos se dirigían a la comisaría, cabizbajos, derrotados. Toda la alegría de aquella mañana se había ido con su pequeña Elisa. La felicidad precedente era, ahora, todo sufrimiento.

El inspector aún estaba en su despacho, la desaparición de la niña era tan reciente que no se podía permitir el lujo de retirarse sin antes conocer las novedades de las patrullas que vigilaban las calles, y ordenar por escrito toda la información recabada. No se sorprendió cuando el joven matrimonio entró en el despacho. Mario, ahora más calmado, informó a Velasco del motivo de su presencia allí, y a continuación fue Elisa la que habló. El inspector escuchaba atentamente.

—Debe estar usted bien segura de lo que dice, no me gustaría presentarme en casa de los Fuentes —son gente con mucha influencia— y acusar a su hijo de algo que no ha hecho, como comprenderán, puede ser contraproducente. De todas formas, hubiese ayudado bastante que usted, señora, en su momento, hubiese presentado la correspondiente denuncia, por las amenazas recibidas.

—Cómo iba yo a pensar… en fin, conozco a Ricardo y a su familia desde siempre —Y Elisa miró, nerviosa, a su marido, pero al verlo bastante calmado, prosiguió— pensé que solo era una forma de intimidarme, estaba resentido contra mí, por lo que pasó, ya sabe.

—No sé qué decirla, Elisa, yo no creo que un joven como Ricardo Fuentes se la juegue así como así, por muy enfadado que estuviese. Créame, mi trabajo es resolver delitos, y no sé cómo decirle… no lo tengo tan claro.

—Quizás por eso, inspector —intervino Mario— quizás porque Ricardo Fuentes cree que, dada su posición social, puede estar por encima de la justicia, —y miró de reojo a su esposa antes de continuar— es lo que se creen la mayoría de las personas con dinero e influencia.

—Podría ser, no se lo niego, pero en este caso no se trata de Ricardo Fuentes llevándose a la criatura de una pobre infeliz, estamos hablando de su esposa, señor… Carriedo, y el suegro de usted es una persona con notables influencias, tantas como puedan tener los Fuentes. Es de esperar que Antonio Gil no se quedase cruzado de brazos. No sé, sinceramente, esta suposición no me cuadra.

—¿No será que no quiere usted buscarse enemigos?

Velasco miró con dureza a Mario, pero no respondió, el padre desolado que tenía delante era digno de compasión, así que mantuvo la compostura:

—No, señor Carriedo, el ejercicio de mi profesión y el cumplimiento del deber están, en mi caso, por encima de cualquier otra consideración. Mi prioridad es encontrar a su hija, y haré todo lo posible, todo, créame. Pero mi experiencia, mi «olfato policíaco» me dice que los tiros no van por ahí.

Mario vio la sinceridad en los ojos del inspector, el hecho de que aún estuviese en su despacho era una prueba de su entrega, al igual que sucedía con Urriaga, el subinspector tampoco se había ido a casa aún, y en cuanto reconoció las voces del matrimonio desde el despacho contiguo, se había incorporado a la conversación.

—Y entonces, ¿Qué hacemos, lo dejamos pasar o qué?

—No, señor Carriedo, nunca podemos descartar nada, en principio. Solo le hablo de andarse con pies de plomo, déjenlo en mis manos, retírense a descansar, es necesario que lo hagan para que conserven íntegras todas sus energías, créanme. Déjenme pensar en la forma más diplomática de actuar, solo nos faltaba meter la pata en un asunto tan delicado como este.

Elisa y Mario salieron al frío de la noche y caminaron abrazados, en parte para protegerse del frío, pero buscando sobre todo el calor

humano, el consuelo en el otro, compartiendo el sufrimiento. Las palabras del inspector les habían tranquilizado ligeramente respecto al tema de Ricardo, confiaban en que Velasco sabría cómo actuar.

Llegaron a casa y no cenaron. Se metieron entre unas sábanas tan frías como el abrazo de la muerte, dispuestos a pasar la noche más larga de sus vidas. Mario ofreció una pastilla a Elisa, quien incapaz de soportar ni un segundo más de aquel tiempo extraño, cayó rendida ante la seducción de ese fármaco que le garantizaría el olvido, la huida momentánea de esa habitación helada, de esa casa húmeda en la que ahora había una cuna vacía en la habitación de al lado, para sumergirse en el consuelo de un sueño profundo en el que no sucedía nada. Cogió con dedos temblorosos el vaso que su esposo le ofreció y tragó la píldora sin remordimiento, pues de seguir consciente, puede que muriese de pena.

Mario se quedaría vigilante, alguien debía estar despierto y esperar, esperar, esperar…

En cuanto el matrimonio salió por la puerta de la comisaría, los policías se miraron en silencio. Ambos estaban casi seguros de que el tal Ricardo, por muy bravucón que fuese, no se iba a jugar su posición, muy desquiciado habría de estar. Desde luego no estaba fichado, ni era conocido en las comisarías por sus escándalos, al contrario de lo que pasaba con otros jóvenes de clase alta, asiduos de los calabozos por sus aficiones al vicio descontrolado, más de uno pasaba la noche entre rejas hasta que, a la mañana siguiente, el influyente progenitor lo sacaba de allí mientras le juraba y le perjuraba que aquella sería la última vez que «le salvaba el culo».

Fue Urriaga quien, dejando aparte suposiciones, instó al inspector a actuar sin fisuras, en aquel caso la vida de una criatura estaba en peligro:

—Inspector, creo, con el debido respeto, que no estamos siendo tan estrictos como deberíamos, nuestro deber, independientemente de las enemistades que nos pueda acarrear su cumplimiento, es presentarnos en casa de los Fuentes e interrogar exhaustivamente al hombre.

El inspector, hecho un lío, estaba casi decidido a dejar un tema

tan delicado en manos de sus superiores: que ellos llegasen hasta el gobernador civil, y este dictaminase qué hacer, y como seguro que tenía tan buena relación con los Fuentes como con los Gil, no cabía duda de que le metería en un buen compromiso… «Para eso es el gobernador, para las duras y para las maduras», pensaba Velasco antes de que las palabras de su subalterno le obligasen a reconsiderar una decisión casi tomada.

—Temo meter la pata, Urriaga —aquellas palabras, inusuales en él, delataban la indecisión de su superior— si nos equivocamos, quizás nos pase factura.

—Es nuestro deber, señor, y me ha demostrado, desde que trabajamos juntos, que para usted es lo primero…

Y así, cuando ambos partieron hacia sus hogares, ya bien avanzada la noche, habían resuelto que lo primero que harían por la mañana sería interrogar a Ricardo Fuentes.

11 DE ENERO

Eran cerca de las nueve de la mañana cuando Velasco y Urriaga se presentaron en casa de los Fuentes. Al identificarse como policías, la criada retrocedió asustada, y tras dirigirles unas palabras nerviosas, les acomodó en la salita.

La primera en hacer su aparición fue doña Menchu, su hijo aún no se había levantado. Tras los reglamentarios saludos de cortesía, la señora fue al grano:

—Sabemos por qué están ustedes aquí, por la palabra de una loca. Se equivocan, señores, y esto no quedará así.

Velasco, aún temeroso de las consecuencias indeseables que pudiera reportarle a su carrera aquella visita, sacó a relucir un orgullo indomable, pero que le era tan útil en ocasiones como aquella:

—Con todos mis respetos, señora, tan solo somos servidores de la ley, no estamos aquí para escuchar amenazas de nadie, ni siquiera de usted —doña Menchu torció la boca, asqueada, no estaba acostumbrada a que un simple funcionario le replicase— tan solo intentamos hacer lo que creemos que debemos hacer, así que le ruego que nos facilite la labor instando a su hijo a que se presente, no me gustaría denunciarle por obstrucción a la autoridad…

Pasó media hora larga antes de que, con una parsimonia increíble y un cigarrillo ente los dedos, Ricardo Fuentes hiciese acto de presencia. Ambos policías, aun sin demostrarlo, estaban encolerizados, pensando que quizás estaban perdiendo un tiempo crucial para la investigación. Urriaga, que conocía bien a su superior e imaginaba que la espera había consumido una dosis importante de

su paciencia, sabía que como aquel tipo se pusiese chulo, Velasco era bien capaz de sacarlo de su casa esposado.

—Buenos días, señores. Ya sé que están aquí por algo que le sucede a mi ex prometida, y que como está algo aburrida últimamente, le ha dado por divertirse a mi costa…

—Señor Fuentes, por favor, le rogamos que facilite nuestro trabajo, las conclusiones las sacaremos nosotros, para eso estamos aquí. Y ahora, si es tan amable, responda a nuestras preguntas, la primera de todas, importantísima: ¿Dónde estuvo ayer, entre las cuatro y media y las seis y media de la tarde?

—Estuve con unos amigotes, echando unas partidas informales, de esas de pasar el rato. No regresé a casa hasta las… bueno, no sé la hora que era, solo sé que cuando volví, estaba aquí esa loca gritando no sé qué…

—Un poco de respeto, señor. ¿Hay alguien que pueda corroborar su coartada?

—Por supuesto, pero si piensa que voy a ponerle en contacto con mis amistades, está confundido. ¿Qué van a pensar de mí?

—Pues va a ser eso… o encerrarle por obstrucción a la justicia, usted elige —Urriaga se sorprendió de su propia valentía, pero no estaba dispuesto a que la chulería de ese niñato interfiriese en un caso tan grave como aquel.

—Hagan lo que les venga en gana…

Y Ricardo, contra todo pronóstico, se levantó y dejó a los policías con la palabra en la boca.

Había transcurrido media hora cuando un coche policial paró ante la puerta de la comisaría. De él descendía Ricardo Fuentes, maniatado y profiriendo todo tipo de amenazas contra los guardias que lo escoltaban. Pese a todo, sabía que resistirse más solo complicaría las cosas, así que no le quedó más remedio que sentarse de nuevo delante de aquellos dos policías y bajar un poco los humos antes de que ellos se encargasen de hacerlo.

—Les digo que está trastornada, no sé quién se habrá llevado a

su hijo, pero no he sido yo.

—Insisto, señor Fuentes —le interrumpió Velasco, cansado de oírle decir una y otra vez que él no tenía nada que ver con el secuestro de la pequeña— además de la declaración de doña Elisa, en la que ella afirma que usted la amenazó, hay una vecina que fue testigo de ello.

—¿Y van a fiarse de la palabra de esa mujer? —Ricardo rio grotesca, teatralmente— ¿Pero ustedes la han visto? ¡Dudo incluso que sea capaz de hablar! ¡Si parece un gorila!

—¡Ya está bien! No estamos aquí para juzgar la apariencia de la vecindad, estamos para intentar resolver un crimen en el que, de momento, usted es sospechoso.

—Llamen a mi padre. Quiero que venga con un abogado.

El inspector Velasco perdió la poca paciencia que le quedaba, ya no podía aguantar más. Necesitaba descartar o involucrar a ese individuo, pero la falta de resolución en la que el juego de Ricardo Fuentes le dejaba, no era sino una pérdida de tiempo de la que quizás tuviesen que lamentarse. Ya no sabía cómo proceder con aquel tipo que, estaba claro, sabía cómo tenerles dando vueltas a su alrededor. Pero cuando Velasco estaba a punto de tirar la toalla, el joven se pronunció:

—Está bien, hablaré —Ricardo Fuentes había decidido revelar su paradero, pese a que de cara a su familia resultase denigrante para él, pero por otro lado deseaba acabar ya con este asunto y, de paso, ver la cara de Elisa cuando dijese lo que tenía que decir— Pero con una condición: quiero que ella esté presente cuando hable.

Urriaga estuvo a punto de preguntarle, pero enseguida cayó en la cuenta de que la presencia que solicitaba era la de Elisa. Estaba claro, ella era su obsesión. Así que sin pensárselo, Velasco asintió: no se le ocurría nada tan interesante como un cara a cara entre la madre de la criatura y el único sospechoso que tenían hasta el momento.

—Y él también, que venga el esposo. Y rápido, señores, antes de que aparezca por aquí mi padre y tengan que soltarme.

El esposo también. Desde luego, Ricardo Fuentes era un

maestro de la provocación.

«¡Ni hablar! ¿Pero se han vuelto ustedes locos?».

Velasco se armó, una vez más, de paciencia. La mañana no había hecho más que comenzar, y hasta el momento todo eran complicaciones en aquella investigación. Ahora tenía que convencer al profesor de que su esposa tenía que verse cara a cara con ese ex novio que la acosaba y que había amenazado con arrebatarle a su hija. Y además, estar él presente. ¿Podría mantener la calma, aguantar la mirada retadora de Ricardo Fuentes sin intentar lanzarle un puñetazo?

—Es usted un hombre inteligente, no me cabe duda, señor Carriedo. Por eso espero que deje al margen otro tipo de consideraciones y comprenda la importancia que tiene que su esposa se enfrente a Ricardo Fuentes. Si, como me temo, este caso es de naturaleza pasional, motivado por el despecho que su matrimonio provocó en el señor Fuentes, es de vital importancia que doña Elisa se encare con él. A veces, en este tipo de situaciones —discúlpeme si soy excesivamente claro por lo que diré a continuación— la presencia del ser que suscita la pasión frustrada, puede actuar como un revulsivo, quizás se arrepienta de lo que ha hecho, si es que ha sido él, o quizás le dé por hablar como forma de perpetrar su venganza, algo así como «Mira lo que te he hecho, como castigo por lo que tú me hiciste a mí».

—¿Y yo, qué saca él con tenerme delante?

—Provocar, señor Carriedo. Seguramente él espera que usted pierda la paciencia y le agreda. En ese caso, si él está libre de culpa, la situación se invertiría, y él sería el inocente injustamente acusado al que, además, usted ha agredido.

—¡Pero de qué estamos hablando! —Mario no era él, era un hombre desquiciado, nervioso, al que la falta de sueño y el horror de las horas precedentes estaban pasando factura de forma dramática— ¿No se dan cuenta de que en lugar de ocuparnos de mi hija, estamos bailándole el agua a un depravado? ¡Qué locura, señores!

—Le doy la razón, profesor. Por eso hemos de terminar cuanto antes. Vayamos a comisaría, enfréntense a él y veremos lo que sacamos en limpio.

Elisa era la imagen misma de la desdicha. No se había peinado ni maquillado, y fue Teresa, a primera hora de la mañana, quien aseó su torso con una esponja y buscó un sujetador limpio, pese a que la leche volvería a manchar su piel blanquecina y a empapar la lana del jersey que le acababa de poner. No había desayunado, Mario tampoco. Las profundas ojeras y la barba crecida de él le hacían aparentar unos años más, reforzando con su imagen la actitud paternalista mientras llevaba del brazo a Elisa.

En apenas unos minutos, ambos estaban sentados frente a Ricardo Fuentes. Él les miró, socarrón y provocador, exhalando con deleite un humo que ascendía en columna frente a su rostro sonriente. Mario tuvo que hacer de tripas corazón, pues de buena gana le hubiese partido la cara allí mismo, no se merecía otra cosa.

—Bien, señor Fuentes, ¿Qué tiene usted que decirnos?

Ricardo sonrió aún más, dejando al descubierto unos dientes pequeños, casi infantiles, y continuó en silencio unos instantes, mirándolos fijamente, los ojos empequeñecidos en un gesto que intentaba protegerlos del humo que los envolvía.

—Señor Fuentes, si no colabora me veré obligado a…

Ricardo interrumpió el discurso de Velasco:

—Ahora que ya están aquí, diré todo lo que tengo que decir, que es bien poco. Como le comenté, tengo una coartada, y ahora sí, la voy a destapar. Estas cosas no las hace un caballero, pero… En fin… estuve en el hostal «París», que pese a su romántico nombre, es un garito donde solo te llevarías a una golfa como la que me acompañó.

—¡Señor Fuentes, no me diga que ahora vamos a tener que buscar a una furcia! —«perdóneme, señora», dijo Velasco dirigiéndose a Elisa— y fiarnos de lo que nos diga, si es que la encontramos… ¡Eso ya sí que no se sostiene!…

—Inspector, está usted perdiendo facultades, no me escucha —matizó Ricardo con descaro— le he dicho que la susodicha es una golfa, no que sea una furcia, son cosas distintas, hay que entender el matiz. Por ejemplo, hay señoras aparentemente muy respetables que son unas golfas, aunque no se dediquen al oficio… ¿Me das la razón, querida Elisa?

El chirrido que emitieron las patas de la silla de Mario cuando este se levantó bruscamente, sobresaltó a todos. Urriaga, hábil de reflejos, fue más rápido que aquel hombre cansado, y repelió el puñetazo que hubiese roto la nariz del detenido. En cuanto consiguieron tranquilizar a Mario, el interrogatorio continuó:

—Señor Fuentes, se lo advierto, una nueva alusión que incomode a doña Elisa, y termina con sus huesos en el calabozo. Continúe.

—Gracias, inspector —el sarcasmo de Ricardo era inagotable— pues bien, pese mi falta de caballerosidad, me veo obligado a desvelar el nombre de la señorita que me acompañó ayer por la tarde. Creo que es una vieja conocida de alguno de los presentes.

Y dicho esto. Ricardo guardó silencio de nuevo, un silencio expectante y triunfal.

—¡Hable de una santa vez, por favor! —En cuanto terminase aquel interrogatorio, se tomaría una aspirina, pensó Velasco.

Y Ricardo Fuentes, tras estar seguro de que captaba toda la atención de los reunidos en la pequeña sala de interrogatorios, habló:

—Conchita, estuve con Conchita toda la tarde.

Velasco y Urriaga se miraron confusos, pero Elisa se llevó ambas manos a la boca en un gesto realmente elocuente. Antes de que el inspector formulase la pregunta obvia, el joven respondió:

—La criada de los Gil. Ayer era su día libre, Elisa, lo sabes de sobra.

—Ricardo, cómo has podido…

—Ha sido fácil, Elisa, esa la pobre infeliz piensa que por acostarse con un señorito va a pasar de la cocina al salón… Gracias a ella me he enterado de cómo te va la vida, me ha sido muy útil para

saber de ti, de otra manera hubieses desaparecido sin más, eres tan desconsiderada…

—¡Inspector, usted lo está oyendo! —Intervino Mario bastante alterado— ¡Ha estado espiándonos!

El inspector le hizo un gesto con la mano para que mantuviera la calma, y prosiguió:

—Está bien, ahora la tal Conchita ha de corroborar su coartada. Urriaga, habrá que acercarse al hostal París y preguntar.

—No se preocupe por eso, inspector —medió Ricardo sin relajar el tono provocador— somos viejos conocidos del lugar, ya cuando era novio de Elisa acudía allí con ella, Conchita me daba lo que mi propia novia me negaba, y uno tiene sus necesidades…

Elisa no habló, ahora la infidelidad de Conchita era la menor de sus preocupaciones. Lo verdaderamente urgente era interrogar a la criada y comprobar que estaba diciendo la verdad. Porque ante la evidente falta de principios de Conchita, ¿Quién les garantizaba que no fuese cómplice de Ricardo, quién podía asegurar que no le cubriese con una falsa coartada?

—Tiene que darnos datos exactos, en el hostal París tendrán un registro, pero me imagino que habrán dado nombres falsos, si es que los han dado.

—Soy un buen ciudadano, inspector, le facilitaré toda la información que precise, hasta los detalles más íntimos, puede comprobar que la tal Conchita tiene una cicatriz en la nalga izquierda, se la hizo con un orinal de loza que…

Cuando la sala de interrogatorios quedó vacía, Urriaga encendió un cigarrillo. Pensaba en la suerte que tuvo Elisa cuando conoció al profesor. Su vida hubiese sido un tormento de haberse casado con semejante idiota.

Conchita abrió la puerta con la sonrisa puesta. Ya iba a decirles a esos hombres que el señor Gil no estaba en casa, cuando sacaron la placa identificativa. El gesto se congeló en su cara definitivamente cuando le dijeron que con quien querían hablar era con ella.

Al oír la conversación, Matilde Ruiz apareció en la entrada. Con gesto alarmado saludó a los policías.

—Buenos días, señora. Ya hemos hablado con Ricardo Fuentes —al oír esto, Conchita supo la que se le venía encima— y ahora necesitamos hablar con la criada.

Al ver la mirada inquisitiva de doña Matilde, Velasco continuó:

—Necesitamos que Conchita corrobore la coartada de Ricardo Fuentes. Al parecer estuvo con él toda la tarde.

Matilde Ruiz tardó unos segundos en entender lo que le decían. ¿Era posible? Los policías acababan de nombrar un hostal. «Vaya con Conchita, así que a eso dedicaba la tarde libre…».

Matilde se dirigió a los policías:

—Interróguenla en la cocina —y mirándola a los ojos lo estrictamente necesario, se dirigió a la criada— Y en cuanto hayas hablado con ellos, recoges tus cosas y te vas. En el aparador te dejo la paga de esta semana. No quiero volver a verte.

La tal Conchita lloraba amargamente. Al parecer, su honra estaba definitivamente perdida. No podía mentir, se sabría que había estado toda la tarde metida en la habitación de un hostal con el señorito Ricardo. Él la había delatado, sin ningún tipo de miramiento, según contaron los policías. Ya no podría servir en ninguna casa decente de la ciudad, las señoras de postín ya no la querrían. ¿Quién iba a querer a una criada que se metía en la cama con el novio de la señorita? ¡No le quedaba más salida que volver al pueblo y cuidar ovejas… o meterse a puta! No, eso nunca, que ella era honrada, aunque se hubiese dejado engatusar por el señorito Ricardo. ¿Qué culpa tenía ella de haberse enamorado de quien no debía?

Por si a la criada le asaltaba la tentación de mentir por su amante, Velasco utilizó sus tácticas disuasorias. La primera de ellas era el miedo: le dejó bien claro que estaban investigando la desaparición del bebé de Elisa, delito muy grave en el que se la acusaría de cómplice en el caso de que mintiese para encubrir a Ricardo. La segunda táctica, muy poco sutil, consistía en derribar las últimas defensas de la muchacha, dejarla tan desnuda de dignidad

que el ultraje necesitase un desquite. Y no falló: Velasco pudo ver la indignación en los ojos de la chica mientras Urriaga leía, en la declaración de Ricardo, la descripción de esa cicatriz que tanto afeaba su nalga izquierda.

El hostal hacía honor a su nombre, porque París, aparte de lujosos bulevares y avenidas, aparte de palacetes y hermosos parques y jardines, tiene arrabales donde los garitos como el «París» también tienen su lugar.

El dueño era un tipo de aspecto descuidado que regentaba el humilde negocio con la mayor trasparencia posible. Su hostal era humilde, pero legal. Allí no se llevaban a cabo actividades delictivas ni escabrosas, no quería meterse en líos. Lo de acoger parejas clandestinas era, a su juicio, muy distinto. «Todos hemos sido jóvenes, inspector, todos hemos experimentado la urgencia del amor ardiente. ¿Qué tiene de malo darle cobijo a unos amantes, dejar que expresen su pasión en un cálido remanso?». Por eso el hostal París era conocido, para acceder a sus habitaciones solo se necesitaban ganas de pasar un buen rato y dinero para pagarlo. Por lo demás, allí no se exigía libro de familia ni zarandajas de ese tipo. «¿Acaso alguien le pidió a Adán el libro de familia cuando retozaba felizmente con Eva, inspector?». Velasco estaba demasiado ocupado como para alentar el debate moral acerca de las pasiones de la carne, así que apremió al hombre para que fuese al grano. Lo único que le interesaba era saber si Ricardo Fuentes había estado allí la tarde precedente.

Tras interrogar exhaustivamente al dueño, los policías concluyeron que, en efecto, la pareja ocupó una habitación —concretamente la del fondo del pasillo— hasta las ocho de la tarde. Al parecer eran asiduos, el hombre describió perfectamente el aspecto físico de la criada, incluso pudo determinar la ropa que llevaba puesta. «La pobre chica no engaña a nadie, se ve a la legua que es una criada, aunque entre aquí pavoneándose, como si el meterse en el catre con un señorito le fuese a dar categoría… Lo

cierto es que él la trata como lo que es, se nota que viene con ella a lo que viene…». A Ricardo Fuentes lo conocía perfectamente, «Qué decir del señorito, es muy buen cliente, suele dejar una propina muy aceptable, con la intención de que seamos discretos».

El hombre también recordaba a la perfección la hora a la que abandonaron el lugar, porque la parecer la cocinera estaba preparando ya la cena, y como la cocina compartía tabique con la habitación de la pareja, la empleada se quejó de la falta de discreción de esos huéspedes, «Señor Darío, que ya sabe usted que soy una mujer muy decente y religiosa, y de seguir oyendo estas indecencias, le voy a tener que dejar y apáñeselas como pueda».

En cuanto los policías salieron del hostal París tenían muy claro que Ricardo Fuentes no había sido el autor material de la desaparición del bebé, la criada tampoco. ¿Era posible que el ex novio de Elisa hubiese contratado a alguien para llevar a cabo el secuestro? Posible sí, desde luego, pero muy poco probable: Velasco llevaba ya demasiados años de profesión, y su olfato no le fallaba, habían tirado del hilo equivocado.

La investigación debía seguir su curso, así que aquella misma tarde se procedió al registro del pozo.

Sobre las cuatro, el pocero entró en el viejo edificio. Velasco y Urriaga lo esperaban en el patio, acompañados por Antonio Gil. Mario también quiso estar presente en el registro, más aún cuando su suegro le insinuó la conveniencia de no hacerlo. Por descontado, Elisa se había quedado en casa, acompañada por Matilde. No se permitió la presencia del resto de los vecinos, pero tanto Teresa como Juliana observaban desde sus respectivas ventanas las maniobras de los congregados en el patio, Juliana retorciéndose las manos, desquiciada, Teresa con su pequeño en brazos, abrumada por la pena.

En el patio había una vieja escalera, que el pocero utilizó para descender a las siniestras profundidades. Cuando tocó fondo, el agua le llegaba por la cintura.

—Inspector, hay como un metro y pico de agua, no va a ser fácil. Comienzo a buscar… —Vociferó, esperando la conformidad del policía.

Con una pértiga, el hombre vadeaba el lodo del fondo, mientras los allí presentes contenían la respiración. En un momento dado, Mario se alejó unos metros, respiró hondo, retiró discretamente las lágrimas con el dorso de su mano y volvió, intentando convencerse a sí mismo de que estaba preparado para cualquier noticia, aunque fuese la peor.

El tiempo pasaba lentamente mientras el pocero seguía removiendo con cuidado el fondo, rompiendo con la vara la quietud de unas aguas que, al chocar contra las paredes de piedra, emitían una sonoridad líquida que llegaba perfectamente a la superficie,

amplificada por la acústica tubular de pozo. Hasta que el tranquilo chapoteo se vio interrumpido por la voz ronca del hombre:

—¡Inspector, aquí hay algo!

Una profunda angustia, vivida con diferente intensidad, fue el denominador común de esos instantes en los que el tiempo se detuvo para los congregados en torno al viejo pozo. Los policías contuvieron la respiración ante la posibilidad de haber llegado demasiado tarde, el abuelo apretó los puños contra su pecho, y Mario tuvo que sujetarse al brocal, las piernas no le sostenían.

Tras unos minutos interminables, en los que el pocero se sumergió para rescatarlo del fango, el hombre comenzó a blasfemar.

—¡Déjese de monsergas y hable de una vez, hombre! —Le instó Velasco malhumorado e impaciente, y el de abajo, que seguía mascullando palabrotas, abrumado por la naturaleza del hallazgo, les sacó por fin de la duda:

—¡*Cagüen* la leche! ¡Es el esqueleto de un niño de teta! Lancen la cesta…

En esos momentos, la visión de Mario se volvió negra durante una fracción de segundo, y estaba a punto de desplomarse cuando su cerebro, analítico al máximo en tan terribles circunstancias, le devolvió el eco de las palabras del hombre:«… esqueleto…». Si lo que había dentro de fango eran huesos, era imposible que se tratarse de su pequeña. Ligeramente repuesto, esperó con el alma en vilo el contenido de la cesta que ya subía.

Mientras tanto Teresa, que lo observaba todo desde la ventana, fue testigo de la reacción de Mario y a continuación, del descenso del capazo. Habían encontrado algo, estaba claro. Con lágrimas en los ojos y el niño dormido en los brazos, se retiró de la ventana, incapaz de soportar la visión de lo que hubiesen encontrado entre las aguas, mientras reflexionaba acerca de las vueltas incomprensibles que da la vida, pues desde que conociera a su querida Elisa, aquella fue la primera vez que no deseó estar en su lugar.

En cuanto alzaron la cesta y los hombres se arremolinaron en torno al contenido, Juliana dejó caer el visillo que había apartado para ver lo que sucedía en el patio, y se alejó pesarosa de la ventana.

Los restos hallados fueron llevados al Instituto Anatómico Forense, para su análisis. A primera vista, parecía el esqueleto de un neonato, quizás de un feto a punto de nacer, por el minúsculo tamaño de los huesos, perfectamente conservados entre el lodo. Todos los indicios apuntaban a que no eran recientes, llevaban allí muchos años, quizás diez o quince, pero el análisis forense aclararía algo más.

Tanto los policías como el padre y el abuelo de la niña respiraron aliviados: al menos la pequeña Elisa no estaba en el pozo. Y ante tan ridículo consuelo renacieron las esperanzas, como si el hecho de que la niña no hubiese aparecido entre el lodo de las profundidades fuese una garantía de encontrarla con vida.

El grupo se dispersó, llegaron dos policías más de paisano, que fueron los encargados de custodiar hasta su destino la cesta y su macabro contenido, y cuando Urriaga pasaba por delante de la puerta de Teresa, esta se abrió. La mujer, con lágrimas en los ojos, le preguntó con tremenda angustia por lo sucedido. Se había atrevido a hacerlo porque no podía soportar por más tiempo la incertidumbre, y el subinspector parecía un hombre sensible y bueno, no era uno de esos policías arrogantes que contestaban de mala manera a las vecinas fisgonas:

—Oiga… No habrán encontrado a la niña…

A Urriaga le invadió una oleada de ternura ante la mirada limpia de Teresa, maternalmente abrazada a su hijo, y palmeó con afecto el brazo grueso de la mujer:

—No se preocupe, estamos en plena investigación y no puedo darle más detalles, pero las esperanzas aún están intactas, no era la niña.

—Gracias, muchas gracias.

Cuando Teresa cerró la puerta, depositó un beso suave sobre la coronilla de su hijito. «Aún hay esperanzas, mi vida, ya lo has oído. Esa pequeñina aparecerá».

Mario regresó a su casa, deseoso de comunicarle a Elisa que el pozo estaba «limpio». Habían acordado entre todos que a la joven madre no le dirían nada del macabro hallazgo, pues en las circunstancias por las que estaba pasando, una noticia así —que además parecía irrelevante en la desaparición de la pequeña— podía ser demoledora para su estado anímico.

Matilde y ella estaban más tranquilas, quizás les hubiese ayudado concentrarse en la letanía de rezos que comenzaron al tiempo que lo hiciera el registro del pozo. Cuando Mario y Antonio entraron, ambas se pusieron en pie de un salto:

—Tranquilas, todo va bien —dijo el padre de la criatura, cuyo aspecto desolado entraba en alarmante contradicción con las palabras que acababa de pronunciar. Y a continuación se dejó caer, desganado, en un sillón. Por un momento estuvo tentado de coger su maletín y escapar de allí, encerrarse en la biblioteca de la facultad y sumergirse en la Edad Media hasta que fueran a buscarlo para decirle que la pesadilla había concluido, que habían encontrado sana y salva a su pequeña Elisa. Pero no lo hizo, aún a pesar del desagradable sentimiento que crecía en él como un cáncer y que le incapacitaba para la proximidad física con su esposa, decidió quedarse a su lado. Aunque fuese incapaz de agarrar su mano y de recogerla en un abrazo cálido y protector. Estaba siendo injusto y lo sabía, pero necesitaba desahogar tanto dolor, y la infame conducta de culparle a ella de lo sucedido cumplía en parte tan mezquino propósito.

Elisa se percataba del comportamiento de Mario, pero no se extrañó. Según iban pasando las horas, el sentimiento de culpa iba creciendo en su interior sin necesidad de factores externos como la actitud de su marido. Ella, por sí misma, se sentía responsable de la suerte que había corrido su pequeña, su niñita. Ella, con su actitud negligente, había provocado la desgracia. Quién sabe dónde estaría

su bebé, quién la tendría, si estaría pasando frío, quizás hambre. Pese al tranquilizante que tomara para dormir, o quizás por ello, a lo largo de la noche creyó oírla llorar, con la misma claridad que si estuviese unos metros más allá. La noche es engañosa, y la desesperación no ayuda a deshacer el engaño.

Elisa, atormentada por la culpa y sumida en la peor desgracia que pude sacudir a una madre, no podía pensar. Si lo hubiese hecho, habría caído en la cuenta de que la única puerta de toda la vivienda que permanecía siempre cerrada sin abrirse por una simple corriente de aire, estaba entornada la tarde de la tragedia. No se había percatado de ello, pese a su manía de comprobar, cada vez que se acercaba a la cocina, que la habitación del fondo, esa que tenía una trampilla en el suelo y le provocaba cierto desasosiego, permanecía apartada de su mundo.

Y cómo podía imaginar Elisa que, de haber abierto la habitación olvidada, de haber levantado la trampilla, de haber descendido a ese sótano que Teresa y ella calificaron de infernal, y haber avanzado a través de las tinieblas, cruzando una puerta desvencijada tras la cual esperaba otra trampilla, de haber hecho este recorrido por la oscuridad, al final hubiese visto la luz.

Mientras todo este sufrimiento tenía lugar, mientras la policía buscaba sin descanso al bebé desaparecido, Dolores contemplaba embelesada a la criatura que dormía en su regazo. Su hija querida, ese ser pequeño de piel blanquísima y suave. Esa hija suya, por fin de nuevo entre sus brazos.

Había sido tan fácil recuperar a la niña…

Ya lo había hecho en otras ocasiones, cuando la casa del joven matrimonio quedaba vacía. Entonces ella descendía a esa oscuridad, a ese útero frío en el que sin embargo se sentía tan a salvo, y tras abrir la trampilla, paseaba por las estancias vacías del piso de sus vecinos. Así descubrió la cuna solitaria del bebé, aguardándolo paciente en medio de aquel cuartito contiguo al de los padres. Furtivamente había tocado la seda de los volantes y había sentido sobre sus mejillas la caricia suave del raso de la lazada que caía, despreocupadamente, desde lo alto del dosel. Luego regresaba, tan silenciosa como una sombra, a la habitación del fondo, y tras abrir la trampilla, desaparecía tragada por la oscuridad perpetua del sótano abandonado, su particular reino entre las tinieblas.

La tarde anterior observaba desde la ventana cómo las tres mujeres daban vueltas por el patio. Entonces se percató de que Elisa no llevaba con ella a la niña, la había dejado sola. «La niña sola, quizás llorando desconsolada…».

Una vez más la trampilla de la habitación olvidada se abrió. De ella emergió la figura escuálida de Dolores, quien tan silenciosa como un espectro, recorrió el pasillo y entró en la salita. La puerta de la calle estaba entreabierta. «Cualquiera podía haber robado a la niña, Elisa. No tienes perdón…». Con paso rápido se plantó ante la puerta cerrada del cuartito del bebé, la abrió con mucho cuidado y

con la misma delicadeza, sacó a la criatura de la cuna. Ahora estaba en sus brazos, a salvo del mundo.

Caminó por el pasillo sin poder apartar la vista del ángel que aún dormía. Tan embelesada estaba en su contemplación, que entornó distraídamente la puerta de la habitación del fondo, pero no la cerró por completo.

Desapareció una vez más tragada por la tierra, en compañía de la pequeña Elisa, su pequeña.

Ahora Dolores abrazaba contra su pecho a la niña, a la que acababa de dar de mamar. Juliana contemplaba, con el rostro contrito, las maniobras con las que su hija, deslizando por su pecho baldío la leche que previamente puso a calentar, intentaba alimentar a la criatura. Estaba claro que aquella forma de alimentarla no saciaba las necesidades de la pequeña Elisa, y para colmo de males, la leche de vaca no le sentaba del todo bien. Ahora, transcurrido un día desde que Dolores arrebatase a la niña del lado de sus padres, el miedo y la desesperación comenzaban a pesar:

—Dolores, hija de mi vida, esto se nos fue de las manos, yo creo que deberíamos dejar a la niña donde la encontraste…

Dolores no le dejó continuar. Por primera vez en años, la vio llorar:

—¡Madre, por Dios! No me la quites… No lo soportaría. ¿Te parece poco lo que he sufrido ya? No, madre, no lo hagas, por mi vida, no lo hagas…

El primer llanto de su hija en años le destrozó el corazón. ¿Y si Dolores tenía razón? ¿Había sido justa la vida con ellas? ¿Quién había hecho justicia con su hija? Aquel acto despiadado que le sesgó la inocencia y le arrebató la cordura quedó tan impune como la deserción del buhonero, ese amor al que Juliana entregó todo, la vida entera. Ni los hombres, ni mucho menos Dios, habían sido capaces de reparar y compensar tanto daño, tanto dolor. Hasta ahora. Pensándolo bien, Mario y Elisa tendrían otros hijos, quien sabe si quizás ella no estuviese ya encinta… Además, este mundo es así, cruel e injusto. Al igual que la desgracia cayó sobre ellas, esta vez había caído sobre Elisa, como podía haberle pasado a cualquiera.

Elisa pagaría la pena en lugar del desgraciado que hizo jirones la inocencia de Dolores, al igual que ellas habían purgado injustamente por los crímenes de otros… Este mundo cruel e incomprensible es un azar, un reparto sin pies ni cabeza de sufrimiento y dolor. Y por desgracia para Elisa, esta vez la fatalidad se había fijado en ella. No se lo pensaría más, ya estaba hecho, Dolores no podría soportar otra pérdida, otro desengaño. La suerte ya estaba echada, se pondría incondicionalmente del lado de su desdichada hija, pasase lo que pasase.

«¿Lo ves, Dios? Ahora yo decido, ahora mando yo».

No le dijo nada a Dolores, pero tenía pensado visitar a Elisa. Debía hacerlo, seguro que la pazguata de Teresa se pasaba allí día y noche, y si ellas no se dejaban ver, como buenas vecinas que eran, su actitud podría resultar sospechosa, al menos bastante rara. En cuanto la niña se durmiese de nuevo, se ausentaría unos minutos. Solo unos minutos, no podía dejar a Dolores sola, porque con lo enajenada que estaba con la pequeña, bien capaz la veía de plantarse en casa de Teresa, por ejemplo, para mostrarle a la vecina lo bien que se le criaba la niña. Quién sabe lo que pasaba por la cabeza de Dolores, su querida hija, su querida y desquiciada hija. «¿Qué más quieres de nosotras, Dios?».

La niña se durmió un rato entre los brazos de su madre postiza, y Juliana aprovechó la ocasión. Se echó la pañoleta sobre los hombros —se había resfriado la noche anterior y la garganta le dolía bastante— y salió, dispuesta a pasar el mal trago de meterse en la boca del lobo, porque llevaba consigo el absurdo temor de que su cara, sus gestos, incluso el olor del bebé pegado a sus ropas, le delatasen.

Vaciló ante el timbre de sus vecinos, finalmente posó el dedo con firmeza y el sonido estridente la sobresaltó. Al otro lado se oyeron unos pasos apresurados, y al abrirse la puerta, la cara desencajada de Mario a punto estuvo de hacer que se diese la vuelta para salir huyendo del edificio, de la ciudad, del mismísimo mundo. Pero se contuvo a tiempo:

—Buenos días, don Mario, vengo ver cómo siguen ustedes…

¡Qué tragedia, Dios bendito!

Mario se apartó a un lado sin mediar palabra, y Juliana, temblando por dentro, penetró en la casa de sus vecinos, en esa casa de donde Dolores había sacado de su cuna a la hija de ambos. Elisa levantó la cabeza sin mostrar demasiado interés, y le dedicó un saludo seco y tristón. Juliana se adentró un poco más en la salita. Desde allí podía ver, en la habitación del fondo, parte de la cuna de la niña. «¡Ay Dolores, hija, pero qué has hecho!».

—Elisa, querida vecina, yo vengo a decirte que estoy a tu disposición para lo que…

En ese momento, la mujer que estaba sentada junto a Elisa en el sofá se rebulló en el asiento:

—Perdone, pero yo la conozco… es usted… ¿No es usted Julia?

—Juliana, señora, me llamo Juliana.

—Eso es, perdone, hace ya tanto tiempo…

En ese momento Juliana palideció visiblemente. Tardó unos minutos en reponerse, pero lo hizo a tiempo para que ninguno de los presentes se percatase de su reacción:

—¡Ay de mí, qué cabeza! Pero si es usted la señora Matilde, tiene razón, hace ya tanto tiempo…

—Mucho tiempo, pero no tanto como para olvidar que me dejaron plantada con el vestido de comunión de Elisa, eso lo recuerdo a la perfección. De la noche a la mañana desaparecieron su hija y usted, y no volvieron.

Juliana se retorció nerviosa las manos, como solía hacer inconscientemente cuando la amenazaba la terrible sensación de falta de control sobre los acontecimientos. No podía explicarle a esa mujer, a doña Matilde, el por qué nunca más regresaron. No podía confiarle sus sospechas de que lo que le sucedió a su hija Dolores aquella noche ya lejana estaba relacionado de alguna manera con su casa, a la que su hija, desde aquel día, se negó a regresar. Así que mintió:

—Ya lo siento, doña Matilde, me puse enferma aquella temporada, y mi hija tuvo que cuidarme. Perdimos a todas las clientas que teníamos.

—Pues ya lo siento yo también, la verdad, cosía usted muy bien. Una lástima que perdiésemos el contacto, porque le repito que lo del vestido de comunión de Elisa fue una faena bastante grande. Menos mal que pude apañármelas. Pero eso de desaparecer de repente y no saber nada más de usted, la verdad, me parece una falta de formalidad terrible.

Juliana estaba acostumbrada a agachar la cabeza, a asumir las críticas sin derecho a réplica, ella trabajaba para señoras pudientes, esposas de hombres influyentes, pero a pesar de la sumisión de años, ahora se sentía fuerte, aquella señora hacía años que no le daba de comer y, aun así, habían salido adelante. «Si ella supiera… Si la señora Matilde supiera cuánto poder tengo ahora, quizás se arrodillase, y suplicase, como me ha tocado hacer a mí, tantas veces». Juliana se quedó con las ganas, en su cabeza vivió la escena, aquella en que doña Matilde, la señora estirada y prepotente, se arrodillaba ante ella y le rogaba, «Por favor, devuélvannos a la niña, sana y salva». Pero comprendió que el poder, el verdadero, consistía precisamente en eso, en jugar con el as debajo de la manga, sin desvelar las cartas, porque cuando estas quedaban al descubierto, sobre la mesa, era el fin de la partida.

—Una fatalidad, doña Matilde, créame… si lo sentí de veras fue por su hija Elisa, aunque ya me figuré yo que esa niña no se iba a quedar sin su vestido, a Dios gracias. Estuve enferma mucho, mucho tiempo. Y, la verdad, no volví porque supuse que usted ya se las habría apañado para encontrar otra modista. En esta profesión humilde, o estamos al pie del cañón o perdemos a la clientela, eso ya se sabe.

Pero a doña Matilde hacía un rato que habían dejado de interesarle los motivos por los que aquella costurera dejó de asistir a su casa, eso era ya agua pasada, así que había dejado de prestar atención a sus palabras, porque tenía otros asuntos en los que ocupar su pensamiento. Y Elisa parecía una muerta en vida, así que Juliana se percató de que nada más tenía que hacer en aquella casa, y una vez representado su papel de vecina solidaria, de mujer sumisa y humilde, regresó al lado de Dolores. Y regresó liviana, porque la

poca culpa que hasta entonces la atormentaba por haber consentido que Dolores se apropiase de un bebé ajeno, había soltado lastre, al saber que la pequeña Elisa era ni más ni menos que la nieta de aquella doña Matilde, engreída, desconsiderada, tacaña, exigente… La mujer de cuya casa su hija salió y nunca regresó, porque quien lo hizo en su lugar no era Dolores, sino una mujer incapacitada para continuar con su vida. Ahora sí, todo comenzaba a ponerse en su sitio, y quien la hace, la paga. «Ojo por ojo… ¿Lo ves, Dios, como yo también puedo hacer justicia?».

Cuando Juliana salió de su casa, Elisa había despejado por fin la duda. Ahora ya sabía dónde había visto antes a esas dos mujeres: en su propia casa. Fue Juliana quien le tomó medidas para un vestido de Primera Comunión que nunca le hizo, fue Dolores quien estaba bordando aquel juego de sábanas de flores que quedó a medias para siempre, el cual Elisa recordaba en el cesto de la costura, pulcramente doblado, esperando paciente a esa costurera que nunca volvió para terminarlo. Sí, Elisa recordaba perfectamente los ojos de Dolores, eran tan azules que le llamaban la atención. En aquella época carecían de esta frialdad de ahora, entonces eran unos ojos apocados, un poco tristes, pero asomaba a ellos la luz de la esperanza, como si Dolores, aún tan joven, confiase en las bondades de toda una vida por vivir. Pero Elisa entonces no era más que una niña, seguramente no fuesen más que figuraciones infantiles, quizás el hielo de los ojos de Dolores ya estuviese allí.

Ya era noche cerrada, y la pequeña Elisa parecía desazonada. Juliana creía saber la razón: tras más de un día fuera de su hogar, la criatura necesitaba la leche de su madre, y la leche de vaca diluida en agua a la que habían añadido un poco de azúcar, no la toleraba bien.

En un momento dado, el bebé comenzó a regruñir más de la cuenta. Si alguien la oía, si las descubrían, sus cuellos acabarían descoyuntados en el garrote. Dolores no era consciente, la infeliz vivía rodeada de querubines, ajena a la pena capital, entusiasmada en su papel de nodriza yerma. La inquietud de la pequeña iba en aumento, quizás ya no «pudiesen hacerla callar», y Juliana se vio perdida. Con una cucharilla, introdujo en su boquita un poco de leche tibia, que la niña tomaba con precaución, como si su organismo recelase del alimento que se le ofrecía. Se tranquilizó un poco, pero Juliana sabía que en pocos minutos comenzaría a llorar de nuevo.

—¡Ay Dolores, hija mía! Ya me veo ajusticiada… —Los lamentos a media voz iban acompañados de un retorcerse las manos incesante. Juliana ya no podía más, de seguir así, la fatiga y los nervios le harían cometer un error fatal. «¡Dios santo, a ver cómo salgo de esta!». E invocaba a Dios de manera automática, porque en aquellos momentos hubiese aceptado, sin dudarlo, la ayuda del mismísimo satanás. Y como si de una diabólica invocación se tratase, de pronto su mente se iluminó:

—Dolores, me voy a llevar un momento a la niña, pero enseguida te la traigo. Y ya no llorará, ya lo verás.

Dolores la miró con sus ojos de hielo:

—¿Puedo fiarme de ti, madre? ¿Me la traerás de nuevo?

—¡Ay infeliz! ¡Cómo no has de fiarte de tu madre…! Claro que

sí, Dolores, claro que sí…

—¿Me lo juras, madre, me lo juras?

—Te lo juro, hija de mi vida.

Con paso nervioso llegó hasta la cama, y tras levantar la esquina del colchón, extrajo un saquito de tela, custodio de sus ahorros. Las monedas tintinearon en su mano mientras las contaba, y después de vacilar acerca de la cantidad que debía coger, las metió de nuevo en la bolsa, dejando bajo la lana apelmazada unas cuantas a modo de reserva. A continuación, Juliana fajó a la criatura con sumo cuidado, sin zarandearla demasiado para que no se inquietase. Era tan pequeña que pasaría desapercibida bajo sus ropajes. Con un pañolón sujetó a la pequeña contra su pecho, deseaba que con el calorcillo de su cuerpo y el movimiento se tranquilizase y durmiese. Se ató el saco con el dinero al botón de la cinturilla y finalmente se echó el chal de lana sobre los hombros.

—Espérame y no abras a nadie, sea quien sea —le dijo a Dolores, con la ansiedad reflejada en el enjuto y ya envejecido rostro, temerosa de que la infeliz cometiese alguna barbaridad.

Y salió a toda prisa de la casa, con la cautela que sus destrozados nervios le permitían.

Estaba empezando a nevar, caían copos lentos, esponjosos como plumón, que se depositaban suavemente sobre ella, cosquilleándole el rostro y muriendo sobre su piel prematuramente arrugada. Caminaba deprisa, todo lo que sus piernas se lo permitían, aterrada de miedo, aterida de frío. Sus temores se centraban en encontrarse a aquellas horas con una pareja de la Guardia Civil, pues si tuviese la mala fortuna de toparse con ellos, estaba perdida. No tenía ninguna excusa convincente que justificase su extraña e intempestiva excursión nocturna. A buen seguro querrían saber qué ocultaba con tanto celo bajo sus ropas, y en ese instante todo se habría acabado para Dolores y para ella. Al menos para ella, pues siempre le quedaba la opción de culparse del secuestro. Pero, ¿Qué sería de Dolores sin su madre? El mundo estaba lleno de alimañas dispuestas a matar corderos inocentes, y ni Dios ni los hombres harían nada para impedirlo. Sin Juliana a su lado, Dolores acabaría desangrada

entre las fauces de una jauría que, con toda seguridad, olería su miedo y saltaría sobre ella… Antes que entregarla a las fieras, prefería el garrote vil para ambas.

Siguió caminando cabizbaja, intentando esquivar los molestos copos que de cuando en cuando se le metían en los ojos, impidiéndole una visión ya de por sí mermada. Las calles estaban desiertas, pero el viento traía ecos lejanos que confundían sus sentidos, haciéndola oír voces inexistentes. A veces se volvía asustada, para comprobar que nadie seguía sus pasos. Era un ser desvalido en la oscuridad de la noche intempesta, caminando a duras penas entre el aluvión de copos impertinentes, ligeramente encorvada por el peso de la carga que transportaba, que, aun no siendo excesivo, comenzaba a convertirse ya en una tortura para su osamenta artrítica.

De pronto tomó conciencia de que la niña no se movía lo más mínimo, y se asustó. Buscó con ojos aterrados un portal abierto, y después de cerciorarse a conciencia de que la calle estaba desierta y no había rastro del sereno, se metió adentro. Con manos frenéticas se desembarazó de la pañoleta, y desenvolvió con mucho cuidado el pequeño bulto en que había transformado al bebé. Con el corazón desbocado al temerse lo peor, acercó el oído a la boca lactante, y después de unos segundos percibió el cálido pero débil aliento que exhalaba la niña. Más tranquila, pero consciente de la urgencia de su cometido, volvió a arroparse, metió a la criatura en el improvisado útero, y salió de nuevo a la crudeza de esa noche irreal, engañosamente adornada por la candidez de los copos.

Tras caminar durante media hora larga, las luces de la ciudad quedaron atrás. Ahora el paisaje estaba iluminado por la luz lechosa de una luna cuyo resplandor se reflejaba sobre la capa blanquecina que la nevada iba dejando al cuajar sobre el camino. Juliana agradeció esa plenitud lunar, sin la cual hubiese naufragado en un mar de tinieblas.

Aún bastante lejos, en el lateral izquierdo de la carretera, podía divisarse un pequeño asentamiento poblado de chabolas donde las ratas campaban a sus anchas, copiosamente alimentadas por las

basuras que allí nadie se encargaba de recoger. Juliana estaba agotada, tenía los pies empapados y el frío le adormecía los dedos. Siguió caminando, ya no sabía impulsada por qué. Las lágrimas le brotaron, espontáneas y rabiosas, al verse atrapada en la noche inclemente, intentando arreglar un desaguisado que en realidad no tenía remedio, furiosamente convencida de que su triste existencia no había sido sino una mancha infecta en el inmaculado manto divino.

Cuando ya estaba a punto de dejarse caer sobre la nieve, impotente y desesperada, un último aliento al evocar la mirada azul de Dolores continuó guiando sus pasos. El amor también había existido, breve, huidizo y traicionero, pero continuaba presente en los ojos de hielo de su hija, a los que él se asomaba desde que ella nació. A pesar del tiempo transcurrido, aún se estremecía al recordarle, porque pese al dolor del abandono, él había dejado la huella indeleble de esos momentos por los que había merecido la pena vivir.

Poco a poco se aproximó a aquel laberinto de desperdicios arquitectónicos, y comenzó a recorrerlo buscando la puerta a la que necesitaba llamar. Había estado allí en varias ocasiones, llevando por unos reales la caridad de una de las señoras para las que cosía. La beneficiaria era una gitana cargada de hijos, a la que Juliana entregaba el arroz y el azúcar que le sobraba a la señora, advertida por su confesor de la necesidad de ayudar a los desheredados como justa penitencia a sus pecados de gula.

Tras recorrer unos metros, reconoció sin duda el maltrecho acceso al hogar de Milagros, y llamó con decisión, antes de que la cobardía se lo impidiese. Al no obtener respuesta, volvió a aporrear la deslustrada madera, esta vez con fuerza.

—¿Quién anda ahí? —Juliana oyó con claridad la voz ronca y malhumorada al otro lado.

—¡Busco a la señora Milagros!

—¿Y quién la busca, si se *pue* saber?

—Soy Juliana, la que le traía la caridad de doña Mercedes… ¡Abra, por lo que más quiera!

—¿Qué tripa se le ha roto?

—¡Ábrame, se lo pido por caridad!

Adentro, Milagros se levantaba pesadamente del catre. «Abre a la paya». Las voces habían alertado a los perros, que ladraban desde el descampado.

Finalmente la puerta comenzó a abrirse con precaución. Ante el umbral apareció un hombre de constitución enclenque, profundos ojos negros enmarcados en unas ojeras que los hundían en su sima, y un pelo ya canoso, rizado y espeso, único vestigio de rotundidad en aquel achacoso cuerpo.

—¿Qué *quié usté* de la Milagros?

Juliana se disponía a hablar cuando una voz apenas femenina procedente del interior de la chabola le increpó:

—¡Anda y déjala pasar de una vez!

Juliana penetró en la penumbra húmeda de aquella estancia construida con desechos. La débil luz de un candil se dispersaba con tacañería, inundando las inmediaciones y dejando el resto de la estancia al capricho de la imaginación. Un pequeño brasero intentaba caldear la estancia, y cansado de luchar contra las inclemencias del invierno, yacía mortecino a escasos metros de una vieja silla con la pata delantera amputada e injertada posteriormente sin ninguna consideración estética. En el rincón más lejano se intuía la forma de un catre, abultado por la presencia de más de un cuerpo durmiente, y en el más próximo había un camastro del cual se acababa de incorporar una mujer gruesa, cuya larguísima melena azabache, mechada ya por alguna que otra cana, le caía sobre el cuerpo a modo de bellísima piel ondulada de animal desconocido. La gitana se echó un manto sobre los hombros y se encaró a Juliana:

—¿Qué *quié usté* a estas horas?

Juliana, algo azorada por la presencia de aquel individuo que no le quitaba ojo, le recordó a la tal Milagros quién era. Ella asintió, aunque sus ojos sagaces no se habían desprendido de la desconfianza mientras su perfeccionado instinto de supervivencia olfateaba el rastro de peligro. Al no encontrarlo en aquella mujeruca, servil mensajera de payas orondas y avaras, amoratada de frío e indefensa,

bajó la guardia.

Sin esperar más, Juliana se quitó la pañoleta, y dejó al descubierto el bulto que guardaba entre sus ropas. Con cuidado, abrió la toquilla que cubría al bebé, destapando el angelical rostro, reposado y sereno. En cuanto la pequeña notó el cambio de temperatura, se rebulló ligeramente. El calor del cuerpo de Juliana, unido al agotamiento provocado por la falta de alimento y las calorías quemadas en un intento baldío por conseguirlo, lograron que la niña entrase en un sueño profundo y reparador. Pero en breve comenzaría a llorar, alertada por el ayuno al que estaba siendo sometido su sensible aparato digestivo. En cuanto Milagros vio que se trataba de un bebé, miró a Juliana, interrogante:

—No me diga que *usté*…

—No, no, ya ve… mi hija… pero le rogaría que no dijese nada, ya sabe… está soltera y…

—¡Por mis muertos que soy una tumba! —y dicho esto juntó los dedos índice de ambas manos en forma de cruz, la cual besó con un desparpajo blasfemo— ¡Que me maten si hablo! Pero no me la querrá dejar, que ya somos *demasios*…

—No, no, nada de eso, señora Milagros, si mi hija la quiere con locura… Pero no tiene leche, y la de la vaca no le sienta bien.

—¿Y que *quié usté* que haga yo entonces?

—Pues que la de mamar, que recuerdo que tenía muy buena leche y abundante.

La gitana intuyó que aquel era un asunto del que podía sacar tajada, y entonces sus reticencias desaparecieron. Comenzó a negociar:

—Pues tengo leche, no anda errada, desde que *usté* venía por aquí he tenido diez hijos. Pero *tie* que saber que no se la puedo dar *asín* como *asín*. Mire que mi pequeño, de no ser por la leche mía, no habría *salio p'adelante*, que corren *mu* malos tiempos *pa* unos gitanos *cargaos* de hijos…

—Necesito que amamante a la niña, Milagros, por lo que más quiera… Tengo algo de dinero…

La gitana, depredadora aleccionada en la caza por las adversas

circunstancias de su condición, comenzaba a oler la sangre en el animal herido:

—¡Ay, Juliana, *questo* le va a salir caro, que *amás* tengo que guardar el secreto de lo de su hija, y el callar también hay que pagarlo…

Juliana conocía de antemano el carácter usurero de la mujer y estaba segura de que no accedería a ayudarla a no ser que con ello sacase un buen beneficio. Era la gitana un alma torturada por la intransigencia, los prejuicios y el racismo, los cuales habían presidido su vida desde sus mismísimos comienzos, acaecidos en un desvencijado carromato donde su madre trajo al mundo otro ser con el que alimentar fobias e intolerancias. Por eso, en las contadísimas ocasiones en que las circunstancias se invertían y eran los payos quienes necesitaban de ella, se lo hacía pagar con creces. Y aquella era una de esas ocasiones, la cual, por supuesto, no iba a desperdiciar. Juliana se preparó para el regateo, dispuesta a dar lo que aquella mujer le pidiera, en tanto y en cuanto le alcanzase:

—Deme cien pesetas, y la niña quedará «*jartita*».

—¿Pero qué me pide usted? ¡Ni cosiendo día y noche!

—Son dos a coser, ¿No? Pues bien *pue usté*.

—¡Tenga compasión, buena mujer, que soy una pobre viuda!… ¡Si me llega apenas para malvivir…! —suplicaba Dolores, desprovista de su último resquicio de dignidad, conocedora de que la usurera, sabiendo que en esta ocasión llevaba las de ganar, intentaba chuparle la sangre.

—Antes que de *usté*, la compasión la tengo de mí, que si yo me quito la leche *pa* dársela a la suya, el crío *me se* muere de hambre, que aquí sí somos pobres, pero de veras.

Juliana estaba desesperada. La mujer pedía demasiado, casi todo lo que llevaba encima, pero no le quedaba más remedio que aceptar el precio que le imponía. Cosería cuanto hiciese falta, pero había llegado hasta allí y necesitaba la leche.

—De acuerdo, Milagros, usted gana. Pero me tiene que dar leche para llevar…

—Veremos lo que se *pue jasé*. Traiga *pacá*.

Ya había empezado la oronda mujer a desabrocharse el negro vestido, con el que al parecer, también dormía. Apareció un pecho fláccido y desgastado, moreno como el resto de aquella piel aceitunada, y Juliana, ante la apariencia pusilánime de aquel apéndice deslustrado y colgante, dudó por un momento del éxito de su empeño. La pequeña estaba alarmantemente tranquila, y Juliana deseó haber llegado a tiempo. En un principio, la niña no reaccionó ante el contacto con la calidez de aquel seno decadente, pero la gitana, hábil como nadie en materia de supervivencia, comenzó a masajearse el pecho en sentido descendente hacia el pezón, y apretó con pericia hasta que un chorrito blanquecino brotó como un manantial de la tierra yerma. La mujer volvió a ofrecerle el pezón a la niña, quién reconociendo al instante lo que aquello significaba, pareció despertar súbitamente de un profundo letargo. Se enganchó la pequeña, con ansias de vivir, y al cabo de un par de minutos la leche rebosaba por las comisuras de su boca, que seguía succionando con ahínco, como queriendo aprovechar al máximo la oportunidad de alimentarse. Veinte minutos estuvo la hijita de Elisa mamando bajo la mirada aliviada de Juliana, resarciéndose del ayuno forzoso al que las circunstancias de ese mundo que aún no comprendía le abocaron. Aquella fuente de alimento no era la que hasta ahora conocía, pero también nutría su vida. Finalmente, la pequeña emitió un sonoro eructo, en el que regurgitó una pequeña parte de lo ingerido, la parte que ya no cabía físicamente en su estómago diminuto, y se durmió. Milagros comenzó a abrocharse el sucio vestido, del cual emanaba parte de la pestilencia que se respiraba en la peculiar estancia, pero Juliana la detuvo:

—Milagros, que se olvida usted de la leche para llevar.

—¡Ay, señora, que esta gitana no miente! —y volvió a desabrocharse el ropaje, emprendiendo a continuación la tarea de ir sacando, poco a poco, la leche que increíblemente todavía tenía, mientras la recogía en un cuenco. Cuando hubo terminado, levantó el voluminoso trasero y se dirigió hasta el rincón más oscuro de la chabola, donde comenzó a buscar algo, a juzgar por el sonido que hacían los cacharros al entrechocar. Regresó con una botella

patinada de mugre, a la que trasvasó la leche obtenida sin miramientos. Se la tendió a Juliana con una mano mientras extendía la otra, la sucia palma hacia arriba, reclamando sus bien merecidos honorarios. Cuando las monedas estuvieron en su posesión, las contó con la mirada, los ojos avizor como un ave de presa, y las echó a la faltriquera. El hombre hacía ya un buen rato que había regresado al catre como si tal cosa, sin que le turbase la presencia de aquella paya, gracias a la cual al día siguiente no levantaría el cansado esqueleto hasta bien entrada la mañana, cuando de la nieve y el frío nocturno quedase tan solo el recuerdo. Así que, nada más salir Juliana por la puerta, en cuanto Milagros tumbó con esfuerzo la pesadez de sus carnes sobre el lecho, el hombre echó mano a la bolsa y arrambló con cuantas monedas pudo, recibiendo en el intento un porrazo a consecuencia del cual la nariz comenzó a sangrarle. Bien merecía la pena el palo recibido.

Cuando Juliana, más tranquila ya, salió de nuevo a la intemperie, había dejado de nevar, y el cielo se veía limpio como un cristal infinito, iluminado con timidez por la luna amarillenta que le marcaba el camino de regreso a la civilización. La niña estaba tan sosegada que Juliana sintió una sensación casi reconfortante, creyendo tener bajo control lo que en realidad era incontrolable.

Ya de vuelta en las inmediaciones de su casa, le invadió de nuevo el desasosiego. Sus pies estaban tan entumecidos por la humedad, que apenas notaba que tuviesen dedos. Pensó en su reuma, y en la factura que aquella excursión nocturna le pasaría, y no solo a su bolsillo, que por cierto, se había resentido brutalmente. Tocó por debajo de los ropajes la botella mugrienta que la gitana le había llenado, comprobando que seguía bien amarrada a la cinta con que la sujetaba. ¡Solo le faltaba perder aquel oro blanco!, pues además de haberla pagado casi a precio de oro, en aquellas circunstancias valía más que el reluciente metal. Y todo por una hija que era cuanto tenía, por una hija por cuya vida había dado la suya. Había sido un camino demasiado largo y plagado de sinsabores para detenerse ahora. Recordó el entusiasmo de Dolores con la niña en brazos, y se reafirmó en la convicción de que por ella mentiría, robaría e

incluso…

Desde que estaba reñida con Dios, había perdido el respeto a muchas cosas, entre ellas a la muerte. Pero no se sentía del todo mal.

12 DE ENERO

El nuevo día intentaba imponerse sobre la noche, pero el sol no tenía fuerza para colarse entre la densidad de la borrasca. Amaneció sobre los restos de la nevada, una capa endurecida sobre la que aún perduraban unas huellas que llegaban hasta el portalón.

El inspector Velasco y el subinspector Urriaga se personaron a primera hora de la mañana en el edificio. Ambos llevaban ya unas horas en pie, pese a que Urriaga apenas había logrado pegar ojo, la empatía con los padres del bebé desaparecido, el ponerse en su lugar y ser capaz de sentir su dolor le impidió conciliar un sueño reparador. Al inspector Velasco aquel caso le había impresionado doblemente, tanto por tratarse de la extraña desaparición de un menor —a nadie en su sano juicio le deja indiferente esta circunstancia— como por la prioridad absoluta con la que había que tratarlo, en palabras del mismísimo Comisario Jefe, advertido por el Gobernador Civil. «Urriaga, este Antonio Gil es un pez más gordo de lo que yo pensaba, me temo que nos van a presionar más de lo que yo creía». Íntimamente el subinspector se alegró: deseaba con toda su alma que la niñita apareciese sana y salva cuanto antes.

Una vez en el edificio, tomarían declaración a la vecina que aún faltaba, la hija de la tal Juliana, pues aunque todo apuntase a que su testimonio era irrelevante, Velasco era muy metódico, y no dejaba ni un cabo sin atar. Así que nada más llegar, los policías llamaron a la pequeña vivienda de patio. Hubieron de hacerlo un par de veces, pues al parecer dentro aún dormían. Al cabo de un minuto apareció Juliana con cara de sueño y limpiándose la nariz.

—Disculpen ustedes, me he debido de resfriar…

—Buenos días, señora. Necesitamos ver a su hija, ya que aún no lo hemos hecho. Es la única declaración que nos falta.

Juliana se colocó nerviosa los cabellos que se le escapaban del moño. Aunque la pequeña Elisa aún dormía, en cualquier momento podría despertar, y entonces…

—Cómo no, señores. Esperen un momentito, que ha pasado la pobre mala noche —ya saben, dolencias de mujeres— y está durmiendo.

Y cerró la puerta ante las mismísimas narices de los policías, que no terminaban de creerse el desplante del que acababan de ser víctimas.

—¡Dolores! ¿Dolores? —susurró Juliana, afónica y aterrada.

Dolores surgió de la trampilla con la niña en brazos. El pánico se dibujó en la mueca horrorizada de Juliana cuando vio que estaba despierta. A pesar de que ya había tomado la leche que le diera la gitana, la niña era un bebé de dos meses, que podía romper a llorar en cualquier momento.

—Sal tú y les abres, te quedas en la salita con ellos. Yo me bajo con esta al sótano —dijo Juliana, mirando con cara de susto al bebé.

A los pocos minutos la puerta se abrió de nuevo, y tras ella estaba Dolores. Urriaga, entre fascinado y receloso, no podía apartar sus ojos de aquellos, increíblemente fríos, azules como el hielo de un glaciar. Tenían algo aquellos ojos que lo atrapaban, al tiempo que lo repelían profundamente. Velasco a su vez, sagaz como pocos, intuyó que aquella mujer no se acababa de levantar. «La madre miente y aún no sé por qué».

—¿Es usted Dolores?

La mujer asintió con la cabeza, sin dejar de sonreír de un modo extraño, automático más bien, porque era una sonrisa la suya que no transmitía ninguna calidez. Con un gesto les hizo entrar en la salita, donde ocuparon sendas sillas en torno a la mesa camilla. Ella se quedó en pie a su lado, con las manos sobre el regazo y la sonrisa postiza, mientras los policías se miraban desconcertados, incómodos por permanecer sentados delante de una dama, aunque fuese tan

rara como la que tenían delante. Velasco, consciente de que el tiempo corría en contra de la niña y tenían mucho por hacer, decidió comenzar con el interrogatorio y de paso acabar cuanto antes con esa situación forzada y un poco cómica:

—¿Dónde estuvo usted antes de ayer por la tarde?

—En casa, señor.

—¿No salió al patio con las demás mujeres? ¿Por qué?

—¿Acaso tenía que hacerlo? —respondió Dolores pausada, sin comprender que el hecho de responder con otra pregunta a la que le había formulado el inspector, podía ser interpretado como una falta de respeto. Pero los policías no se lo tuvieron en cuenta, era evidente que a la tal Dolores le faltaba un chaparrón.

—¿Veía usted lo que sucedía en el patio?

—No, señor. Yo estaba cosiendo, al fondo, en la cocina.

—Imaginamos que usted está al tanto del motivo de nuestra presencia en el edificio —El inspector Velasco albergaba sus dudas, esta mujer parecía vivir en su mundo particular. Quizás no se hubiese enterado…

—Pues claro, señor, lo dice usted por lo de la niña. Lo que ha hecho Elisa no tiene perdón de Dios, dejar la puerta abierta… ¡Cualquiera podría haberla robado!

En ese momento irrumpió Juliana con evidentes muestras de nerviosismo, dispuesta a poner fin al interrogatorio, porque si Dolores se enajenaba, era capaz de decir cualquier cosa.

—Qué, señores, ¿Qué tal? Mucho me temo que mi Dolores no les será de gran ayuda en este caso, ella estuvo toda la tarde en casa, cosiendo. Tenemos mucho trabajo, no podemos perder ni un minuto.

Quizás el inspector se dio por aludido, y considerando que la información que podía aportar esa infeliz era escasa, decidió dar por finalizada la visita.

—Bien, señoras, ya hemos hecho aquí lo que debíamos, básicamente entrevistar a su hija era un trámite, ya imaginábamos que no habiendo sido testigo, poca cosa podía decirnos, así que no les molestamos más. Que pasen un buen día.

Nada más salir de la vivienda, cuando ya estaban a la altura del pozo, Velasco se dirigió al subinspector:

—Urriaga, esa mujer está muy nerviosa, puede que se deba solo a la conmoción que ha causado entre los vecinos la desaparición de la niña, son pocos y la convivencia es muy estrecha. Pero además miente… Y no termino de comprender por qué…

«Aún no ha transcurrido demasiado tiempo desde la desaparición de la niña, aún estamos a tiempo de devolvérsela a sus padres…». Este era el pensamiento del subinspector Urriaga cuando Velasco irrumpió en el despacho. Se adivinaba en el inspector cierto optimismo, como si acabase de recibir noticias esperanzadoras:

—¡En marcha, Urriaga! Estamos ante un nuevo indicio. Por fin podemos comenzar a tirar de algún otro hilo, porque la falta de pistas en este caso me tiene loco, es como si a la pequeña se le hubiese tragado la tierra. Pero me acaban de comunicar que la Guardia Civil, llevando a cabo un registro, ha encontrado a una niña en un poblado de chabolas, una niña de la edad de la desaparecida, que responde a la descripción de la pequeña Elisa, y eso les ha alertado. No obstante, quienes dicen ser los padres, son ambos gitanos. Habrá que acercarse hasta allí y ver lo que hay.

El gesto de Urriaga se destensó. «Quizás presenciemos el milagro…».

—La parte más difícil —continuó el inspector— va a ser comunicárselo al profesor y a su esposa, porque si resulta que estamos sobre un falso indicio, la decepción va a ser difícil de superar. Pero no nos queda más remedio que decírselo, porque tendrán que identificar a la criatura…

—Entiendo a lo que se refiere, inspector. No quiero ni imaginarlo —Urriaga, contrariamente a lo que acababa de verbalizar, se lo imaginó a la perfección, primero el despertar de la pesadilla ante un esbozo de esperanza, después el regreso al infierno de nuevo, tras la decepción— pero tiene usted razón, es algo por lo que van a tener que pasar, a la fuerza. Ojalá estemos ante la resolución de este caso.

—Ojalá, Urriaga, Ojalá…

Era ya media tarde cuando los dos policías llamaron a la puerta del joven matrimonio. Abrió Teresa.

—Buenas tardes, señora. Si es tan amable de ausentarse unos momentos… Tenemos que hablar con los padres de la pequeña Elisa, son cosas de la investigación y ya sabe… —Urriaga fue el encargado de echar de allí a la vecina con sus modales impecables, mientras Velasco tomaba asiento en el sofá, pues tenía que tomarse su tiempo y preparar adecuadamente a Mario y Elisa para el impacto de la noticia, aunque en lo más íntimo sabía que no había nada que hacer, ellos se aferrarían con uñas y dientes a la esperanza, para caer de bruces sobre la dura realidad, si la niña del poblado no era la suya.

—No se preocupe, yo ya me iba. —Teresa lanzó un beso al aire, que su vecina recogió con una sonrisa débil. La llegada de los policías con lo que parecía ser nueva información le encogió el alma, si eso era aún posible.

—Siéntense, señores, y cálmense. Lo que tenemos que decirles requiere de ustedes la máxima tranquilidad —El inspector levantó la mano ante la inminencia de la reacción de Mario— No se preocupen, traemos noticias esperanzadoras, pero precisamente ahí reside el problema. Verán… Al parecer, han localizado a una niña de las características de la suya en un poblado gitano, y aunque los padres afirman que la criatura es suya, no podemos zanjar el asunto sin que ustedes la vean.

En aquel momento se produjo lo que Velasco y Urriaga más temían: los padres se levantaron del asiento y se abrazaron aliviados, como nunca antes les viera hacerlo, pues era llamativa y desconcertante la frialdad con la que Mario trataba a su joven esposa.

—¡Elisa, por dios, qué buena noticia!

—¡Mario, nuestra niña, es ella, lo sé! ¡Ricardo la dejó allí!, así cumplía con su amenaza, a la vez que se descargaba de la

responsabilidad, porque pagando a los gitanos, cualquiera sabe que no abren la boca ni aunque les maten. Es mi pequeña, estoy segura… ¿Podrás perdonarme ahora, Mario?

A Mario se le saltaron las lágrimas al ver correr las de su esposa, y el inspector se vio obligado a poner orden, a restablecer la sensatez momentáneamente perdida por aquellos padres desesperados, que se habían agarrado al clavo ardiendo sin detenerse a pensar que quizás se estaban quemando.

—Señores, por favor, con todos mis respetos, no han comprendido lo que Urriaga y yo deseamos de ustedes. Ya sabemos que es sumamente difícil no lanzar las campanas al vuelo, es casi imposible dejar pasar la esperanza sin aferrarse a ella, pero tienen que ser cautos. Les ruego que se hagan una idea realista, asuman que hay muchas probabilidades de que no sea su hija, así que, por favor, hagan un esfuerzo, y vayan aceptando la negativa. Ya les hemos explicado que Ricardo Fuentes ha quedado descartado como sospechoso, les pido que no insistan en ese aspecto.

Ambos, Mario y Elisa, asintieron con solemnidad a las palabras del policía, aunque interiormente el discurso les pasase desapercibido. La esperanza es lo último que se pierde, y aquellos padres destrozados se aferraron a la posibilidad como náufragos a un salvavidas, aun sabiendo que quizás nunca llegasen a la orilla.

Al poco, los policías salían del edificio escoltando al matrimonio. Primero Elisa y después Mario, ambos se acomodaron en el asiento trasero del coche de los «secretas», y emprendieron el largo camino de la incertidumbre, Elisa con la mano tímidamente cogida a la de su marido, él mirando sin ver el paisaje frío y cambiante de la ciudad alegre que discurría al otro lado del cristal. El coche se detuvo en una intersección para permitir que una joven madre que empujaba la sillita de su bebé terminase de cruzar la calle. Ella les agradeció con una sonrisa el gesto, mientras Elisa la miraba con los ojos muy abiertos, ojos que delataban la envidia que sintió por aquella desconocida feliz, ajena a su tragedia, madre de una criatura que ya caminaría a ratos de su mano. Se dejó llevar entonces por la angustiosa premonición de que ella nunca vería los primeros

pasos de su pequeña. Mario la miró de reojo, como si la agonía de su esposa hubiese traspasado el aire para llegar hasta él, pero volvió rápidamente la cabeza, incapaz de hacer frente a tanto dolor. Aún no podía creer que su vida, una vida feliz pese a las pequeñas contrariedades, se hubiese transformado de pronto en una condena a muerte.

Poco a poco fueron dejando atrás la ciudad, y conforme se alejaban, la presión de la mano de Elisa sobre la de su esposo se fue haciendo mayor. Se aferraba a él como si, de soltarse, fuese a caer al vacío. Algo —quizás la esperanza de encontrar en unos minutos a su hija— le hizo a Mario tomar conciencia de su actitud hacia Elisa, del abandono con el que le había castigado, al creerla culpable de lo sucedido. Sollozó sin poder evitarlo y agarró con fuerza la cabeza de ella mientras le besaba, desesperado, la frente.

—Perdóname, amor… —le susurró al oído.

—Perdóneme tú a mí, Mario, ¿Crees que podrás hacerlo, algún día?

—Ya lo he hecho, vida mía. Pase lo que pase, te tengo a ti.

Hicieron el resto del recorrido en silencio, la cabeza de Elisa apoyada en el hombro de su marido, él acariciándole el pelo como se lo hubiese acariciado a su pequeña, de poder hacerlo.

Por fin se detuvieron ante un misérrimo poblado, que a la escasa luz de la tarde que ya declinaba ofrecía un aspecto más cercano a un basurero que a un asentamiento humano. La nieve del día anterior se había deshecho ligeramente sobre las calles sin asfaltar, dejándolas cubiertas por una mezcla de barro y hielo, sobre la que flotaban las basuras. Tras un dificultoso avance en el que se calaron los pies, se detuvieron ante una puerta desvencijada, custodiada por un guardia civil. Tras el correspondiente saludo, el subinspector aporreó un par de veces la madera a modo de llamada.

Adentro se oyeron pasos, y un chaval de corta estatura les abrió la puerta. Unas siete u ocho almas —la mayoría eran niños— miraban temerosas a los recién llegados, y uno de los chiquillos se agarró a las faldas de una mujer joven, tan chiquilla como él y que bien podría ser su madre. La estancia estaba apenas iluminada, salvo

por el fuego que ardía en una improvisada estufa que presidía el centro de la habitación. Olía a humo, a suciedad, a hacinamiento… Elisa contuvo las fuertes arcadas que volteaban su estómago, exacerbadas por el estado de ayuno en que se encontraba.

Al parecer, todos en la chabola sabían o intuían el propósito de la visita de los recién llegados, así que en cuanto Urriaga se encaminó hacia el rincón donde una mujer acunaba en sus brazos a la niña, le siguieron con miradas sometidas, en silencio. El subinspector se acercó a ella, y con mucho cuidado, cogió al bebé, sin arredrarse ante la resistencia de la gitana, su mirada cargada de odio y esa retahíla incomprensible en romaní con la que maldecía a los intrusos.

El olor de la estancia, las caras sucias y asustadas de los gitanos que les rodeaban, la sensación de irrealidad y la tremenda tensión nerviosa que estaba soportando, hicieron mella en la resistencia de Elisa, quien gracias a la rápida reacción de su marido no cayó desplomada cuando sintió como sus piernas se le doblaban sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Pero se repuso en cuestión de segundos, sacando fuerzas de donde ya no le quedaban, aferrándose al momento, un momento crítico en el que pese a su extrema debilidad y su delicado estado emocional, debía permanecer consciente y alerta.

Urriaga ya estaba a su lado, portando en los brazos un bulto inmóvil cubierto de ropajes. Mario se adelantó, y descubrió a la pequeña. La luminosidad era escasa, pues la luz neblinosa que entraba por un ventanuco era apenas suficiente para desvelar las formas. No obstante, pudo ver que la cabeza de la criatura estaba cubierta por un pelo fino y dorado como el de su bebé. Sonrió imperceptiblemente, Elisa lo notó, y venciendo el miedo, se asomó también a la carita que los trapos dejaran al descubierto.

—¡Es ella, Mario, es ella!

Velasco había permanecido en segundo plano hasta ese momento, y se acercó también. —¿Está segura, Elisa?— le preguntó, elevando la voz sobre el murmullo lastimero que flotaba en el aire tras las palabras de Elisa. Pero enseguida vio el gesto serio

de Mario, que respondía a su pregunta con una rotunda negación de cabeza.

—¿Cómo que no, Mario? ¡Míralo, es Elisa, es nuestra niña!

El entusiasmo vesánico de Elisa espoleó los lamentos de fondo y los quejidos de la gitana, que ahora comenzaba a blasfemar, a juzgar por sus gestos iracundos.

Mario estaba convencido, aquella no era su hija. Era una niña rubia que se parecía a su pequeña en la justa medida en que dos bebés de esa edad pueden parecerse. Para salir definitivamente de dudas, miró detrás de la oreja de la criatura, donde Elisa tenía una pequeña mancha rojiza y de la que esta pequeña carecía.

—La mancha, Elisa, este bebé no tiene la fresita detrás de su oreja.

—¡Es nuestra pequeña, Mario! —insistía Elisa, cerrada al razonamiento y abierta de brazos para que Urriaga depositase en ellos a la criatura, mientras el policía luchaba contra el impulso de hacerlo, conmocionado ante la imagen desvalida de esa madre enajenada, y Velasco maldecía para sus adentros, al constatar que las emociones desbordadas arrastraban consigo— tal y como él temiera —a la sensatez.

De pronto, la puerta de la chabola se abrió, dejando paso a un peculiar pareja, ella calé de piel aceitunada y cabello negrísimo, menuda y tan joven que fácilmente podría pasar por una niña aún; él gitano también, moreno de piel, pero con el cabello dorado, del mismo tono que la pelusilla que adornaba la cabeza de ese bebé de la discordia. Al comprender lo que estaba sucediendo, la muchacha dio unos pasos decididos, hasta ponerse frente a esa paya intrusa y ladrona que quería quedarse con su hija. Tan cerca estaba, que Elisa pudo ver el fuego en sus ojos iracundos. Sin dejar de sostenerle la mirada, la joven se desprendió de la pañoleta que le servía de abrigo, y en un gesto airado que pilló a todos desprevenidos, arrancó de un tirón la botonadura de la humilde camisola para dejar al descubierto un pecho menudo y púber. Sin abandonar el arresto que demostrara desde su irrupción en la chabola, se acercó a Urriaga, y antes de que este pudiera reaccionar, el bebé pasó a sus brazos morenos, y al

sentir la tibieza del pecho materno, comenzó a mamar. Elisa bajó entonces la cabeza, derrotada. Sus pechos, como los de la niña gitana, también manaban una leche sin propósito, porque ya a nadie alimentaba. Le habían arrebatado a su hija, pero no estaba allí, no en aquel asentamiento pobre que durante unas horas había contenido todas sus esperanzas. La gitanilla era, sin duda, la madre del bebé, solo una madre hubiese reaccionado como ella lo hizo. Y respetando un tácito código de honor, Elisa aceptó la derrota.

—Ya les avisé que iba a resultar tremendamente doloroso, lo siento mucho —Fueron las palabras del inspector nada más subir al vehículo, pero nadie respondió.

El regreso en nada se diferenció de un trayecto hacia el patíbulo. Y cuando entraron de nuevo en casa, en aquella cripta húmeda y fría de donde les arrancaron lo que más querían, supieron que el sempiterno sueño humano de encontrar a cada momento la felicidad, había muerto en ellos para siempre.

La oscuridad de la noche, de esa tercera noche sin su hija, envolvió la casa con un luctuoso velo de negritud y tristeza. Otra pavorosa velada sentados en el sofá, hoy acariciándose las manos, buscando en el contacto con la piel del otro el nexo con una realidad de la que no podían distanciarse, por más que lo estuviesen deseando. Porque allí es donde debían estar, expectantes, esperando durante minutos eternos, durante horas, durante años si fuese preciso, el regreso de su hijita.

Los pechos de Elisa parecían haberse resignado al abandono, y de ellos ya no manaba la leche. Aquella hora era su preferida, cuando Mario ya había regresado de la facultad y ella, sentada en el mismo lugar en el que se hallaba ahora, daba de mamar a Elisa bajo la mirada tierna de él, mientras la pequeña, adormecida por el calorcillo que la envolvía y la voz monótona del locutor de televisión, soltaba el pecho de su madre y su cabecita caía rendida al sueño. Entonces la metían en la cuna, y tras contemplarla durante unos minutos en los que Mario pensaba siempre en el milagro de la vida, se iban juntos a la cama.

Ahora no podían dormir, tenían que permanecer alerta, esperando a su hija.

No desayunaban, apenas comían, tampoco cenaban. Pero la extrema debilidad de Elisa le hizo tomar conciencia de la necesidad de ingerir algo, por poco que fuese, así que se encaminó hacia la cocina. Desde la ventana que daba al huerto pudo ver la luna, esa misma luna que contemplara cuando aún pensaba que su hijita dormía en su cuna, a salvo de todo. Hacía tan solo dos días de aquella tarde en que la luna mágica y hermosa anunciaba la llegada de una noche de risas y amor, en la que celebrarían unas vidas juntos

que parecía cargada de buenos augurios. Hoy la luna tenía una blancura cadavérica, y desde la impunidad de su lejanía se mofaba de ella, de su fe en la bonanza del destino, de sus fallidos deseos de disfrutar al máximo toda la felicidad que tenía por delante. Allí, sobre la trébede, la mantita de lana del bebé perdido gritaba el desengaño, desafiante y vacía. Elisa la cogió entre sus manos, y aspiró con fuerza el olor que aún emanaba.

Sin soltar la manta a la que se había aferrado, puso el cazo a calentar. Tomaría una infusión de manzanilla, con la esperanza de que el azúcar le aportase un poco de energía, pues se sentía incapaz de digerir cualquier otro alimento. El agua ya estaba hirviendo, así que retiró la cazuela de la lumbre, y ya se disponía a verterla cuando algo la detuvo: había oído llorar a su hija.

Elisa se quedó paralizada. El entorno dejó de existir y el resto de sus sentidos dieron prioridad al oído. Elisa no se movía, contenía hasta la respiración, ni siquiera era consciente de que parte de la mantita rozaba la placa que estaba casi al rojo. Sí, acababa de oírlo, era su hija, estaba llorando.

En ese momento Mario apareció por la puerta de la cocina, y ella le instó a detenerse, mientras con el dedo índice sobre los labios le pedía silencio. La mirada inquisitiva de Mario dio pasó a la conmiseración, cuando Elisa le susurró:

—¡Mario, acabo de oír a nuestra hija!

Mario contempló con tristeza los ojos hundidos y asustados de su esposa.

—¡Mario, cariño, te juro que lo he oído! —Insistió mientras salía al pasillo, apartando con brusquedad el brazo con el que él intentaba detenerla.

Ante la atormentada mirada de su mujer y dispuesto a creer hasta en lo imposible, Mario se adentró en la habitación del fondo tras ella, y escuchó en silencio. Pero no oyó nada. Intuitivamente arrimó la oreja a la pared, intentando sin resultado escuchar los sonidos provenientes del otro lado, pero el muro de separación era tan grueso que a través de él no se oía nada.

Muy diferente hubiese sido seguir el rastro del sonido a partir

del sótano, pero aquello no se le pasó a Mario por su apesadumbrada cabeza.

Separó el cuerpo de la pared, y después de decirle a Elisa con desesperada rotundidad que él no había oído nada, se alejó por el pasillo, cabizbajo, como si ya no quisiese mirarle a la vida de frente, mientras su esposa le seguía en silencio, también derrotada.

Allí quedó el agua caliente olvidada, dispuesta a enfriarse lentamente. Y sobre la mesa de la cocina la mantita del bebé, chamuscada por una esquina, vacía e inútil.

La niña tenía mucho hambre, y lloraba. Ya había aprendido que ese pecho que ahora se acercaba a su boca era un engaño, estaba vacío, y apenas suministraba unas gotas de un alimento que su pequeño organismo rechazaba. A Juliana no le pasaron desapercibidas esas deposiciones diarreicas, cada vez más frecuentes, que producían unas escoceduras rojizas y abultadas sobre la delicada piel de las nalgas del bebé.

Tendría que ir de nuevo al poblado, no quedaba más remedio. Necesitaba la leche de la gitana o la niña enfermaría —si antes no moría de hambre— aunque Juliana sabía que la policía vigilaba las inmediaciones. La noche anterior no tuvo problemas, pero una nueva incursión nocturna era tentar a la suerte.

«No me queda más remedio que arriesgar, o la niña se muere. La niña de Dolores, porque lo que es la de Elisa, por mí como si la entierran ¿Me oyes, Dios?».

Ahora la criatura dormía. Quizás el cansancio, el hambre o todo junto habían contribuido a ello, pero la tranquilidad no duraría demasiado, porque en el momento menos esperado el bebé despertaría de nuevo, llorando, y el riesgo de que alguien oyese su llanto desesperado aumentaba en plena noche.

Juliana se vistió y acurrucó con cuidado a la niña entre su cuerpo, pero antes sacó de debajo del colchón las monedas que había reservado, las contó sobre la palma de su mano y decidió ir, pese a que temía que la gitana usurera, por esa cantidad, no haría ni el amago de desabrocharse el primer botón de la blusa mugrienta que cobijaba sus pechos fláccidos, pero tan fértiles aún. De todas maneras lo intentaría, acudiría a la pretendida buena voluntad de la mujer, recordándole la caridad que ella tantas veces llevó hasta su

puerta. Y quizás, si se humillaba lo suficiente, la gitana se conformase con la miseria que podía ofrecerle, compensando el resto del estipendio con una buena dosis de servilismo.

—Dolores, salgo. No abras la puerta, ¿Me oyes?

«Esta hija mía, Dios, qué bien está en ese mundo alejado del mundo, al que se ausenta. Ignoro si eres tú quien le ayuda a refugiarse allí, pero no lo creo, semejante prueba de conmiseración con mi Dolores se me hace extraña, viniendo de ti».

Pero ahora tenía que olvidarse de Dios, ya tendría tiempo de tomarla con Él en otro momento, porque necesitaba mantenerse muy alerta: el recorrido hasta el portal era sumamente peligroso debido a la posibilidad —improbable a esas horas, pero no inexistente— de toparse con algún vecino.

Acababa de cerrar su casa y ya se deslizaba pegada a las paredes del patio como una sombra, cuando sus temores se materializaron al oír una puerta que se abría. Era Teresa, quién regresaba de casa de Elisa después de ejercer, como cada noche, de buena samaritana. La luna brillaba con desenfadada inocencia, dibujando sobre la silueta del pozo la macabra sombra de un túmulo, mientras Juliana aguantaba la respiración, y estrechaba con fuerza al pequeño fardo que llevaba escondido, aterrada ante la posibilidad de que la niña comenzase a llorar en aquel instante. Teresa buscaba en la penumbra la llave de su casa. Sus toscas manos comenzaron a introducir con torpeza el llavín, y mientras lo giraba, ya perfectamente encajado en su ranura, giró la cabeza instintivamente hacia el patio. Pero no vio nada. Las sombras se hicieron cómplices de los negros ropajes de Juliana, de luto perenne por ese esposo que nunca tuvo. Si Teresa la hubiese localizado, agazapa entre las sombras, no hubiese dispuesto de una coartada válida que explicase su extraño proceder. Pero las sombras lo impidieron. Las tinieblas de aquel edificio maldito, las mismas que ampararon hace años el ultraje de la inocencia, arroparon ahora otro delito contra la vida, perpetuando la espiral de maldad que se gestó una noche fría nunca olvidada.

Una vez superado el tropiezo habido en el patio, Juliana salió, con más miedo que nunca, sobresaltándose incluso por el

movimiento de su propia sombra bajo las farolas. Agradeció de nuevo que la luna brillase, y se dirigió, haciendo un considerable esfuerzo, hacia el barrio de chabolas. Ya no nevaba como la noche anterior, pero quizás debido a ello, hacía más frío que nunca, un frío insoportable que entumecía sus delicadas manos castigadas por el trabajo de décadas, un frío que penetraba a través de los ropajes, haciendo que le escociese hasta el alma, entumeciendo su musculatura hasta el límite de lo soportable.

A pesar de ello, esta vez el trayecto se le hizo más corto. Sin percatarse del barro y la suciedad en los que se hundían sus pies, avanzó hasta detenerse en esa puerta a la que llamara la noche anterior. Ahora que ya estaba allí y aliviada quizás por el hecho de haber llegado sin tropiezos, se concedió un pensamiento optimista mientras sus nudillos golpeaban la puerta, y cuando esta se abrió, estaba convencida de que la gitana se conformaría con lo que podía ofrecerle. «¡Cómo va a rechazarlas, por pocas que sean las monedas, si la leche le sobra!».

Pero sus esperanzas se desinflaron ante las primeras palabras que oyó al otro lado de la puerta:

—¡Maldita paya… Largue de una vez!

Juliana insistió:

—¡Por Dios, por sus hijos, ábrame! ¡La necesito! ¡Todo lo que tengo, todo, para usted! Fue el alegato desesperado de aquella mujer aterida de frío, de cuyos labios amoratados salían las palabras a trompicones.

Finalmente, ante tanta insistencia, la puerta se abrió, pero en lugar de la gitana apareció el hombre enclenque que le abriera la noche anterior. Y aunque el aspecto del individuo no resultaba amenazador, el odio que Juliana vio reflejado en sus ojos le hizo retroceder un paso.

—¡Lárguese, paya del demonio! ¡No queremos verla más por aquí, los guardias ya andan rondando el poblado!

Ya iba a cerrar el hombre cuando Juliana, sorprendida ante su propia reacción, interrumpió el movimiento con la mano:

—Espere… ¿Dice que los guardias han venido?

—Bien lo sabe *usté*, so bruja, y bien sabe lo que andan buscando… A una criatura, como esa que trajo *usté* ayer… Que los gitanos somos gitanos, pero no tontos… ¡Cómo vuelva por aquí la molemos a palos!

Y ante el estupor de la mujer, el gitano cerró definitivamente la puerta. Juliana temblaba, pero ahora no era a causa del frío del que ni siquiera se percataba ya. ¿La policía la estaba siguiendo, o qué? «¡Ay qué perra vida, Dios!».

Ya era inútil insistir, así que abandonó el poblado mirando hacia todos los lados, parándose cada pocos pasos y escondiéndose, por si la seguían. Pero cuando ya estaba cerca de su casa se tranquilizó un poco: en aquella noche fría como la muerte ni siquiera los desamparados rondaban las calles durmientes de la ciudad.

Penetró a toda velocidad en la oscuridad del portalón, en la que se sintió a salvo. Y al percatarse de la niña que llevaba fajada entre sus ropas, rompió a llorar. «Que sea lo que el mismo demonio quiera que sea».

Cuando entró en casa, la niña seguía profundamente dormida. Dolores lo hacía también, como otra criatura, ajena a la angustia que asfixiaba a su madre, al dolor que estaba causando, a la gravedad de su acción. Aunque su futuro había sido cercenado, al menos la desgracia de su enajenación era compensada por esa plácida indolencia, que le mantenía al margen de tanto sufrimiento. «Bendita locura».

Juliana depositó a la pequeña con infinito cuidado en la cama, a su lado, al calor de su cuerpo, con la esperanza de que no se despertase, y también ella se quedó dormida a los pocos minutos, tan agotada mental como físicamente, entregada a un sueño inquieto, poblado de amores prohibidos y persecuciones, de inocencias defraudadas y llantos pueriles.

13 DE ENERO

A la desaparición de la pequeña Elisa se sumaba ahora el inquietante descubrimiento del pozo, el cual abría una nueva línea de investigación. Velasco y el subinspector ya estaban a primera hora de la mañana en el edificio —El edificio maldito, como le llamaba Urriaga, sin saber aún cuán certera era su intuición— con la intención de entrevistar de nuevo a los vecinos, por si pudiesen aportar algún dato. El análisis forense había revelado que los huesos pertenecían a un recién nacido y llevaban bajo las aguas al menos una década.

—Comenzaremos interrogando a la madre viuda y a la hija, que viven en el edificio desde hace bastante tiempo. Además, esas dos me llaman la atención, Urriaga, no sé por qué, pero hay algo que… No sé. Tendremos que tener los ojos bien abiertos.

—En mi humilde opinión solo son un par de infelices, pero yo carezco de su experiencia, señor, y de su intuición. No obstante, permaneceré alerta como un vigía —añadió Urriaga, sumiso y conciliador.

Los policías se encaminaron hacia la puerta, y llamaron con un timbrazo corto. Esperaron unos segundos, y al no recibir respuesta, insistieron.

—Ya empezamos —comentó Velasco al subinspector— ¡Pues hasta que no me abran, no me muevo de aquí! ¡Habrase visto!

Tras unos cuantos timbrazos, que a punto estuvieron de agotar la paciencia de los hombres, Juliana abrió la puerta. Temblaba visiblemente y estaba muy desmejorada. Y no era para menos,

porque en cuanto oyó el timbre, supuso que eran los policías, y el mundo se le vino encima. La pequeña había tomado leche al despertar, pero era evidente que no le sentaba bien. Habían tenido que cambiarle el pañal dos veces, y seguramente le doliese la tripa, porque además del llanto causado por el hambre, ahora se quejaba de una forma nueva, y apretaba los puños mientras se estiraba espasmódicamente. No, esa leche no le sentaba bien a la criatura, había que buscar una solución urgente, iría a una botica, al otro lado de la ciudad para no despertar sospechas, y compraría un bote de leche para lactantes con lo poco que le quedaba. Pero en este preciso instante, lo verdaderamente urgente era capear la visita de los policías. Así que Juliana encendió la radio y subió el volumen.

—¡Dolores, baja con ella al sótano, y no salgas por nada del mundo! ¿Me oyes?

Dolores desapareció en las profundidades, intentando amortiguar las protestas de la pequeña contra su pecho.

—Buenos días señores… ¿Qué se les ofrece?

—Buenos días… ¿Podríamos pasar un momento? Necesitamos hablar con ustedes.

Como era evidente, la pregunta del inspector era simple cortesía, con lo cual a Juliana no le quedó otro remedio que retirarse para que pasasen, mientras con la cabeza gacha les indicaba la puerta de la salita, que ya conocían. Pero antes de penetrar en ella, el inspector fijó su atención sobre algo que vio en el suelo de la entrada.

Los policías tomaron asiento como hicieran en el anterior interrogatorio, pero esta vez Juliana tuvo la acertada ocurrencia de ir a por otra silla. «Mejor así».

—Como usted estará al tanto del fatídico hallazgo del pozo —las noticias escabrosas vuelan— supondrá que venimos a investigar al respecto.

A Velasco no se le escapó el nerviosismo evidente de la mujer cuando él mencionó el pozo. Desde ese momento, no paró ni un segundo de retorcerse las manos.

—Ustedes viven aquí desde hace bastantes años, ¿Verdad?

—Sí… yo no quiero ser descortés ni faltarle a su autoridad, pero

ni mi hija ni yo podemos ayudar en nada de eso, yo no soy más que una pobre viuda y mi hija… Pues ya la ha visto usted, una infeliz, es como una criatura.

—No se ponga a la defensiva, Juliana, que no es necesario — Entre la actitud tan poco colaboradora de la mujer y el insolente volumen de la radio, martilleándole los tímpanos con la musiquilla del anuncio del Cola Cao, al inspector se le estaban llevando los demonios— ¡Y haga el favor de bajar ese aparato, que así es imposible trabajar!

Al oír la orden encolerizada de Velasco, Juliana supo que lo tenía todo perdido. Si bajaba el volumen de la radio, el llanto de la pequeña sería perfectamente audible. La suerte estaba echada, había llegado al final del juego, pero había perdido. Aún a través del capuchón negro que en un último y piadoso acto le pondrían sobre la cabeza, ya podía sentir la mano áspera del verdugo, aprestándose a dislocarle el cuello mediante un único, limpio y certero giro del tornillo. Las piernas comenzaron a temblarle tanto, que se sintió incapaz de cubrir la pequeña distancia que le separaba del aparato de radio. Para empeorar las cosas, el inspector preguntó por Dolores:

—¿Y su hija? Haga el favor de avisarle, que queremos hablar con las dos.

Ante las palabras del inspector, a Juliana se le ocurrió la disparatada idea de huir por el sótano a través de las ventanas que daban al huerto. Dejarían allí a la mocosa, y cuando los policías quisiesen darse cuenta, Dolores y ella ya estarían muy lejos. Podrían huir y refugiarse en algún pueblo perdido. ¡Cualquier cosa antes que el garrote vil!

—Esperen un momento, señores, que voy a buscar a mi hija.

—¡Por Dios, vaya a donde sea, pero antes apague esa radio de una puñetera vez!

Juliana se encaminó hacia el aparato, mientras los segundos parecían estirarse, como si se le concediese el poder de dilatar sus últimos minutos, porque cuando bajase el volumen de la radio, su vida tendría las horas contadas. Por fin posó su dedo tembloroso sobre el botón del aparato, y tras rendirse a un destino ineludible y

sin escapatoria, lo movió hasta que la dichosa música enmudeció por completo.

Ya estaba hecho. A continuación se oirían los llantos, amortiguados por el forjado del suelo, de la criatura de Elisa. Los policías sacarían sus armas con un movimiento rápido y apuntarían directamente a su cabeza, mientras la obligaban a conducirlos hasta la niña… ¿Y Dolores? «¡Ay hija mía de mi vida, qué puta suerte la nuestra!».

Pero para estupor de Juliana, nada de eso sucedió. No se oyó ningún llanto, no se oyó nada de nada. «En unos segundos… en unos segundos…».

Pero ni siquiera tras un rato se produjo la temida situación. El inspector insistía otra vez, reclamando la presencia de Dolores, cuando esta apareció repentinamente en la salita.

—Aquí tienen a mi hija, señores, pregunten… Yo con su permiso… —Los policías no supieron interpretar el inequívoco estupor en el rostro de la mujer.

—No, Juliana, usted se queda, son solo unos minutos y terminamos…

Ante las palabras del inspector, los nervios de Juliana se tensaron tanto que temió desmayarse. Una de las dos tenía que quedarse con la niña, intentar calmarla como fuese, arrullándola, introduciéndole el dedo en la boca a modo de chupete, engañándola con un poco de agua, o con esa leche que estaba visto que no digería bien… hacer lo que fuese para que permaneciese callada por unos minutos era la diferencia entre la vida y la muerte. Pero el inspector había sido tajante, le había ordenado quedarse allí. ¿Y Dolores? ¿Acaso no le había dejado claro que no se moviese del sótano pasase lo que pasase? Si salían del atolladero, a Dolores le caería una buena reprimenda, por insensata.

El interrogatorio discurrió sin pena ni gloria, aunque Velasco no quitaba los ojos de los castigados dedos de Juliana, tan sorprendido porque las contorsiones no hubiesen quebrado más de uno, como intrigado por su actitud. Finalmente decidió dar por finalizada la entrevista, antes de que a aquella pobre mujer le diese un síncope.

En efecto, cuando Urriaga y Velasco salieron de la casa, Juliana se apoyó contra la puerta, pues las piernas no le sujetaban. No se le pasó por alto que el inspector había detectado su patente nerviosismo, pero ya tenía bastantes problemas como para reconcomerse con ello.

Ya estaban los policías cruzando el patio cuando el inspector, sarcástico, se dirigió a su subordinado, la visita le había puesto de un humor de perros y nada mejor para resarcirse que sacarle los colores a Urriaga:

—Y digame, Urriaga… ¿Algo que le haya llamado la atención especialmente?

—Pues no sé qué decirle, señor…

—Ya veo, ya… Así que alerta como un vigía… ¡Pues menos mal que no estamos en alta mar, porque habríamos naufragado estrepitosamente! —«Velasco y su manía de humillarme»—. Por lo que puedo comprobar, le han pasado desapercibidos unos zapatos embarrados que había en la entrada… como si la propietaria hubiese estado en el poblado de chabolas, mis zapatos acabaron igual. En fin, Urriaga, habrá que averiguar a qué se dedica esta Juliana cuando no la vemos.

Tras recuperarse un poco de la terrible tensión sufrida, Juliana se retiró de la puerta, comprobó a través de la ventana del cuartito que los policías se alejaban y se dirigió muy enfadada hacia la cocina. Como Dolores no estaba allí, supuso que habría bajado al sótano, así que levantó la trampilla y la llamó. Le hubiese gustado hacerlo a gritos, estaba verdaderamente indignada con su hija, esa insensata que a punto había estado de echarlo todo a perder, pero no quiso asustar a la pequeña, sus nervios eran incapaces de aguantar ni un solo lloro más.

—¡Dolores… Dolores! —llamó a media voz.

Enseguida Dolores le contestó desde la profundidad de las sombras subterráneas.

—Sube, anda, que tenemos cosas que hacer…

Nada más aparecer Dolores con la pequeña en brazos, Juliana comenzó a sermonearla, aunque desistió de su empeño al comprobar que su hija, embelesada ante la contemplación de la criatura, no le estaba haciendo ni caso.

—Por esta vez hemos librado, pero no puedes hacer lo que te venga en gana, Dolores, que nos jugamos mucho. Tienes que obedecerme, hacer lo que yo te diga… ¿Me oyes?

Por cierto, la niña está muy tranquila, ¿No? A ver si comienza a acostumbrarse a la leche y se nos acaba una preocupación de las gordas…

Juliana se acercó a la pequeña Elisa, y aunque Dolores se había sentado con ella de espaldas a la luz y la toquilla la cubría casi por completo, percibió algo extraño. El color… el color de la cara de la criatura… estaba como azulada… De una zancada se abalanzó sobre ambas y destapó por completo el rostro del bebé, mientras Dolores

la miraba, muy asustada. Juliana acercó el oído a la boca de la pequeña, y tras esperar unos segundos, comenzó a zarandearla ligeramente.

—Madre, la vas a despertar… Y no queremos eso.

Pero Juliana insistía en los zarandeos, cada vez más fuertes. Dolores, asustada y confusa, se giró de lado, para que esa madre suya que parecía haber perdido repentinamente el juicio dejase de sacudir a la niña, podría hacerle daño…

—¡Dolores! ¡Esta niña no respira!

Juliana arrancó de los brazos de su hija al bebé desmadejado, y en cuando lo tuvo en los suyos, sus peores temores se materializaron al comprobar que la pequeña no reaccionaba.

—¡Dolores, so bestia! ¡Qué has hecho! — Se lamentaba Juliana amargamente, y su patético semblante era el de una dolorosa— La apretaste contra ti, ¿Verdad? Para que no se la oyese llorar, la apretaste… ¡Ay Dolores, hija mía! No era una muñeca, Dolores, la asfixiaste, hija… ¡Ay, pero qué hemos hecho!

Juliana cayó de rodillas al suelo, juntó sus manos y elevó la mirada al cielo. Cualquiera que desconociese que ella no rezaba, creería equivocadamente que lo estaba haciendo, sin sospechar que su postura, sus ademanes y su actitud eran su forma peculiar de expresar su rendición, de plegarse a los dictámenes del destino. No lloraba, el bebé que con tanto amor gestara Elisa no le importaba, porque Juliana ya había aprendido la dureza de la vida, y la terrible lección de que las madres han de soportar lo indecible por esos hijos que traen al mundo, pues el sufrimiento es algo inherente a la maternidad, algo que hay que saber aceptar. Juliana no lloraba, pero su desesperación era infinita, como solo puede serlo la desesperación que nace de los actos irreversibles, como la muerte.

«Dios, parece que por fin sacaste el as de la manga. Eres un tramposo, siempre lo has sido. Aunque la partida aún no ha terminado…».

Dolores seguía meciendo el cuerpo sin vida de la pequeña, mientras Juliana, demacrada, asustada y vencida, daba los últimos coletazos, como si fuera un pez fuera del agua a punto de claudicar ante su muerte inminente. Había sucedido todo tan rápido… los acontecimientos habían ido encadenándose sin darle tiempo a pensar, sin tiempo para maniobrar. Y ahora estaban en el callejón sin salida, ante el acontecimiento definitivo e irreversible. Ahora, hicieran lo que hicieran, ya no había escapatoria para ellas.

«¿O sí?».

Lo había hecho una vez, hacía ya mucho tiempo, y salió bien. ¿Por qué no intentarlo de nuevo?

«Dolores había estado incómoda durante todo el día, Ya no salía de casa, Juliana quería evitar a toda costa las habladurías. Cualquier día abandonarían para siempre aquel maldito edificio y se irían a otra ciudad en la que comenzar de nuevo, ella ya lo hizo una vez, podrían hacerlo otra. Dejarían a la criatura en el torno del hospicio, al fin y al cabo nada significaba, no era más que el fruto maldito de la semilla de satán, y comenzarían una nueva vida, libre de fantasmas».

Dolores había pasado el día mal porque estaba de parto. Alrededor de las doce de la noche, las contracciones se hicieron insoportables, y la chica se retorcía de dolor, mientras intentaba no dejar escapar ni un quejido, los vecinos no debían saber nunca lo que estaba sucediendo dentro de la pequeña vivienda.

Al cabo de unas horas el parto aún no había concluido, y el estado de Dolores empeoraba. La intuición le decía a Juliana que

algo no iba bien, había que buscar un médico a toda prisa, aún a costa de dar al traste con el secreto tan bien guardado durante nueve largos meses. Pero Dolores lo era todo para ella, y su hija estaba sufriendo muchísimo, puede que su vida corriese serio peligro. Ya estaba Juliana abrochándose la enagua para salir, cuando la llamada aterrada de su hija la detuvo: entre un charco de sangre el recién nacido llegó al mundo. Juliana se apresuró a cogerlo con manos temblorosas, y al instante vio lo que sucedía. Introdujo el dedo en la boca de la pequeña, con la intención de despejar las vías respiratorias, pero el cuerpecillo amoratado e inerme no respondió. Hizo cuanto sabía por devolverle la vida a aquella criatura, hija del pecado de un desalmado, hija de la humillación; lo intentó de verdad, intentó defender la vida, aunque fuese aquella, de una forma instintiva, pero no pudo ser. Finalmente, envolvió el cadáver en una sábana y se acercó a Dolores, que dormitaba extenuada, la relajación dibujando sus rasgos tensos de hacía unos minutos y un atisbo de ¿felicidad? en su rostro maltrecho.

—Madre, quiero ver a mi hijo.

—Es una hembrita, Dolores, pero ahora no puede ser. Estás agotada, descansa un poco.

—Dámela, madre, dame a mi hija, quiero verla.

Dolores se iba a incorporar para coger a la niña, y Juliana dudó. «Que sea lo que tenga que ser, tarde o temprano ha de enterarse…». Así que le tendió el bulto que yacía entre sus brazos, y Dolores lo aceptó con una fascinación maternal carente de instinto, pues no supo —o no quiso— ver que la criatura estaba muerta.

El canto primaveral de los pájaros que anidaban en el huerto despertó a Juliana de su sueño. Dolores aún dormía, felizmente abrazada a su hija sin vida. El día, hermosamente soleado, le masajeó el alma con una pequeña dosis de optimismo: su hija estaba bien, y las consecuencias del crimen cometido contra ella habían desaparecido para siempre. Todo se recolocaba de nuevo, para volver a empezar. Solo tenía que deshacerse del bebé, y era

un problema, porque al dejar a un niño muerto en el torno corrían un riesgo muy grande, tarde o temprano la policía daría con ellas. No, lo del torno quedaba descartado, pero a Juliana se le ocurrió otra idea.

Ya estaba anocheciendo, una luna inmensa brillaba en lo alto del cielo, y a través de la ventana abierta llegaban los gritos alborozados de los niños que aún jugaban en el patio, el sonido inequívoco del metal del tenedor chocando contra la loza en un batir enérgico de huevos, el olor inconfundible y entrañable de la cebolla frita… La vida bullía afuera y llamaba a su puerta, en cuanto hiciese lo último que le quedaba para zanjar aquel asunto, Dolores y ella comenzarían una nueva vida, tenían derecho a ella, ya habían sufrido bastante.

—Dolores, hija mía…

Dolores seguía aferrada a la criatura muerta, no había aflojado el abrazo ni cuando se tomó el consabido caldo de gallina que su madre había preparado para ella. Y Juliana comenzó a intuir la magnitud del nuevo problema al que debía enfrentarse. Era evidente que su hija no era consciente de lo sucedido.

—Dolores, hija, la niña no se mueve… ¿Tú no te das cuenta?

Dolores negó con la cabeza.

—Está muerta, hija.

Dolores abrió mucho los ojos, y Juliana continuó:

—¿Tú sabes cómo llegó ese ser a tu cuerpo, verdad? Claro que lo sabes. Y aunque no lo creas, es lo mejor que ha podido pasar, porque tendrás otros hijos, pero hijos de verdad, hijos del amor y no del crimen, hijos de un padre al que ames, y en cuyos ojos verás siempre reflejados los de él.

Dolores asintió, y sin más preámbulos, estiró los brazos para tenderle a Juliana el bulto al que llevaba casi un día entero abrazada. Juliana reaccionó rápidamente, temerosa de que Dolores se arrepintiese.

—Me la llevo. Enseguida vuelvo.

—¿Adónde vas, madre?

—Pues a enterrarla, hija, adónde voy a ir…

—Es preciosa, ¿Verdad, madre? Es tan bonita que no sé si quiero dártela, a ver qué haces, cuídala bien.

—Sí, Dolores, claro que sí.

Juliana salió de casa con lágrimas en los ojos, era evidente que lo de empezar de cero era imposible, porque la acción de aquel depravado había dejado una cicatriz indeleble en el alma de Dolores, y Él tenía la culpa, «Dios, no te cansas de martirizarme, ¿Verdad que no?».

La noche era inequívocamente primaveral, una brisa suave acariciaba la piel y despertaba sensaciones dormidas. El patio ahora estaba en completo silencio. Antes de salir, Juliana comprobó por la ventana que todas las luces del resto de las viviendas estaban apagadas. Con mucho sigilo, abrió del todo la puerta, y salió con el bulto en los brazos. Amparada en las sombras del porche, permaneció unos minutos eternos cerciorándose de que la noche se había apoderado de la pequeña comunidad y todos dormían. Y aunque el silencio era absoluto, la claridad de la luna incidiendo directamente sobre el pozo le impedía abandonar su escondrijo, hacerlo era como ser la protagonista única de la obra y salir a escena, a partir de ese momento el foco recaería sobre ella. Tras unos minutos más, se armó de valor. Sería cuestión de unos segundos, y todo habría terminado. Así que cual emisaria de la mismísima muerte, cruzó como un espectro la corta distancia que le alejaba del brocal, y tras mirar nerviosa a ambos lados, desenvolvió el bulto —temía que la blancura de la tela destacase en el lodo del fondo— y arrojó su mortífera carga a la negra boca. El sonido del cuerpo al chocar contra la superficie del agua, amplificado por la piedra de las paredes y la quietud de la noche, le hizo huir a toda velocidad hacia las sombras, pero envalentonada al sentir cumplido su objetivo, se encaramó de nuevo al brocal, para comprobar que el engendro del mal dormía el sueño eterno arropado por el fango. El resto fue fácil: regresó a casa rápidamente, echó la sábana que utilizara de mortaja a la hornilla y pensó que, cuando al día

siguiente lo viese arder, la pesadilla acaecida aquella tarde de otoño habría terminado por fin.

Se acostó y durmió tranquila, con la sensación de haberse quitado un enorme peso de encima. Al día siguiente comenzaría la nueva vida.

No sospechaba Juliana que aunque la noche parezca dormida, siempre hay entre sus sombras ojos acechantes. El pequeño Luis, cuya cama estaba pegada a la ventana que daba al patio, no podía dormir, desvelado por las terroríficas historias con las que su hermano mayor se dedicaba a mortificarlo. Se puso de pie en la cama, la luna iluminaba el patio como si ya fuese de día, y esa sensación le tranquilizaba. De pronto vio una sombra negra surgir del porche, y se quedó paralizado por el terror, hasta que reconoció perfectamente a la vecina, a Juliana. Vio como sacaba algo de entre la negrura de sus ropas y lo arrojaba al pozo, creyó oír el chapoteo de lo que fuese al caer al agua. Pero Luis tenía entonces siete años, aún no comprendía el mundo adulto, tan extraño, por lo que la actitud de la mujer no le sorprendió demasiado.

Al día siguiente, lo primero que hizo fue asomar al pozo, pero en ese preciso instante su madre lo agarró del cuello de la camisa y le propinó una buena azotaina, tenía terminantemente prohibido acercarse a ese brocal que alguien debía cerrar de una vez por todas, ahora que ya no se usaba, antes de que sucediese una desgracia.

Lo había hecho una vez, hacía ya mucho tiempo, y salió bien, así que volvería a hacerlo. Ya habían registrado el pozo a conciencia, por lo que no volverían a buscar allí. Una vez más, era el plan perfecto.

En cuanto la noche cayese sobre el patio, Juliana arrojaría la muerte a las profundidades lodosas. La sombra del garrote, tan nítida hacía unas horas, comenzaba a desvanecerse.

A primera hora de la tarde los golpes alertaron a Juliana. Parecían proceder del patio, así que, intrigada, se asomó por la ventana y contempló con horror cómo dos hombres instalaban una tapa en la boca del pozo. Sin pensárselo decidió investigar qué sucedía:

—Al parecer son órdenes del juzgado, señora. El pozo debe quedar cerrado a cal y canto —fue la respuesta de uno de los trabajadores.

«Vaya contrariedad, ahora que lo tenía todo pensado»… ¿Qué iba a hacer con la dichosa niña de Elisa? Con la criatura en su poder corrían un riesgo enorme, había que deshacerse de ella, como fuese. En su delirio, a Juliana se le pasaron por la cabeza las mayores atrocidades. La hija del joven matrimonio no suscitaba en ella ninguna lástima, tampoco Elisa, esa malcriada cuya infancia transcurriera entre sábanas de hilo bordadas por los dedos callosos, cosidos a picotazos, de su pobre Dolores. La conmiseración escapaba también a doña Matilde, esa prepotente señorona, usurera y explotadora de infelices viudas sin recursos. No, ninguna de ellas despertaba la compasión de Juliana, no la merecían. De su casa salió aquella tarde maldita Dolores, pero nadie se preocupó por ella, a pesar de que ya era noche cerrada y la oscuridad, ya se sabe, es el escondite de los depravados. Nunca pudo arrancarle a su hija la verdad, pero estaba segura de que el monstruo que la atacó la siguió desde allí, desde ese barrio de postín.

Habían sido demasiados años de sufrimiento callado, en los que la amargura, como ácido corrosivo de alma, había carcomido los sentimientos de Juliana hasta casi destruirlos, y en las posibles soluciones a una situación que se le había ido de las manos no

importaba el grado de atrocidad de las mismas, solo su eficacia resolutiva, porque la prioridad era salvarse y con ello, salvar al único ser de este mundo al que protegería con su vida, su hija Dolores.

Quizás arrojase «el bulto» entre las basuras del poblado de chabolas, necesitaba una cabeza de turco que cargase con el crimen. Pero, ¿Y si era cierto lo que dijo la gitana y la policía la había visto rondando por allí? En cuanto lo descubriesen atarían cabos y caerían sobre ella… No, lo del poblado no era buena solución.

Mientras contemplaba sin ver las evoluciones de los hombres que clausuraban junto con el pozo la solución más sencilla a su problema, desde la cristalera abierta que comunicaba con el portal oyó la puerta de Mario y Elisa que se abría. Enseguida reconoció la voz de don Isidro, el párroco, y la de Elisa y doña Matilde:

—Bueno, hija mía, queda con Dios. Ya sabes que si necesitas mi consuelo, estoy para ti, a la hora que sea. No te culpes, Elisa, los caminos del señor son inescrutables, y aunque te parezca difícil comprenderlo ahora, en su momento hallarás la senda.

Elisa no respondió a las palabras del párroco, y a Juliana no le extrañó: «Ya ves con lo que le sale el buen hombre este, como si a Elisa ahora le importasen algo las sendas del señor… esta lo que quiere es a su hija, y no que la mareen con sermones estúpidos… Si lo sabré yo».

Entonces habló doña Matilde, Juliana distinguió perfectamente su voz, firme, autoritaria, pero con un inequívoco matiz de coquetería y altivez, del que no prescindía ni para dirigirse al cura:

—Muchas gracias por su visita, padre. Nos vemos hoy en misa de siete.

—Estaré encantado de decir una misa por la pequeña, vamos a rogarle a Dios nuestro señor, para que devuelva a la niña a su cuna, y con ella la paz perdida a este hogar.

«Pobres incautos, Dios… ¿Les vas a dejar que te recen, aún a sabiendas de que ya no puedes hacer nada por ellos, aún a sabiendas de que para ganarme la partida, has decidido sacrificar a su hija? ¡No terminarás nunca de sorprenderme!».

Y cuando ya pensaba que lo tenía tremendamente difícil, como

guiada por esa conversación que acababa de oír, Juliana vio la solución: la misa de siete. En cuanto todos saliesen hacia la iglesia, ella entraría en casa del joven matrimonio, y dejaría a la niña en la cuna, con la ventana del cuartito abierta. Como prevalecía la hipótesis de que alguien había entrado en la casa y se había llevado a la pequeña, el hecho de que el mismo secuestrador hubiese entrado de nuevo la respaldaba a la perfección. «La policía creerá que han matado a la nieta para vengarse del abuelo».

Sí, el plan era relativamente fácil de ejecutar, un poco arriesgado, pero más misericordioso que las soluciones que, desde que viera el pozo tapiado, bombardeaban sin tregua su mente aturdida. Afortunadamente había encontrado una salida sin tener que recurrir a ninguna de las descabelladas ideas que había imaginado, pues llegado el momento quizás no hubiese tenido valor para ejecutarlas, ella no era como esos seres sanguinarios que llenaban con sus macabras hazañas las páginas de sucesos, y aunque la desesperación es mala consejera, puede que en el último momento se hubiese echado atrás… Ella no era una asesina.

Ahora quedaba la parte más difícil, la de convencer a Dolores para que renunciase a «su hija». Sabía por experiencia que la mujer se resistiría, y no había tiempo que perder.

Por eso, media hora antes de misa de siete, Juliana comenzó con el arduo trabajo de engañar a Dolores. ¡Le daba tanta lástima su pobre hija! Pero no quedaba más remedio, por el bien de las dos. Decidió improvisar:

—Dolores, hija de mi vida… dame a la niña, anda.

—No quiero, madre. Esta vez no me la quitas. Ya lo hiciste una vez, pero ahora no me engañas más.

—Dolores, ¿Recuerdas cómo llegó a ti la niña? Sí, hija, sé que lo recuerdas… Aquella tarde de otoño, en la oscuridad del portal…

Dolores comenzó a temblar, y Juliana también, se le partía el alma. Pero por ella, por Dolores, debía hacerlo, por mucho que doliese:

—Mírala bien, hija… ¿Qué ves al mirarla? ¡El rostro del mal, Dolores, el semblante mismo de quien tanto daño te hizo!…

Recuerda, tanto sufrimiento… ¡Cómo olvidarlo, hija de mis entrañas!

En efecto, sin Juliana saberlo, las dos criaturas se parecían tanto, y Dolores tenía tan grabada la cara de su propia hija, que sus palabras surtieron el efecto deseado:

—Tendrás otros hijos, Dolores, hijos de la luz en cuyos ojos puedas ver los de ese hombre amado con el que yaciste, como yo puedo ver en los tuyos los de tu amado padre…

Dolores poco a poco fue cediendo a la presión, sin apartar la mirada de la criatura. Finalmente la dejó sobre la trébede y se fue, sin mediar palabra, a ese mundo seguro en el que solía refugiarse.

Juliana tuvo la precaución de vestir el cadáver de la niña con las ropas con las que Dolores la sacó de la cuna, pues durante ese tiempo habían usado las ropas de bebé que guardaban, desde hacía años, en un armario cerrado con llave. Mientras lo hacía, reparó extrañada en el parecido demencial que aquella niña guardaba con esa otra, muerta tantos años atrás, y una luz muy débil se encendió en un remoto cuartito trastero de su cerebro. Pero como en aquel momento tenía otras prioridades, la apagó y cerró la puerta sin mirar.

La hora había llegado. Juliana decidió salir al patio y asegurarse que todos partían hacia la iglesia, aunque no quería que la viesen, pues no tenía justificación para su ausencia precisamente aquella tarde, cuando todos conocían su habitual costumbre de asistir a misa de siete. Pero como si de un despropósito se tratase, en aquel momento salió Teresa de su casa, con sus tres pequeños a rastras.

—Qué, Juliana, a misa me imagino… ¿Dolores no le acompaña?

—Nones hija, que está la pobrecita poco bien, dolencias de mujeres, qué te voy a contar…

—¡Vaya por Dios! …¿Sabe si Elisa ha salido ya?

Antes de que Juliana pudiese responder, oyeron abrirse la puerta de su vecina.

—Mire, ahí salen… No quiero ir con ellos, a la pobre Elisa le tortura la visión de mis pequeños, no hay más que ver con qué lástima los mira. Esperaré un poco hasta que se alejen. Usted vaya

marchando si quiere…

—Pues sí, no me gustaría llegar tarde.

Juliana abrió la puerta cristalera justo en el momento en que Elisa, Mario y los padres de ella salían en tropel, cabizbajos y silenciosos. Tras unos segundos ella salió también a la calle, pero no tomó la dirección de la parroquia, sino la contraria, parándose a la vuelta de la esquina, en el escaparate de la droguería. Desde allí oyó a la perfección las voces infantiles de los pequeños de Teresa cuando esta salió hacia el templo, y entonces supo que en el edificio no quedaban ojos indiscretos. En unos segundos entraba de nuevo en el portal, no tenía un minuto que perder.

Cuando entró en su casa, Dolores había cogido de nuevo a la niña en brazos. Su hija era tan imprevisible que temió que hubiese cambiado de opinión y se aferrase a la criatura muerta, tenía el tiempo demasiado justo, no podía perderlo intentando convencerla de nuevo. Decidió actuar con contundencia, así que se acercó dispuesta a quitársela. Pero no fue necesario, Dolores estaba tranquila, ella misma le tendió el bulto a su madre, extrañamente sonriente, extrañamente relajada.

—Madre, ¿Ha visto qué linda está?

—Sí, hija, sí. Anda, que no nos sobra el tiempo.

Dolores se refería a los coloretes que le había pintado a la niña, lo mismo que hicieron con la señora Francisca. Juliana, demasiado agobiada por la faena que tenía entre manos, no se percató de sus palabras. Envolvió a la niña y cargó con ella.

—Espérame, no te muevas de aquí.

—¿No quiere que vaya con usted, madre?

—No, no quiero, Dolores, que si surge cualquier cosa, mal para escapar una, conque las dos… Quieta aquí, que enseguida vuelvo. ¡Y hazte caso de lo que te digo! Es muy importante, Dolores, ¿Lo comprendes?

En efecto, era muy importante que Dolores obedeciese y le dejase hacer a ella. Una vez libres del cuerpo del delito, nunca se esclarecería el crimen. Podrían empezar de nuevo, una vez más.

Juliana abrió la trampilla, descendió con cuidado las escaleras y

atravesó el sótano hasta la puerta. Una vez traspasada, estaba debajo de la casa de Elisa. «¿Y si ha quedado alguien adentro?». Había visto perfectamente cómo salían los cuatro, camino de la iglesia, pero el miedo jugaba contra ella, haciéndole dudar. Por si acaso, se quedó quieta en mitad de la oscuridad, escuchando. Se armó de valor y se acercó hasta la trampilla. No se oía nada, pero esta circunstancia no era demasiado tranquilizadora, pues quien hubiese quedado apenas metería ruido… Dejó el bulto en el suelo y levantó con cuidado la trampilla. Ningún movimiento, aparte del arrastrar sigiloso de una cucaracha en busca de alimento. Todo estaba demasiado silencioso, casi podía sentirse el vacío, así que se santiguó instintivamente, en un gesto atávico desprovisto de su sentido originario, y subió.

En cuanto detectó las vibraciones provocadas por sus pasos, la cucaracha salió despavorida a buscar refugio, y Juliana comenzó a caminar con cautela por el pasillo. Con mucho cuidado, asomó la cabeza por la salita. Estaba completamente vacía. La puerta del dormitorio de matrimonio y la de la habitación de la niña estaban cerradas, y eso le dio cierta inseguridad. «¡Mira que si hay alguien adentro!». Se quedó quieta durante un largo minuto, escuchando, pero lo único que llegaba a sus oídos era el silencio de la casa desierta.

Volvió con rapidez sobre sus pasos, y cual funesta mensajera de la muerte, recogió el siniestro bulto que había dejado en el sótano, encaminándose con él hacia la salita, donde entró temblando. Si alguien aparecía en ese preciso instante, todo habría acabado.

Con precaución, abrió la puerta del cuarto donde dormía el bebé antes de que Dolores lo arrebatara de su corta y plácida existencia. Allí estaba la cuna de dosel como una nube algodonosa flotando entre ese cielo de paredes pastel, revuelta como Elisa debió dejarla cuando, desesperada, buscó en ella a su pequeña. Juliana depositó el inmóvil y diminuto cuerpo sin sentir ni un ápice de piedad, actuando con la misma sangre fría con la que lo haría un asesino cualquiera, «aunque yo no soy una asesina», dejándolo todo tal cual estaba, y salió de la habitación.

Ya regresaba por el pasillo con la sensación de haber concluido

exitosamente su misión cuando se vio obligada a volver sobre sus pasos, se había olvidado de un detalle crucial: abrir la ventana del cuarto de la niña, con el propósito de hacer creer a todos que el asesino de la pequeña había entrado por allí.

Con cuidado para no ser vista desde afuera, Juliana movió el pestillo y abrió ligeramente la hoja. En cuanto el aire entró en la habitación, se estableció una corriente que hizo que la vieja puerta de entrada, demasiado holgada, golpease contra su marco. Juliana creyó entonces que alguien entraba y salió tan precipitadamente que no pudo reaccionar a tiempo para esquivar el canto de la puerta entreabierta que se interpuso en su huida. No se percató de que le sangraba la nariz hasta que un grueso goterón le cayó sobre la mano, cuando se disponía a abrir la trampilla del sótano. Tampoco se dio cuenta de que había dejado un reguerillo de gotas en el suelo de barro cocido del pasillo.

Cual rata de alcantarilla, se introdujo veloz en el oscuro sótano, y se quedó escuchando, quieta, entre las tinieblas. Pero no oyó ningún ruido. «De esta nos libramos», pensó ufana. Y alcanzó la puerta que separaba el sótano en dos, desapareciendo tras ella como una sombra infernal.

Mario giró la llave, accionó el interruptor de la entrada y la luz triste de la bombilla que pendía de lo alto se derramó sobre las viejas paredes, delatando una vez más los desconchones causados por la humedad, la pátina ahumada que pintaba el techo, la pintura descascarillada de la puerta que separaba la salita, y el brillo ceroso de las baldosas de barro en el que nadie advirtió las gotas de sangre aún frescas, perfectamente camufladas con el color del pavimento.

Elisa no se quitó el abrigo, sus padres tampoco, contagiados todos ellos por una incómoda sensación de provisionalidad, como si retomar las costumbres cotidianas y continuar con la vida de siempre ya no fuese una opción válida. Mario fue el único que se desprendió de la gabardina, la cual colgó de la entrada, desplazando para ello un cochecito de paseo de bebé que desde hacía ya tres largos días —

toda una eternidad— solo se movía para dejar hueco hacia el perchero.

Estaba a punto de entrar en el dormitorio, cuando se percató de que la puerta del cuartito de su hija estaba abierta. Ni Elisa ni sus suegros lo habían advertido, así que con suma discreción se acercó y tiró de la manilla hasta que creyó haber encajado el pestillo en su hueco. No dijo nada, mencionar que la puerta estaba abierta era mentar la soga en casa del ahorcado.

Ya había anochecido, y dijese lo que dijese Elisa, Matilde estaba decidida a que su hija comiese algo, así no podía continuar. La cocinera había preparado una cazuela de sopa que el chófer trajo a media tarde, solo había que calentarla.

—Mario, por favor, enciende la lumbre, yo no sé cómo hacerlo. Mi hija tiene que comer, así no puede seguir. Tú deberías comer también.

Mientras Mario se las entendía con las astillas, los Gil esperaban a su chófer en la salita, nada más podían hacer allí a esas horas, y Elisa les había rogado que se fuesen a casa, necesitaban descansar. Ellos, más que convencidos, incapaces de oponerse a la voluntad de su desdichada hija, decidieron obedecer.

Había transcurrido un buen rato y Elisa ya había puesto dos platos y un par de cucharas de cualquier manera sobre la mesa. La lumbre ardía con llamaradas grandes, cuyo brío quedaría enterrado enseguida por una palada de carbón, y la sopa humeaba en la cazuela, así que Mario volcó parte del contenido en una sopera, y entraba con ella en la salita cuando llamaron a la puerta.

A pesar de que supusieron que era el chófer, todos se inquietaron, desde hacía unos días el sonido del timbre, aún para bien, era motivo de sobresalto. Mario abrió enseguida. En efecto, se trataba del conductor, quien permaneció en el umbral con la gorra del uniforme entre las manos y la mirada gacha mientras don Antonio y doña Matilde se despedían de su hija.

Cuando finalmente salieron, fue Mario quien cerró la puerta, totalmente ajeno al hecho de que con su gesto cerraba también y definitivamente la puerta a la esperanza, porque con la corriente

generada tras el portazo, el cuartito de la pequeña Elisa volvió a abrirse.

—Se me ha olvidado traer la sal.

Y mientras Mario iba a la cocina en busca del condimento, Elisa advirtió que la puerta del cuarto del bebé estaba entreabierta. Así que con la misma desgana con la que afrontaba la vida desde la desaparición de su pequeña, se levantó dispuesta a cerrarla, la visión de la cuna vacía era un tormento. Ya estaba tirando del picaporte, el cuerpo casi de espaldas a la puerta, cuando procesó algo que acababa de ver: la ventana estaba abierta. La corriente de aire había hecho que las hojas se abatiesen, así que más por instinto que por cualquier otra motivación, Elisa entró a cerrar.

Fue de refilón cuando vio el bulto sobre la cuna. Emitió un grito de sorpresa al tiempo que se llevaba las manos a la cara. Tardó unos segundos en reaccionar, y cuando lo hizo, apenas era capaz de articular las palabras que fluyeron a duras penas y a voz en grito: ¡Mario, la niña! ¡Está aquí!

Durante unos segundos, Elisa sintió como si toda la energía del mundo llenase su mente, como si la sangre de sus venas comenzase de nuevo a bombear, roja y brillante, en un renacimiento apoteósico, como si las horas pasadas perteneciesen a otra vida, triste y decadente, que no era y nunca había sido la suya… Mario, alertado por el grito, había corrido desde la cocina y avanzó como loco, casi flotando sobre la sala, hasta precipitarse en el cuarto, justo en el preciso instante en que Elisa se aproximaba hacia el bulto de la cuna, de tal modo que ambos descubrieron al unísono la quietud cadavérica, los ojos ajenos a la vida, la blancura cerosa de la muerte y esa boca pequeña y violácea que con tanta pericia se aferrara al pecho de su madre buscando la vida. Mario empujó violentamente a su esposa para abalanzarse sobre la cuna, mientras gritaba: «¡Vete, Elisa, sal de aquí, por Dios…!».

En mitad de la noche se oyó el grito visceral, desgarrado y aterrador, que recorrió el portalón, el pequeño patio, y penetró por todas las rendijas y puertas del viejo caserón… Las aguas del pozo se agitaron inquietas, tocadas por aquella vibración fatal, por aquel

aullido de animal herido, cargado de muerte. En el silencio de la noche fría y quieta, el grito se extendió hasta el último rincón del vetusto edificio, removiendo las tinieblas y estremeciendo a las sucias ratas que, de no haber hecho un agujero en la pared, la locura no hubiese encontrado ocasión para colarse, silenciosa, invisible, aquella tarde fatídica.

De madrugada, la entrada al edificio era un hervidero de policías, autoridades y curiosos madrugadores agolpados en la acera. Pero a Juliana no le importó. Ahora debían dejarse ver, lo contrario podría resultar sospechoso, así que decidió acudir a la eucaristía matutina, acompañada por Dolores.

Al entrar en la iglesia no pudo reprimir la sonrisa triunfal, dirigida al cristo crucificado que presidía el altar. «¿Y ahora qué planes tienes, Dios?».

Don Isidro dedicó unas palabras de la corta homilía a la pequeña asesinada. Habló de la crueldad humana, que contrastó con la bondad infinita de Dios, mientras Juliana, con cara de duelo, se regocijaba interiormente en su victoria. ¿Quién iba a sospechar de ellas, quién? Aquella mañana se sentía invencible. Tanto que se le ocurrió la locura de confesar su crimen. «Un hombre de Dios será mi cómplice, ¿Qué te parece, señor? ¡Esta vez no superas mi jugada, esta vez gané yo!».

Don Isidro torció el gesto cuando vio acercarse a Juliana, seguro que quería confesión. Pero él tenía que atender obligaciones más urgentes que la de escuchar a un alma ingenua sin ocasión ni intención de pecar, que para más inri acababa de recibir la sagrada eucaristía. Cumplidor a rajatabla de sus obligaciones para con sus feligreses, don Isidro se resignó a escuchar la ingenua retahíla de su parroquiana, prometiéndose, eso sí, ser breve: los enfermos, desamparados y huérfanos le necesitaban de verdad, aunque hoy la prioridad eran Elisa y Mario.

—Ave María Purísima…

—Sin pecado concebida…

—Padre, me acuso de algo, pero solo un poco… verá… ha sido

sin mala intención, pero al final se enredó todo y… ya ve…

—Hija, como no te expliques un poco mejor, no terminamos…

—Padre: me acuso de no haber tenido el valor suficiente para devolverle su hija a Elisa.

Don Isidro se revolvió, inquieto, en el banco del confesionario.

—No sé a qué te refieres, hija…

—Sí, padre: mi Dolores «tomó prestada» a la pequeña, y yo se lo consentí. Como la niña lloraba, y no quería que la oyesen y se la quitasen, la apretujó más de la cuenta, sin ella quererlo… ¡Y ya ve qué desgracia! Yo debería habérsela devuelto, pero por complacer a mi hija, no lo hice.

El buen párroco permaneció en silencio. Comenzó a sudar copiosamente. Sacó del bolsillo un pañuelo sucio con el que a pesar de ello se secó la frente. No podía articular palabra. Aún no.

—Padre, ¿Sigue usted ahí?

—Sí, hija sí… ¿Tú te das cuenta de lo que estás diciendo?

—¡Ellos tendrán más hijos, padre, pero mi pobre Dolores…!

Don Isidro asimiló finalmente las palabras de su feligresa, y entonces reaccionó como hombre:

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! ¡Con tu consentimiento, tu hija ha provocado la peor de las tragedias por las que puede pasar una familia! —don Isidro elevó ostensiblemente el volumen de su voz—. Nunca ¿Me oyes? ¡Nunca debiste consentirlo!

—Padre, esto no puede saberlo nadie… estoy bajo secreto de confesión —Y el cura creyó advertir en el tono aflautado de Juliana un matiz indecoroso, desafiante, en cierto modo perverso. Pero la información que acababa de recibir era tan devastadora, que seguramente su percepción estaba alterada.

—Juliana, vete, pero olvídate de la absolución. Ven a pedirla en otro momento en el que me sienta despojado de mi ira humana, y te pueda conceder a través de Dios el perdón que solicitas. En estos momentos, me siento incapaz de hacerlo.

Y dicho esto, abrió la puerta del confesionario y salió como espoleado por el mismísimo diablo.

Aquel día don Isidro no acudió a auxiliar a los pobres del barrio, ni a visitar enfermos. Cerró la iglesia y se encerró durante horas en la sacristía, arrodillado sobre un reclinatorio, frente a la imagen de un pequeño cristo que su madre depositara en sus manos la última vez que la viera con vida, justo antes de partir como misionero a las Filipinas. Aquel cristo era su confesor, su paño de lágrimas, su redentor, y cada vez que acariciaba el suave marfil, la imagen le devolvía el tacto amoroso de las manos maternas.

Lloró mucho aquella tarde el sacerdote, con lágrimas amargas de hombre. Se rindió a la voluntad de Dios, aceptó con humildad y sumisión la pesada carga de esa cruz que Él había depositado sobre sus hombros, y tras levantarse de allí con las rodillas entumecidas y los ojos hinchados, sintió que la cruz apenas pesaba ya. Había tomado una decisión, tras enfrentar durante horas al hombre con el sacerdote. No resultó fácil, pero fue determinante escuchar por turnos, primero a la Teología, después a la Filosofía, por último, a la Vida. Don Isidro había tomado una decisión, y nunca había estado tan seguro de estar haciendo lo correcto.

Urriaga se había enterado del hallazgo del cadáver de la niña cuando el propio inspector se presentó en su casa a las doce de la noche. A la pregunta angustiada de su esposa, respondió con un escueto «Han encontrado a la niña», rubricado con un tranquilizador beso de despedida en la frente. Ya tendría tiempo de contarle la verdad completa.

Ni Velasco ni él habían descansado en toda la noche, y a pesar de ello, a primera hora de la mañana sus energías estaban intactas. Sabían perfectamente que era la adrenalina la que los mantenía activos y alerta, ahora no podían descansar: la frustración, la rabia, y una desagradable sensación de no haber llegado a tiempo les impedían hacerlo.

El cadáver de la pequeña había sido trasladado al Instituto Anatómico Forense, y siguiendo el consejo del inspector, Mario y Elisa se habían trasladado a casa de los padres de ella, porque ahora la vivienda era el escenario de un crimen. Ellos no se opusieron, ya nada les retenía allí, porque su pequeña nunca regresaría a su cuna con dosel.

Aunque Velasco solía mofarse de las técnicas de universitario egresado de su ayudante, tenía que reconocer que la meticulosidad analítica de Urriaga era un valioso instrumento en esta fase de la investigación. El inspector tenía una certera intuición, acrecentada por la experiencia de años, y la metodología de trabajo de su subordinado era el complemento perfecto.

Por eso al inspector Velasco se le veía ensimismado, absorto en quién sabe qué elucubraciones. Porque su olfato le estaba advirtiendo que algo no terminaba de encajar en aquello que cada vez se parecía más a una solución *ad hoc*. Demasiado sencillo, y a su

vez, demasiado complejo. Cada vez estaba más convencido de que quien dejó a la niña muerta en su cuna, en contra de lo que quería hacer creer, no entró por la ventana. Era imposible desde fuera abrir el pestillo, la única forma de colarse por la ventana hubiese sido forzándola o rompiendo el cristal, pero nada de esto sucedió. El pestillo estaba abierto, y él mismo comprobó el día de la desaparición de la pequeña, que la ventana del cuartito estaba cerrada. Nadie había entrado allí después de que ellos analizasen a fondo la habitación.

Tras compartir esta inquietud con Urriaga, este estuvo totalmente de acuerdo con su superior. En consecuencia, debían cambiar de enfoque y olvidarse de la dichosa ventana, porque si la descartaban podrían redirigir la atención y centrarla en el resto de la casa. Si algo había aprendido el inspector Velasco a lo largo de sus años de carrera, era que en toda escena de un crimen queda el rastro del asesino, sea visible a simple vista o no.

Tras una larga mañana aventurando hipótesis y buscando inútilmente alguna pista fiable, el inspector decidió que había llegado la hora de distanciarse de lugar, tener perspectiva era vital y desde dentro carecían de ella.

—Vayamos a comer, Urriaga, y dejemos que la escena repose. Quizás cuando regresemos quiera contarnos algo.

Urriaga comprendió lo que su superior quería trasmitir y, cómo no, también esta vez estuvo totalmente de acuerdo. Cogió la gabardina que había dejado sobre el brazo del sofá y se la puso sobre los hombros, mientras pensaba que seguramente Velasco le instase a comer con él en una tasquilla cercana para no perder demasiado tiempo en idas y venidas. Por eso sacó el monedero del bolsillo interior, y ya a punto de salir lo abrió para comprobar cuánto dinero llevaba encima. Entonces un duro revoltoso abandonó su confinamiento y rodó hasta mitad del pasillo. Velasco, que seguía distraído, como solía sucederle cada vez que se centraba en una investigación, llegó distraídamente hasta la díscola moneda, y se agachó con la intención de recogerla del suelo. En ese momento pudo ver junto a sus dedos una gota de lo que parecía sangre reseca,

perfectamente redonda, a la que la capa de cera había salvado de la porosa voracidad del pavimento.

—Quieto Urriaga —el inspector acompañó sus palabras levantando el brazo a modo de barrera, y sin pisar el hallazgo, continuó caminando muy despacio por el pasillo, buscando al trasluz la opacidad de otra posible gota. Y en efecto, otro par de ellas, tan redondas como la primera pero un poco más grandes, le llevaron hasta la habitación del fondo, la última del pasillo.

Velasco se detuvo allí, sacó del bolsillo un pañuelo y lo frotó contra la mancha:

—Ya se lo que estás pensando, Urriaga, que soy poco ortodoxo con los métodos… Pero he visto por desgracia demasiada sangre, y puedo decir casi sin duda que la mancha que tenemos aquí lo es.

—Bueno, inspector, pero quizás no se trate de una pista, la sangre queda camuflada en un suelo como este, y puede que lleve tiempo ahí, sin que nadie lo haya advertido…

Sin atender las razones de su ayudante, Velasco abrió la puerta entornada de la habitación. Otra gota guio sus pasos hasta la trampilla, y al analizar el borde metálico de la misma, el inspector salió de dudas: había un claro restregón de sangre seca perfectamente visible, tan visible que sin lugar a dudas lo hubiese advertido cuando, tras la desaparición del bebé, registraron la casa y descubrieron la oquedad del suelo, a la que no dieron en su momento demasiada importancia.

—Urriaga, creo que ya comeremos luego, porque si no me equivoco, acabamos de descubrir la vía de entrada de nuestro asesino.

Los contactos de Antonio Gil en los juzgados fueron clave para que el caso de la pequeña Elisa Carriedo Gil tuviese carácter prioritario y a los padres no se les molestase más que para trámites imprescindibles. Y precisamente el reconocimiento del cadáver de la pequeña era uno de ellos.

Alguien debía decirles a los padres que tenían que pasar por tan terrible trance, así que un policía se personó en la casa del abogado Gil con la intención de resolverlo lo antes posible.

La sorpresa fue mayúscula cuando, contra todo pronóstico, Elisa se puso en pie:

—Vayamos, lo antes posible.

Matilde lloraba discretamente, creyendo que el trauma sufrido había afectado a la cordura de su hija, Antonio intentaba disuadirla a media voz, sin demasiado empeño porque la determinación de Elisa parecía inquebrantable, y Mario… Mario simplemente contemplaba la escena, incapaz de decidir por sí mismo, menos aún de hacerlo por su esposa.

No era momento de explicaciones, Elisa se encontraba incapacitada para darlas, no era el momento. Sabía que se iba a enfrentar al trance más doloroso de su vida, pero tenía que hacerlo. Si no comprobaba con sus propios ojos que el cadáver que yacía en el Instituto Anatómico era el de su pequeña, jamás descansaría en paz. La duda la atormentaría, la perseguiría hasta el final de su vida, y el necesario duelo nunca concluiría. Necesitaba asegurarse de que era ella, y despedirse hasta que se reencontrasen en otra vida en la que, ahora sí, estaba absolutamente convencida de que se reencontrarían.

Elisa desoyó, se desasió de manos que intentaban retenerla y

esquivó cuerpos que, como murallas piadosas, se interponían entre ella y la puerta. Pero salió de allí, bajó las escaleras esquivando el saludo luctuoso del portero y se metió en el coche que la llevaría, `por última vez en este mundo, al lado de su hija, mientras Mario seguía sus movimientos por inercia más que por propia voluntad.

El trayecto fue demasiado largo y terriblemente triste. Mario estuvo un par de veces a punto de preguntarle, «¿Por qué, Elisa?». Pero se mordió las palabras, que se le quedaron encajadas en la garganta, creando un nudo doloroso, difícil de deshacer.

El policía caminaba delante de ellos en silencio, evitando cualquier interacción que no fuese estrictamente necesaria. Tras recorrer pasillos anodinos flanqueados por puertas cerradas, llegaron a las escaleras que conducían al sótano del edificio. Elisa las descendió, aterrada y confusa, preguntándose por qué los muertos eran confinados al subsuelo del edificio, mientras una voz desconocida le susurraba al oído que el motivo era la luz: los muertos no la necesitan, viven en la oscuridad.

Se agarró a la barandilla, estaba claro que comenzaba a delirar. El contacto con el metal frío del pasamanos le ancló de nuevo a una realidad angustiosa que desembocaba en un pasillo ancho e iluminado por una hilera de fluorescentes, al fondo del cual un cartel innecesario identificaba las puertas metálicas tras las que estaba la morgue.

Cuando se adentraron allí el frío se acrecentó. El policía les detuvo con un gesto, y se fue a buscar al encargado. Mario, protector, pasó el brazo sobre el hombro de su esposa, ella lo agradeció.

En unos minutos que se hicieron eternos, el policía regresó acompañado por un hombre que se identificó como médico forense, al parecer el encargado de hacerle la autopsia a su hija. Él les saludó cortésmente con un frío apretón de manos que Elisa esquivó.

—¿Quién de los dos…?

—Yo, entraré yo —fue la respuesta rotunda de una Elisa que se alimentaba ya con las últimas migajas de coraje que le quedaban.

El forense le acompañó hasta una sala donde las neveras de los

cadáveres se alineaban unas al lado de las otras, unas sobre otras, en perfectas hileras de desesperanza, y la dejó en compañía de un hombre acostumbrado a la muerte, a juzgar por la cara de aburrimiento que mostraba. Se dirigió sin prisa hacia la que se identificaba con el número trece, «El día de su nacimiento, el día de su muerte» y sin más preámbulos, la abrió. Extrajo la camilla, que se deslizó sin ruido sobre la corredera, y destapó la sábana que cubría un bulto menudo, poco más que un muñeco.

—Señora, ¿es su hija?

Elisa se acercó. Observó sin titubeo el rostro demacrado de aquella criatura que ya había aprendido a sonreír como agradecimiento a quien con tanto amor le diera la vida. Fue consciente de la contundencia de la muerte, porque vio con claridad que aquel envoltorio ahora degradado en el que su hija vivió durante dos meses, en nada se parecía ya a Elisa. Pero era ella, no cabía duda. Aquel cuerpecillo sin vida que inevitablemente comenzaba un proceso irreversible hacia su destrucción orgánica había sido su pequeña.

Asintió sin palabras y aún permaneció así, mirando cara a cara a la muerte, durante unos segundos más, pero no se despidió de su pequeña como pensaba que haría. Ya nada quedaba allí de su hija.

Elisa se daba media vuelta, dispuesta a salir, mientras el encargado con cara de mortal aburrimiento iniciaba la maniobra de deslizar la camilla de nuevo hacia la oscuridad. Pero de pronto la mano férrea de ella lo detuvo. El hombre la miró desconcertado, mientras la joven madre se inclinaba hasta detenerse cerca de la cara de su malograda hija. Al parecer algo había llamado poderosamente su atención.

El encargado presintió problemas, había visto demasiadas madres como aquella, aparentemente enteras hasta que una señal de carácter indefinido provocaba el derrumbe. Lidiar con aquella locura transitoria era algo a lo que los años aún no le habían enseñado.

Elisa se acercó cuanto pudo. Miraba algo detenidamente. La potente luz de los fluorescentes estaba pensada, precisamente, para evitar ambigüedades en la identificación, aunque ella parecía absorta

en un detalle concreto. Mientras tanto, el celador se preparaba mentalmente para lo que vendría a continuación: él retirando suavemente a la mujer, ella oponiéndose. Después gritos desgarradores, un forcejeo inútil y la llegada de un practicante con una inyección de tranquilizantes, alertado por el policía. Siempre era lo mismo, o muy parecido.

Pero aquella mujer le sorprendió al preguntarle, con una increíble sangre fría, por la coloración de las mejillas de la niña.

—Parece sangre seca —respondió él a la pregunta, mientras Elisa humedecía con saliva la yema de su dedo índice y la pasaba sobre la mancha que, cual burdo maquillaje, tiznaba las mejillas sin vida del bebé. Y entonces lo comprendió todo, conocía el viejo truco: una sola gota de sangre del dedo… La Cultura de la Muerte.

—Puede cerrar…

Sin alborotos ni desmayos, sin forcejeos ni histrionismos, la joven madre salió de allí con la misma entereza con la que llegara, y presa de una determinación que en aquel momento nadie supo a qué era debida, salió a toda prisa del instituto anatómico forense, mientras su esposo y el policía que les acompañó seguían sus pasos firmes sin comprender nada.

En cuanto montaron en el coche, la orden no admitía escusas:

—Necesito ver urgentemente al inspector Velasco.

Al cabo de un rato, el vehículo se detenía ante la puerta de entrada del viejo caserón. Elisa descendió entre la nube de preguntas sin respuesta que su aturdido esposo formulaba maquinalmente. A grandes pasos entró en el portal en el que una ya lejana tarde de otoño la semilla de mal anidó, y llamó a la que hasta entonces había sido su casa, primero con insistentes timbrazos, a los pocos segundos aporreando la puerta con los puños cerrados.

Urriaga abrió, y no pudo ocultar su preocupación al ver que la autora de los aporreos era Elisa. Ella le apartó impetuosa, y enseguida localizó, al fondo del pasillo, al inspector:

—¡Inspector, sé quién lo ha hecho! Han sido ellas, ellas dos…

Tras decir al fin lo que tenía que decir, Elisa cayó desplomada sobre el suelo.

En las horas siguientes los acontecimientos se precipitaron.

Cuando Elisa llegó del depósito de cadáveres, el inspector Velasco ya había inspeccionado el sótano, alertado por la sangre reseca de la trampilla, y había comprobado cómo a través del subterráneo, la vivienda del joven matrimonio se comunicaba con la de Juliana y Dolores.

Tras la aparición de Elisa con su rotunda revelación, la niebla comenzó a despejarse en la mente de los policías. Sin perder un minuto decidieron visitar a las vecinas, y los ojos amoratados de Juliana como consecuencia del golpe en su tabique nasal fueron toda una revelación, porque de una nariz rota siempre cae alguna gota de sangre.

Pese a la oposición de Juliana, entraron hasta la cocina, y en la cuerda de tendedero, sobre la trébede, pudieron ver un par de prendas de bebé resecas y arrugadas.

La confesión fue solo cuestión de unas horas; en cuanto Juliana se vio acorralada, no le quedó otro remedio que contar lo sucedido. Dolores, refugiada en el limbo, escuchaba sin relajar la sonrisa. «A ella no le pregunten, desde aquello no vive en este mundo». El inspector, intrigado, quiso saber qué era «aquello». Y como ya lo tenía todo perdido, como ya no había un honor que salvaguardar, Juliana narró por vez primera lo sucedido aquella lejana y triste tarde de otoño. No derramó una sola lágrima, pues a base de tiempo la herida, aunque cerrada en falso, había dejado de sangrar. Y se guardó lo del pozo: si tan listos eran esos policías, que lo averiguasen ellos.

Cuando salió de aquel edificio maldito, Velasco, inspector curado de espantos tras una larga carrera policial, lloró sin poderlo

evitar.

Don Isidro salió de su casa con la resolución tomada, aliviado al sentir el frío vespertino en su lacrimoso rostro. Se dirigía a casa de Elisa.

Cuando llegó allí se encontró con un panorama inesperado: la joven madre había perdido el conocimiento y había sido trasladada al hospital.

El inspector y su ayudante, que aún se encontraban en la casa, tuvieron la gentileza de ponerle al corriente de todo lo acontecido, narrándole con satisfacción mal disimulada la clarividencia de Elisa y la confesión de las culpables, que ya estaban detenidas. Por fin, hacía escasamente una hora, el caso había quedado definitivamente resuelto. Habían llegado tarde —le confesaron al párroco— pero al menos les quedaba el burdo consuelo de haber esclarecido el crimen.

Cuando salió de allí, Don Isidro elevó sus ojos al cielo, y en silencio le dio gracias a Dios. Ya no tendría que mancillar su sagrado ministerio revelando a la policía un testimonio obtenido mediante confesión.

Luis leía el periódico tranquilamente, mientras se tomaba un café. En la sección de sucesos le llamó la atención la noticia de unos restos humanos, concretamente el esqueleto de un lactante, hallados en un viejo pozo.

Mediante esos mecanismos curiosos e imprevisibles que tiene la memoria, el hombre en el que Luis se había convertido volvió a una noche primaveral de su infancia, en la que la luna llena iluminaba el patio, el pozo, y la misteriosa figura que arrojaba algo a sus profundidades.

Después de tantos años, por fin comprendió. Incluso llegó a recordar el nombre de aquella mujer cuya silueta oscura, iluminada por la luz espectral de la luna, tanto le asustara: Juliana, así se llamaba.

Y como era un ciudadano responsable, decidió hablar de ello con la policía, por si su testimonio pudiera ser de alguna utilidad.

EPÍLOGO

Mis padres nunca más regresaron al viejo edificio. Se alojaron en casa de mis abuelos hasta que concluyó la construcción del pisito soleado que, aunque por un momento dejara de tener sentido, nuevamente sirvió a la finalidad para la que había sido comprado: criarnos en él a mí y a mis hermanos.

Al mes de la tragedia, mi madre supo que estaba embarazada. Y a los ocho meses de todo aquel horror, vine al mundo entre lágrimas de añoranza por mi hermana desaparecida, a la que nunca conocí, pero cuyo recuerdo lo tiñe todo de un negro profundo, que a fuerza de años se ha vuelto grisáceo.

Mario —papá— obtuvo la cátedra de Historia Medieval. Su amor por lo acontecido en las sociedades del siglo quince le ayudó a refugiarse del frío que la tragedia dejó en su vida.

Mamá siguió adelante como pudo, aunque he de decir que mi presencia, aunque nunca llenó el vacío dejado por Elisa, le ayudó bastante. Luego vinieron al mundo mis hermanos, y así poblaron mis padres su piso soleado, a pesar de la niebla que la inconsciencia humana infiltró un fatídico día de enero, frío y escarchado, en sus almas cándidas.

De Juliana y Dolores no quisieron saber nunca más. Creo que no hayan podido perdonarlas a pesar del tiempo transcurrido, seguramente convencidos de que las victimas convertidas en verdugos no son dignas de conmiseración, pues hay que ser muy cruel para infringir un dolor ya experimentado en carne propia.

Mi madre siguió manteniendo su amistad con Teresa. Aquellas

trágicas circunstancias sellaron definitivamente su relación, y se veían con frecuencia. Más de una vez sorprendí a Elisa mirando con nostalgia al menor de los hijos de su amiga, mientras comentaba, con la mirada ausente, que Elisa tendría ahora un año menos que él… Aquel niño fue para mi madre el medidor de tiempos pasados, el espejo en el que veía reflejada a la hija que arrancaron de su lado para siempre.

Crecimos a la sombra de mi hermana, pese a que cuando yo nací ya no quedaba ningún rastro material de su paso por este mundo. Aun así, las secuelas de la amargura por su prematura ausencia presidieron mi infancia en silencio, haciéndome intuir que algo invisible, pero muy triste, flotaba entre las motas de polvo que brillaban con el sol del atardecer que entraba por la ventana del salón. Nadie hablaba de ella, pero siempre supe su nombre: Elisa, el nombre de mamá. A mí no me bautizaron con él, porque Elisa solo hubo una, inolvidable insustituible e irreemplazable, como lo es cada hijo. Supe desde siempre su nombre, quizás ella misma me lo susurrara en el cálido útero materno, ese mismo espacio en el que también ella flotó, mientras se preparaba para asomar a este mundo frío, tan alejado de esa calidez conocida, y cuyo paso por él apenas le reportó unas escasas horas de placer, vividas en la ternura del regazo materno, acariciada por esa voz dulce de mamá que le hacía sentir a salvo, y por esos besos —a veces excedidos de entusiasmo— sobre sus mejillas blandas de bebé.

Y aunque no queda ninguna foto suya —el carrete en el que tomaron las pocas que pudieron hacerle se desveló al revelarlo— siempre la veo cuando contemplo los viejos retratos de la familia: la veo en la tristeza callada de los abuelos, en la desolación de los ojos de Mario, ensombrecidos a pesar de su empeño por hacernos ver que la vida es bella; y la veo, sobre todo, en la súplica muda que trasmite la mirada de Elisa, siempre buscando en el vacío el destello de un ángel, pidiendo desesperadamente volver a verla, siquiera un segundo…

Siento una especie de liberación inconsciente cuando paso por allí, y me percato de que derribaron aquella vieja casa.

ALMUDENA BUSTAMANTE ANIBARRO: Nacida en Valladolid (España), soy licenciada en Psicología Clínica y Master en Prevención de Riesgos Laborales, especialidad esta en la que he impartido clases de formación.

Mi vocación literaria fue temprana, gracias a mis padres, que hicieron de mí una ávida lectora, y por lo cual nunca les estaré lo suficientemente agradecida. Pero mi primera relación seria con el oficio de la escritura nació cuando, en el año 2008, quedé Finalista del prestigioso Certamen de Cuentos «Hucha de Oro». A partir de entonces he sido agraciada con diversas distinciones, como la de Finalista del Concurso de Relato «Redes de la Memoria 2008», Finalista del Certamen Literario «Canal Literatura 2010», Finalista con Mención de Honor en las XLVII Justas Literarias de Reinosa, Ganadora del XII Certamen Literario Dulcinea de Castilla-La Mancha, Mención Especial Testimonio Histórico en la Octava Edición de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid, Finalista del XIII Concurso de Relato Breve del Museo Arqueológico de Córdoba, Finalista del XLV Concurso Internacional de Cuentos de Guardo y Ganadora, en este mismo certamen y en la misma edición, de la categoría «Autores Palentinos», Ganadora del XX Premio Literario «MARÍA DE MAEZTU», etc.

«Réquiem por Elisa» es mi primera novela, y he publicado también

dos libros de relatos cortos.

Actualmente colaboro como Jurado en el Certamen Internacional de Cuentos de Guardo.